

UN VIAJERO EUROPEO EN EL MEXICO DEL SIGLO XIX. ISIDORE
LOWENSTERN Y SU VISION DE LA REALIDAD AMERICANA

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE
MAESTRA EN LETRAS IBEROAMERICANAS

MARGARITA PIERINI

UNAM

1989



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
ESTUDIOS SUPERIORES

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

CAPITULO I. EL VIAJE A AMERICA: LOS ORIGENES DE UNA TRADICION

El viajero
Objetivos del viaje
La literatura de viajes
El viaje a América:
 El siglo del descubrimiento
 El siglo XVII
 El siglo XVIII

CAPITULO II. EL VIAJE A LA AMERICA INDEPENDIENTE

El viajero del siglo XIX
Objetivos del viaje
El libro de viajes
Los temas de los viajeros
Las lecturas de los viajeros
El elemento autobiográfico

CAPITULO III. UN VIAJERO AUSTRIACO EN MEXICO

La información sobre el viajero:
 - Löwenstern según Löwenstern
 - las huellas de Löwenstern en los archivos
 - otras referencias a Löwenstern
Obras de Löwenstern

CAPITULO IV. ISIDORE LOWENSTERN Y SU LIBRO SOBRE MEXICO

La estructura de la obra
México en 1838
Löwenstern frente a México: una visión prejuiciada
Los temas del viajero

CAPITULO V. EL VIAJERO COMO NARRADOR

Viaje y autobiografía
La perspectiva temporal
Viaje y narración
Las lecturas del viajero

CAPITULO VI. LOWENSTERN FRENTE A SUS LECTORES

CONCLUSIONES

OBRAS CONSULTADAS

APENDICES

Alguna vez escribió don Luis González que "la selección de un tema es tan arbitraria y emotiva como una selección amorosa". Probablemente, agregaría yo, nos encaminan hacia la elección de ese tema tantos factores que se relacionan con todo nuestro ser como los que nos llevan a una elección amorosa: nuestras inclinaciones, nuestra historia pasada, nuestros proyectos de vida.

¿Por qué elegir a un viajero como tema de investigación?

Quizá el origen más remoto de esta elección se encuentre en el interés de mi madre por cronistas y viajeros, y en su capacidad para transmitir esa curiosidad apasionada por nuestra América, a la vez tan entrañablemente cercana y tan exótica.

Más tarde, viajera yo misma, sentí un especial interés por los textos de hombres y mujeres que también salieron a conocer otras tierras, y nos dejaron el relato de lo que habían vivido.

Así, hasta que un día el azar —encarnado en este caso en el que después aceptó generosamente ser el director de esta tesis, Ignacio Osorio— encaminó mis pasos hacia el riquísimo filón que es el fondo reservado de la Biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Allí descubrí, entre otros textos apasionantes, el libro de "mi" viajero (termina uno por adueñarse posesivamente del tema y de quien lo origina, al cabo de varios años de "convivencia"). Encontré en él, como intento

demostrar en la tesis, una serie de constantes tanto del género como del pensamiento europeo de su época frente a América, lo cual hizo que revistiera para mí un particular interés. No es un "gran" libro, ciertamente ; por otra parte, decidir qué es un "gran " libro es cuestión bastante arbitraria. Pero recoge en forma cabal una serie de antecedentes de textos anteriores, y sobre todo, es un acabado exponente de una visión sobre América que en buena medida —desgraciadamente— todavía perdura.

Cuando presenté mi proyecto de tesis, el entonces director de Estudios Superiores de la Facultad hizo las veces de abogado del diablo: más allá de los gustos personales, aceptables, sí, pero siempre arbitrarios, ¿por qué elegir un texto de viajes para una tesis de letras, y no de historia? ¿Y por qué un extranjero —que además escribe en un idioma que no es el español— para una tesis de Literatura Iberoamericana?

Efectivamente, la literatura de viajes es un género que muchos califican de híbrido. Yo prefiero ubicarlo en una zona intermedia entre dos tipos de discurso: el de la historia y el de la literatura. Con el primero comparte su búsqueda de veracidad, de dar testimonio de sucesos ocurridos. Con el segundo, la huella que deja sobre esos sucesos la subjetividad de quien narra una parte de su vida, centrada en la aventura de conocer nuevos mundos. En la encrucijada entre ambos géneros, el libro de viajes se enriquece, y es el testimonio más fiel de que el pensamiento humano no acepta los esquemas en que se lo pretende encasillar.

En cuanto a la segunda pregunta: ¿por qué considerar como parte de nuestra literatura las obras de los viajeros? respondo:

por la misma razón por la que integramos en ella la obra de los cronistas, "extranjeros" también en nuestras tierras, pero que son los primeros en dar testimonio de sus prodigios, en "nombrar" nuevas realidades. Me parecen muy oportunas aquí las palabras de W. Mignolo:

Una cultura puede considerar significativos no sólo los textos escritos en la lengua de la cultura, sino también aquellos que, escritos en otra lengua, significan, de una manera o de otra (determinable en cada caso) en la cultura en cuestión. Un caso que se nos aparece de inmediato son las cartas de Américo Vespucio y de Pedro Mártir de Anglería. Estos textos forman parte de la cultura hispana, no por la lengua en que están escritos sino por referirse a un hecho crucial en la historia de esa cultura (por ejemplo, el descubrimiento)¹.

El trabajo que aquí presento quiere mostrar, a través de la obra de un viajero que recorrió México hacia mediados del siglo XIX, la visión de Europa frente a América desde que el nuevo continente apareció ante los ojos del mundo occidental.

Para ello, expongo las diferentes formas que adopta esa visión a partir del Descubrimiento, y la manera como va modelando el discurso literario. Destaco allí una serie de constantes que reaparecerán en la literatura de viajes del siglo XIX, y en particular en el texto que Löwenstern escribió sobre su viaje a

¹. Walter Mignolo, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", p. 58.

México. Un texto que reúne y sintetiza los preconceptos que subyacen en la visión de Europa a lo largo de siglos, y que en buena medida la determinan todavía en el presente.

Analizo después la obra como texto narrativo, y por último la repercusión que despertó, y puede despertar hoy, en los lectores.

Quiero agradecer a Ignacio Osorio su inteligente, eficaz y paciente asesoría. En el diálogo común se aclararon muchas ideas y se abrieron nuevas y ricas perspectivas a la investigación.

Agradezco también a mis compañeros del Area de Literatura de la UAM Iztapalapa, y muy en especial a la Coordinadora, Luz Elena Zamudio, su generoso apoyo, gracias al cual pude disponer del tiempo necesario para dar fin a esta tesis.

No quiero extenderme más en la lista de agradecimientos. Cada uno de los que colaboraron, con su ayuda de todo tipo, con su aliento, con sus consejos, para que este trabajo llegara a su fin, sabe que su nombre también está aquí, entre las líneas de esta tesis que, como todo trabajo intelectual, es en realidad la obra de muchos.

México, mayo de 1989

CAPITULO I. EL VIAJE A AMERICA: LOS ORIGENES DE UNA TRADICION

Navegar es necesario; vivir no es necesario, decían los antiguos. Desde los tiempos más remotos el viaje constituye una de las formas de expresión del hombre; una de las notas que implican humanidad. Cuando Ulises -el viajero por antonomasia- enuncia los caracteres bárbaros de los cíclopes, incluye en lugar destacado el hecho de que no saben construir navíos para salir de su insularidad y comunicarse con otros seres.

Pero aun para los audaces griegos -audaces y prudentes como su héroe, el astuto Ulises- ese imperativo del viaje no dejaba de estar preñado de peligros oscuros, y por ello más amenazadores. Muy lejos de considerar suyo un mar al que más adelante los romanos podrán denominar "nostrum", el Mediterráneo se les presenta erizado de dificultades que tratarán de enfrentar dotándolas de nombres y formas monstruosas: Escila y Caribdis, la tierra de los lestrigones, las fatídicas sirenas...Durante muchos siglos, para la conciencia occidental, el viaje implicó esta mezcla de fascinación y horror que encontramos en los relatos clásicos. El viajero que volvía llegaba de un Más Allá muy cercano al País de los Muertos, con los que tantas veces había estado en contacto. Era otro Ulises regresando del Hades. Y podía contar todas las historias que le dictara su imaginación: serían creídas, y aumentadas a su vez por la fantasía de quienes le escuchaban, y darían pie a nuevos viajes, que a su vez alimentarían los sueños

de infinitos oyentes...

Hasta no hace muchas décadas, cuando los medios de comunicación se volvieron seguros y relativamente accesibles, eran pocos los que se atrevían a abandonar el lugar conocido para desafiar distancias y salir al encuentro de nuevos mundos. La conciencia de su audacia, de lo excepcional de su hazaña, era lo que incitaba a muchos a fijar por escrito el relato de sus viajes, que trascendía así el estrecho círculo de familiares y amigos.

¿Por qué se viaja? No me refiero aquí al viaje apresurado del hombre de negocios o del turista capaz de exclamar: "Si es martes, estamos en Bélgica".

Norman Doiron señala que el viaje, aun en nuestra época, representa para el hombre "una de las escasas ocasiones de hacer la experiencia de lo sagrado, de la partida, de la ruptura" ¹.

¿Qué características tiene el hombre que enfrenta esta "ruptura"? ¿Podemos hablar de una "esencia" —un "ser viajero"— que se mantiene a lo largo de los siglos? ¿Existe una constante que vincule, como hilo conductor, los viajes que se suceden a través de los siglos?

En este trabajo trataré de dar una respuesta a estas preguntas, centrándome en la tradición del viaje a América, desde el descubrimiento hasta mediados del siglo XIX.

¹. Norman Doiron, "L'art de voyager. Pour une définition du récit de voyage à l'époque classique", pp. 83-84.

EL VIAJERO

En el Viaje a Turquía (1555) su anónimo autor habla de

aquel insaciable y desenfrenado deseo de saber que natura puso en todos los hombres [y que] no puede executarse mejor que con la peregrinación y ver de tierras estrañas, considerando en cuánta angustia se enzierra el ánimo y entendimiento que está siempre en un lugar sin poder extenderse a especular la infinita grandeza deste mundo¹.

He aquí el elemento que dota de un rasgo común, esencial, al viajero de todos los tiempos: el afán de saber. Los autores del siglo XVIII harán hincapié en las dos grandes fuentes del saber humano: la Historia y los viajes. Y señalarán lo que tienen en común: quienes se dedican a esas disciplinas emprenden, por distintas vías, un "viaje de conocimiento": hacia las remotas tierras de la memoria de los hombres, hacia las lejanas tierras habitadas por hombres diferentes.

Pero este afán de saber va unido a un "saber previo". Por lo general, el viajero sabe lo que busca en su recorrido, o al menos cree saberlo. Aun en los tiempos en que las cartas incluían vastas

¹. Citado por Angel Delgado López en "El viaje como medio de conocimiento: el Viaje a Turquía", p. 448; los subrayados son míos.

superficies bajo el misterioso título de Terra ignota¹, los hombres que se lanzaban a atravesar el mar o a recorrer inmensas extensiones terrestres creían saber adónde se dirigían. De estas "certezas" nacían errores que tardaban mucho tiempo en disiparse. Colón se embarca provisto de unas cartas de los Reyes Católicos para uno de sus pares, el Gran Can. Con la mente colmada por las lecturas de los viajes de Marco Polo recorre prolijamente las Antillas en busca de la ansiada Catay. Trastrueca nombres y lugares, en aras de la ilusión que lo lleva a persistir en su vagabundo antillano. Nunca encontrará Cipango; jamás llegarán a manos del Gran Can las cartas para él escritas. Pero Colón morirá persuadido de que sus viajes lo condujeron al punto por él fijado en el momento de partir.

Todos los viajeros tienen algo de Colón en esta facultad de ver las cosas descubiertas a través de los lentes de sus prejuicios, de su saber previo, de su fantasía.

Nadie, ciertamente, empieza su existencia en el momento en que inicia el viaje. Al contrario, suele realizarse ya avanzada la juventud o en plena madurez. Difícilmente, pues, se podría hallar en un estado de "inocencia original". Ya se lleva una forma de ser, una manera de ver el mundo, una concepción de la vida; todo lo cual impregnará y matizará las nuevas vivencias.

¹. O, en terminología luminosamente reveladora de la renacentista fe en el saber humano, Terra nondum cognita, como denomina Mercator las regiones australes.

No es frecuente, sin embargo, que el viajero cobre conciencia de esta especie de trampa que se hace a sí mismo. Por lo general, parte del presupuesto de ser un espíritu libre, abierto, desprovisto de ideas preconcebidas. Y sin embargo, todo lo que vea tendrá que pasar por el tamiz de la comparación. Conocemos por asociación, y es inevitable que hagamos parangones con lo que ya tenemos incorporado a nuestro conocimiento, a nuestro concepto del mundo, a nuestra ética. Pero generalmente, como una manera de defendernos frente a lo nuevo (todo lo desconocido se nos presenta con cierta carga de agresión) descalificamos o hacemos menos lo que se nos ofrece por primera vez. Si a eso se suma -en el caso de los viajeros llegados a nuestras tierras- que Europa tradicionalmente ha considerado a América como un continente más "joven" y por muchos motivos inferior, no nos sorprenderá encontrar tantas veces criticada y menospreciada la realidad americana...eso sí, en nombre de la más absoluta objetividad⁴.

⁴. Hay, sin embargo, otras actitudes, si bien suelen ser bastante excepcionales. Un ejemplo: el de Humboldt. El gran viajero utiliza también la comparación para confrontar Europa y América, pero invierte los términos: lo positivo será América, lo negativo (o menos digno de admiración, en este caso), Europa. En 1801 escribe una exaltada carta desde La Habana a su amigo Willdenow: "¡Qué dicha para ti no haber visto estos bosques vírgenes del Río Negro y este mundo de palmeras! Después de haberlos visto te hubiera sido imposible habituarte a un bosque de pinos" (Cartas americanas, p. 77).

OBJETIVOS DEL VIAJE

¿Para qué se viaja? Los objetivos son múltiples, y van modificándose a través de las épocas, las culturas, los diversos viajeros. Pero se mantiene una constante, que va unida a la esencia del "ser viajero": se viaja para conocer.

Pero ¿qué es lo que se busca conocer?

a) Conocer nuevas tierras, nuevas sociedades, para extraer de allí un saber que será aplicado a lo propio. Ya en el siglo XV dice Pero Tafur que el viajero, de regreso a su tierra, debe, "por la diferencia de los governamentos e por las contrarias qualidades de una nación a otra, [poder] venir en conocimiento de lo más provechoso a la cosa pública e establecimiento della" ¹.

En este sentido, recuerda Doiron ² que numerosos textos de viajes no tienen al príncipe como destinatario del texto simplemente por su función de mecenas, sino porque es a él a quien se ofrecen los saberes acumulados, a fin de que los lleve a la práctica con los medios que el poder pone en sus manos.

b) Conocer nuevas tierras para dominarlas: sea a través del comercio, sea a través de la guerra. A menudo pacíficos viajeros trazan mapas, hacen relevamientos de terrenos, se informan sobre las costumbres de los habitantes de regiones desconocidas, sin prever que sus informaciones tendrán un uso mucho más pragmático

¹. Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439); cf. Angel Delgado López, art. cit.

². Doiron, art. cit.

que el puro afán científico que a ellos los impulsa.

c) Conocerse a sí mismo: el viaje cobra a veces, en los tiempos clásicos, características de un "camino de perfección"; una idea vinculada a la del hombre como homo viator⁷. A través del viaje por una nueva realidad exterior el hombre va profundizando en su realidad interior, tan desconocida a veces como la primera.

Frente a este concepto, se escucha la voz de Horacio, que afirma, con acentos que a estos viajeros les sonarían como la cumbre del pesimismo:

Coelum, non animum mutant qui trans mare currunt⁸.

Y el escéptico Montaigne prolonga ese tono en siglos más cercanos: "Habitualmente respondo a quienes me piden razón de mis viajes que sé bien de qué huyo, pero no lo que busco".

Pero por lo general se sabe —o al menos se entrevé, como una hipótesis de búsqueda— qué es lo que se persigue.

Esta búsqueda de sí mismo es también, a veces, búsqueda de raíces: el hombre se conoce en su presente y en su historia. Y su

⁷ Apunto aquí el hecho de que el propio Löwenstern, aunque muy alejado ya de esta idea por la época en que vive y por el espíritu con que viaja, no deja de vincularse a ella al presentarse como un "justo sufriente" para quien el camino es todo un vía crucis. Desarrollo esta idea más extensamente en el cap. V.

⁸. "Cambian los cielos, pero no las almas de los que surcan los mares", traduce Ortega y Medina al utilizar este verso como epígrafe del t. 2 de su libro México en la conciencia anglosajona. El mismo texto aparece en la portada de la obra de Latrobe, The Rambler in Mexico.

historia es el resultado de la de los hombres que lo precedieron'.

Se viaja, pues, para conocer, y ésta es una constante de todos los tiempos y de todos los viajeros. Lo que difiere radicalmente es la manera de preconcebir los mundos que han de descubrirse, y sobre todo la forma de reaccionar frente a ellos. Algunos tendrán que rendirse a la mágica fascinación de lo desconocido, y terminarán incorporando a su existencia nuevas formas de vida. Otros, en cambio, sentirán, como Löwenstern en los Estados Unidos, que todo lo que ven es "demasiado diferente [a lo propio] como para que pueda complacer[los]"¹⁰, y parapetados en esta actitud contemplarán el mundo.

¹⁰. Un ejemplo muy contemporáneo: en una serie de artículos aparecidos en Le Monde en 1985, bajo el título "Les écrivains et le voyage", Héctor Bianciotti relata su "regreso a Itaca", en este caso, la tierra de sus antepasados: "Casi treinta años después de llegar a Europa, sentí una urgente necesidad de ir a la aldea del Piamonte donde había nacido mi padre. Recuerdo haber recordado, en esa ocasión, el pájaro de que habla Borges, que vuela hacia atrás para saber de dónde viene [...].Una vez de regreso en París, comprendí que el viaje comenzado en mi infancia en la llanura argentina sólo había llegado a su fin en una aldea del Piamonte; y que, para llevarlo a cabo, había tenido que dar mil rodeos, escribir libros, aceptar que mi lengua, el español, me abandonara, y que otra, cortésmente, me aceptara. Pero que para hacer todas esas cosas que hoy forman mi vida, había sido necesario que, secretamente, supiera que un día habría de dirigirme a ese lugar de origen. Era un viaje de regreso; lo hice en lugar de mi padre: Itaca no está siempre en el pasado, y ocurre que uno vuelva en lugar de los muertos" ("Le retour à Ithaque", Le Monde, 9 de agosto de 1985).

¹⁰. Les Etats-Unis et La Havane. Souvenirs d'un voyageur, p. 28. En adelante citaré esta obra con la sigla EU.

LA LITERATURA DE VIAJES

Afirma Doiron, en el artículo antes citado, que la aparición y el desarrollo del género de viajes son mucho más lentos y tímidos que los del propio viaje en sí. Los viajeros se aventuran osadamente por tierras desconocidas; pero cuando se dedican a fijar por escrito lo vivido en esas aventuras, se aferran a lo conocido, a los géneros ya estereotipados por el uso de siglos: la crónica, el relato de peregrinaciones, son los marcos empleados inicialmente para volcar contenidos que los rebasan.

Poco a poco, el género se va configurando con características propias. Una de ellas es su complejidad, su diversidad. Según el punto de vista desde el que se le mire, se le acusará de ser un híbrido, peligrosamente vecino —a veces indiferenciado— de otros géneros: memorias, diarios, crónicas. Viéndolo positivamente, en cambio, se señalará la riqueza de este género polifacético. El relato de viajes, afirma Doiron, es una encrucijada donde se cruzan múltiples tipos de discurso, que el siglo XX se ha acostumbrado a separar nítidamente: el discurso histórico, el discurso etnológico, el de la filosofía, la arqueología...

Entre las características esenciales del género se encuentra su explícita intención de veracidad. Al saber libresco se opone el saber de la experiencia: lo visto, lo vivido, frente a la letra escrita. Pero, al mismo tiempo, la experiencia del viajero se convertirá en escritura, que a su vez servirá de inspiración y/o de objeto de confrontación para viajeros posteriores.

Esta es otra característica del género: se escribe teniendo en cuenta un doble referente:

a) el de la realidad vivida, que autoriza al sujeto del discurso a proclamar la verdad de su obra;

b) el del corpus integrado por textos anteriores, con los cuales se dialoga, ya sea para ratificar su veracidad, ya para cuestionarla, ya para enriquecerla.

Todo libro de viajes maneja una serie de tópicos, se estructura en base a ellos. Estos tópicos varían según las épocas¹¹. Quiero señalar aquí dos que permanecen como constantes:

a) el relato de viajes debe subrayar lo nuevo, lo inédito, lo desconocido para el lector; para eso se escribe, porque es ésa la razón por la cual se será leído. El lector espera que se desplieguen ante sus ojos las novedades, los portentos, las extrañezas de las tierras desconocidas.

b) el público lector de los libros de viajes es también el público lector de novelas. De ahí que se entrecrucen, se intercambien, determinados requisitos y características entre ambos géneros. El escritor de viajes —conscientemente o no— habrá de amoldarse en alguna medida a las exigencias del género narrativo.

¹¹. Me extenderé más ampliamente sobre este punto al hablar del siglo XIX.

EL VIAJE A AMERICA

A partir del "encuentro entre dos mundos" (para usar el término con que se ha tratado de conciliar una polémica), se suceden los viajes que unen uno y otro lado del Atlántico. Pero hasta mediados del siglo XIX este viaje se realizará casi siempre en una dirección: de Europa hacia América; y será la visión del europeo la que se plasme en los textos. Pocos son los americanos que se aventuran hacia Europa; y los que lo hacen, rara vez nos dejan por escrito el relato de esa travesía. El Inca abandona su tierra al llegar a la mayoría de edad. Lo que conocemos de su vida en España lo debemos a documentos de la época, no a su pluma. Es más bien el prototipo del exiliado que del viajero americano. Nada nos dice de sus humillaciones de pretendiente en la Corte, de sus hazañas de soldado, de sus años de letrado en su casa de Córdoba. Como harán, siglos más tarde, otros exiliados -los jesuitas- su corazón se vuelve hacia las tierras que dejó, y las convierte en la materia de su escritura. Son los viajes de un adolescente por tierras andinas lo que nos cuenta Garcilaso, no su itinerario por España ¹².

Pero en cambio, la corriente de viajeros que afluye hacia América es constante y caudalosa. Y gran parte de ellos están

¹². Entre los casos dignos de mención de viajeros americanos en Europa, Fray Servando es por muchos motivos uno de los más interesantes. Su obra, polifacética como el propio autor, une la sátira, la autobiografía y el relato de viajes, y nos deja, entre otros, un retrato de España que Larra hubiera podido suscribir en casi todas sus partes.

dotados de una pluma exuberante y de una imaginación no menos frondosa. No entra en la intención de este trabajo hacer un análisis de todos los viajeros que llegan a América a partir de Colón. Lo que sí me interesa destacar son las grandes líneas temáticas que recorren los tres siglos posteriores al descubrimiento y la forma que adopta el discurso narrativo en cada uno de ellos, porque reaparecerán, con variantes, en el relato del viajero del siglo XIX que constituye el tema de mi tesis.

El siglo del descubrimiento

1492 es una fecha de doble trascendencia para España: la unificación del territorio bajo el mando de los Reyes Católicos se consuma con la toma de Granada. Ya "pacificados" los reinos es posible dedicarse a planear otras empresas; por eso finalmente consigue Colón, tras años de peregrinaciones y antesalas, la autorización -y el financiamiento- para su expedición a las tierras de Cipango.

Tres son los temas que se reiteran en su diario de viaje, transmitido hasta nosotros por Las Casas:

1. El tema religioso: se trata de buscar nuevas tierras para convertir a los habitantes a la verdadera fe.
2. El tema económico: Colón indaga incesantemente dónde se encuentra el oro, o, en su defecto, las especias.

3. El tema científico: la búsqueda de nuevos puertos, de nuevos territorios que agranden el mundo conocido, y la descripción de las características -flora, fauna- que los distinguen.

La fantasía juega un papel importantísimo en los viajes de Colón ; en esto es el iniciador de una corriente que convierte al territorio americano en el reservorio de todos los mitos, clásicos y modernos. Las sirenas pueblan los mares antillanos; en las islas que se adivinan a lo lejos, y que Colón deja por el momento de explorar por ser "cosa para descubrirse por sí" (12 de noviembre), hay hombres con cabeza de lobo, y otros que capturan a los incautos y los someten a afrentosas mutilaciones.

Colón no deja de creer firmemente en esos mitos; pero alguna vez la realidad se confronta violentamente con lo imaginado, y las maravillosas sirenas de Ulises se convierten en desagradables marimachos: "No eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara" (9 de enero).

Otros cronistas se mostrarán más escépticos frente a los mitos (clásicos o cristianos), al punto de que, con una punta de ironía, hasta podrán acusar a sus muchas culpas de enturbiarles la visión de un milagro¹³. Pero durante la primera mitad del siglo XVI no es ésta la norma. Al contrario, toda una expedición habrá de lanzarse

¹³ En la batalla de Ciutla, en Tabasco, según el relato de Gomara, se apareció el apóstol Santiago (¿o fue el señor San Pedro? no está muy seguro el cronista), y llevó a los cristianos a la victoria. Pero Bernal, aunque, a diferencia de Gomara, estuvo presente en la ocasión, por "pecador" e "indino" no fue "merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles", según acota maliciosamente (Historia verdadera..., cap. 34).

a la conquista del Dorado para encontrar solamente la muerte, la muerte en todas sus formas: degollados por sus compañeros, ahogados en el Amazonas, flechados por los indios, colgados por traidores al rey.

Otro tema que introduce Colón, y que también lo convierte en antecesor de una larga serie de viajeros, es el de la alabanza del paisaje americano: el paisaje potenciado por la admiración de quien lo contempla, hasta convertirlo en lugar paradisiaco. Pero en este punto se dividen las opiniones de los críticos: están desde los que elevan a Colón a la categoría de "el primero y más grande los poetas americanos"¹⁴ hasta los que señalan, con mayor justeza, que lo que hace Colón es pintar un paisaje desconocido enmarcándolo en los cánones conocidos por él y por sus lectores: el tópico del locus amoenus funciona aquí como código común entre autor y lector¹⁵. Es decir, se interpone, entre la visión del viajero y la realidad representada, un esquema cultural ya fijado de antemano: característica que encontraremos reiteradamente en los relatos de viaje, y que se hace particularmente notoria, como veremos, en los del siglo XIX.

Walter Mignolo explica por qué se recurre a lo conocido para presentar una realidad hasta entonces nunca descrita:

¹⁴. Opinión que refuta Ramón Iglesia, en "El hombre Colón", p. 78.

¹⁵. Cf. Erwin E. Palm, "España ante la realidad americana", p. 147.

Se ha repetido muchas veces que una de las particularidades de los escritores del descubrimiento y de la conquista, al menos de los de la primera hora, es que no disponían de modelos para escribir sobre las Indias. Esta observación, sin duda cierta, implica que el objeto (por ejemplo, Indias) no tiene un lenguaje que lo exprese, es, hasta el momento del descubrimiento, un objeto "silencioso", y es, precisamente en este sentido, ignoto. Nada más natural, en casos semejantes, que ver el nuevo objeto con los ojos conformados al entorno que conocemos. Lo cual quiere decir expresarlo mediante el lenguaje con el que expresamos y nos referimos a los objetos conocidos¹⁶.

Siguiendo con el tópico del paisaje americano, no siempre el que describan los viajeros será tan plácido e idílico como el que vio -quiso ver- en las Antillas el Descubridor. Con frecuencia, y a medida que los viajeros-cronistas se adentran en la América Ignota, la naturaleza se mostrará áspera, rebelde y aun amenazadora para el hombre que no sólo la contempla, sino que quiere dominarla. Pero habrá de quedar como tópico obligado en todo relato de viaje: naturaleza idílica o naturaleza salvaje, siempre será objeto de admiración. Al punto de que nos sorprende -y nos impresiona como una herejía- que nuestro viajero, el siempre peyorativo Löwenstern,

¹⁶. Walter D. Mignolo, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", pp. 61-62.

caracterice el paisaje de "este nuevo mundo" como "rico y fértil" pero "generalmente de aspecto muy triste, despojado de los encantos de la variedad"¹⁷.

Un ilustre viajero del siglo XVI, Antonio Pigafetta, escribe en la dedicatoria de su obra:

Por los libros que yo había leído y por las conversaciones que tuve con los sabios que frecuentaban la casa del prelado¹⁸, supe que navegando por el Océano se veían cosas maravillosas, y me determiné a asegurarme por mis propios ojos de la veracidad de todo lo que se contaba, para a mi vez contar a otros mi viaje, tanto para entretenerles como para serles útil y lograr al mismo tiempo hacerme un nombre que llegase a la posteridad¹⁹.

El viaje de Pigafetta —y el texto producido— tiene características diferentes a las de Colón. Se viaja en busca de algo ya conocido, ya descrito por otros: una serie de lecturas se interponen entre

¹⁷. Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur, p.223. En adelante citaré la obra con la sigla M. Las páginas se refieren a la edición original (1843).

¹⁸. Mons. Chericato, predicador de León X, y en ese momento de visita en España.

¹⁹. Antonio Pigafetta, Primer viaje en torno al globo, pp.41-42; los subrayados son míos.

el viajero y los "nuevos mundos". Pero coincide con Colón en la búsqueda - y el encuentro- de "cosas maravillosas", de prodigios²⁰. Y coincide también en un objetivo: el texto se escribe para lograr fama, para legar un nombre a la posteridad.

El viajero de este primer siglo del Descubrimiento ofrece, pues, una visión maravillada e hiperbólica de América. Visión absolutamente interesada, por cierto: tanto Colón como Cortés, por citar sólo dos casos, exaltan su propia figura al exaltar las tierras descubiertas y conquistadas. La grandeza de esos territorios, la valentía de los enemigos derrotados, son otras tantas alabanzas a su propia grandeza y a su propia audacia. Cuanto más valioso es lo conquistado, mayor es la gloria del conquistador. Una actitud que veremos reiterarse en el siglo XIX: los relatos de Humboldt sobre la inagotable riqueza de la Nueva España también rozan con lo hiperbólico. Y como fruto de sus elogiosas descripciones lloverán sobre el México recién emancipado las empresas mineras patrocinadas por Inglaterra y Alemania: una nueva forma de conquista.

²⁰. Si Colón ve a las sirenas, Pigafetta descubre a los gigantes patagones.

El siglo XVII

Los viajeros que se dirigen a América en esta etapa vienen provistos de un bagaje intelectual, fruto de lecturas de cronistas en cuyas informaciones se basan.

Estos viajeros encuentran una sociedad ya estructurada bajo el régimen cononial. Una sociedad mestiza, donde los usos y costumbres que describen detalladamente participan de la fértil unión entre lo europeo y lo indígena.

Pero aparecen aquí notables diferencias respecto a la etapa anterior. En primer lugar, los viajeros strictu sensu que recorren estas tierras no son españoles, ni están (como era el caso de Colón) al servicio de la Corona de España. La visión, pues, es distinta: más cercana, en muchos aspectos, a la de los viajeros que encontraremos en el XIX.

Su visión está dada "desde afuera", con una perspectiva que parte de intereses comerciales o políticos. Se describen y se critican las estructuras coloniales con un afán polémico. La exaltación de lo americano —una constante que perdura en este siglo— va unida a la crítica al mal gobierno, que no sabe aprovechar esas riquezas y tiene sometidos a los habitantes. La mayor o menor acritud de los juicios dependerá del objetivo del viajero: será más leve en el caso de comerciantes como los italianos Carletti y Gemelli; amontonará condenas en el caso del inglés Gage.

Se continúa, como dije, el tema de la exaltación de lo

americano. Pero ahora, el viajero no manifiesta la admiración desinteresada de los primeros cronistas, como Fernández de Oviedo, sino que, junto con la descripción de los productos naturales, se anota minuciosamente la utilidad pecuniaria que produce a sus dueños, y la que puede dar en el futuro.

Los productos cuya descripción se reitera en todos los viajeros son los "ultramarinos", es decir, los que resultan novedosos en Europa: el tabaco, del cual se destacan las propiedades curativas²¹; el chocolate, cuyo uso se ha difundido con enorme rapidez por Europa en menos de un siglo; sin que falten las descripciones de otras plantas como el maguey -y la consecuente fabricación del pulque-, el nopal, el zapote y tantas más.

Se destacan también las riquezas mineras: Gemelli Carreri, en 1697, es uno de los primeros en describir prolijamente las minas que se encuentran cerca de Pachuca.

Un tema que surge en este siglo, para prolongarse en los siguientes, es la evocación idealizada del pasado indígena. La curiosidad por la historia antigua de México aparece ya desde los primeros cronistas, pero en su caso se escribe bajo el convencimiento de que los españoles han llegado a traer la luz de la fe cristiana y los adelantos de una cultura más avanzada. Se destaca, por ello, en el relato, la lista de los "vicios" y crueldades que reinaban en estas tierras.

²¹. En afirmación que hoy nos resulta, por lo menos, curiosa, F. Carletti afirma que según la opinión general, "prohíbe el accidente del mal de asma" (Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo, p.62).

En los viajeros no españoles que visitan América en este siglo la perspectiva es distinta. Gemelli Carreri, lo mismo que Gage, dedican varios capítulos a narrar la historia de los últimos reyes aztecas, y a describir diversas costumbres prehispánicas. De allí surge, implícita o explícitamente, la condena a la acción exterminadora de los españoles. De allí también la valoración -por vez primera- de los monumentos de los antiguos dueños de la tierra. Gemelli Carreri, que visita Teotihuacan, recoge la siguiente versión sobre el origen de las pirámides:

Se atribuye la fábrica de estas pirámides a los ulmecas, segundos pobladores de la Nueva España, venidos de la isla Atlántida de que habla Platón en su Timeo[..]. Da motivo a esta conjetura el que todas las historias indianas dicen unánimemente haber venido estos ulmecas por mar, de la parte del oriente, y el que, según Platón, los habitantes de la isla Atlántida traían su origen de los egipcios, entre los cuales había la misma costumbre de levantar pirámides²².

Gemelli Carreri frecuentó durante su estancia en México a Sigüenza y Góngora, y es probable que de él escuchara esta teoría. Según Irving Leonard

²². Giovanni Gemelli Carreri, Viaje por la Nueva España, p. 204.

Don Carlos estaba convencido de que los antepasados de los mexicanos, habiendo salido de Egipto no mucho después de la confusión de las lenguas, se dirigieron a América. Esta conclusión se basaba en varios argumentos interesantes: la similitud de mexicanos y egipcios, manifestada en la construcción de pirámides; el empleo de jeroglíficos en el cómputo del tiempo; cierto paralelismo en el atuendo y las costumbres; y la semejanza de la palabra mexicana "Téotl" con la egipcia "Theuth"²³.

Esta versión sobre el origen de las pirámides mexicanas todavía tendrá crédito en el siglo XIX ²⁴.

Los viajeros de este siglo inician también otra línea temática, que podría denominarse "alabanza y vituperio de la ciudad de México". Carletti, al comienzo del siglo (1606) y Gemelli Carreri, al finalizar (1697) coinciden en alabar la belleza de su asentamiento, la amplitud de sus calles, la magnificencia de sus construcciones, la amenidad de sus paseos. Gemelli Carreri alaba también la belleza de sus mujeres: superan, dice, a las italianas, por ser "hermosísimas y de muy gentil talle"²⁵. Gage, en cambio, apuntará contra las damas sus más iracundas baterías: son coquetas, livianas, apasionadas por el juego, tenaces en sus caprichos, y no

²³. I. Leonard, Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, p. 112.

²⁴. Cf. M, cap. XIX.

²⁵. Ibid., p. 45.

tienen mayor escrúpulo en valerse del crimen para eliminar un obstáculo.

Otro tema en el que coinciden todos los viajeros es en criticar la abundancia del clero en la Nueva España. Pero nuevamente será Gage el que cargue las tintas hablando de su corrupción, su amor por las riquezas y el poder (que llevará a una congregación a enfrentarse con las armas en la elección de un superior).

El libro de Gage es un libro político desde el principio al fin. En esto anticipa varios textos de los viajeros que visitan México en el siglo XIX, sobre todo antes de la aventura de Maximiliano. La obra está escrita para hacer grato a su autor ante los ojos de los protestantes -sus recientísimos correligionarios- y nada mejor que proponer a la Corona Británica una nueva y riquísima posesión para hacerse perdonar su pasado papista.

Buena parte del libro está dedicado a mostrar la debilidad del ejército y la armada española, que, por lo tanto, poco podrán hacer para resistir a las gloriosas fuerzas británicas. Y apunta también, con sagacidad, que la rivalidad entre criollos y españoles por el gobierno de las posesiones americanas es un factor que debe tenerse en cuenta porque de allí saldrán graves consecuencias. Se atreve a pronosticar -siempre con el fin de hacerse grato al gobierno inglés- que los criollos estarían dispuestos a cambiar de amo, si eso los librara de los aborrecidos españoles:

El odio que se profesan es tal, que me atrevo a decir que nada puede contribuir a la conquista de la América tanto como esa división, siendo fácil ganar a los criollos y decidirlos a tomar partido contra sus enemigos, para romper el yugo, salir de la servidumbre a que están reducidos, y vengarse de la manera rigurosa como los tratan, y de la parcialidad con que se les administra la justicia, por el favor y valimiento de que siempre gozan los naturales de España.

Y tan amargo, tan duro es esto para los pobres criollos, que les he oído decir con frecuencia que preferirían un príncipe cualquiera por soberano al señorío de los españoles, con tal que les dejara el libre ejercicio de su religión ”.

(Mucha agua habrá corrido bajo el puente entre el viaje de Gage y el de Löwenstern. Pero la visión de América -y de México en este caso particular- como una tierra de la cual adueñarse, no es sustancialmente distinta).

Aparece en esta etapa, en esbozo, lo que en el siglo XVIII será motivo de las más ásperas polémicas entre europeos y americanos: la teoría de la inferioridad de América. Es Gage, en este caso, el que aporta los elementos que en el Siglo de las Luces servirán de fundamento a autores como Buffon o de Pauw. Su descripción de los frutos de la tierra es, como en todos los viajeros, exuberante. Pero...hay un inconveniente: esas frutas tan

“ Gage, op. cit., p.42.

hermosas a la vista son poco sustanciosas; muchísimo menos, por supuesto, que las europeas. Y así sucede con todos los alimentos. En América, dos o tres horas después de haber hecho una comida abundante ¡se vuelve a tener hambre!

Las frutas, bellas por fuera e insustanciales por dentro, son metáfora de los habitantes de estas tierras, dice Gage, sacando de la "anécdota ejemplar" la moraleja pertinente. Y afirma con puritana severidad:

Como hay engaño en la apariencia exterior de las carnes y de las frutas, así se halla entre las gentes nacidas y criadas en aquel país, las cuales muestran un exterior hermoso por fuera, mas por dentro están llenas de disimulo y falsedad".

Juicio corroborado por Isabel de Inglaterra (de creer a Gage) cuando le presentaron frutas de América: "Menester es que en el país donde se crían estas frutas, las mujeres sean ligeras y toda la gente vana y falsa" ²⁸.

Aparece aquí otra constante que veremos reiterarse en los textos del XIX: se destaca, dentro del abundante material

²⁷.Gage, op. cit., p. 133.

²⁸. Ibid. En este afán de sacar conclusiones moralizantes, Isabel de Inglaterra hace pendant con otra Isabel, la de España. Cuenta Fernández de Oviedo que, "al oír de boca del Almirante que en las Indias los árboles no echan raíces hondas porque llueve mucho y la tierra está podrida, la Reina Católica se mostró afligida y preocupada y dijo: 'En esa tierra donde los árboles no se arraigan, poca verdad y menos constancia habrá en los hombres'" ; cit. por A. Gerbi, La disputa del Nuevo Mundo..., p. 52.

anecdótico proporcionado por la experiencia del viajero, el que puede servir para un objetivo; en este caso, destacar la corrupción "intrínseca" a los seres que produce la engañosa naturaleza americana".

El siglo XVIII

El siglo XVIII es un siglo clave en la historia de los viajes. Gracias a los adelantos en materia de instrumental científico y de construcciones navieras se viaja ahora con mayor frecuencia, con mayor seguridad.

España, después de siglos en los que las Leyes de Indias impusieran férreas trabas al paso de los extranjeros hacia sus colonias americanas, empieza a levantar esas restricciones. Se suceden las expediciones de reconocimiento, de inspección, de exploración, fruto de las cuales son los textos que dan cuenta de lo que se ha visto y oído. Textos que no siempre se hacen públicos: a veces toman la forma de "noticias secretas" que sólo mucho más tarde verán la luz.

En 1783 Francisco de Miranda escribe a su protector Cagigal:

[Me marchó] para dar principio a mis viajes por países extranjeros. Con este designio he cultivado de antemano con

" Volveré sobre este recurso de la "anécdota ejemplar" más adelante, en el cap. V.

esmero los principales idiomas de la Europa [...]. Todos estos principios [...], toda esta simiente que, con no pequeño afán y gastos, se han estado sembrando en mi entendimiento por espacio de treinta años que tengo de edad, quedaría desde luego sin fruto ni provecho por falta de cultura a tiempo: la experiencia y conocimiento que el hombre adquiere visitando y examinando personalmente con inteligencia prolija el gran libro del Universo⁹.

La filosofía de la Ilustración marca con una nueva impronta el espíritu de los viajeros. El viaje tiene ahora, fundamentalmente, un objetivo científico, antes que político. Y en ese objetivo científico se engloba la búsqueda de una serie de conocimientos universales: la geografía, la arqueología, la historia, las costumbres. Se viaja para explorar: explorar el mundo físico, el mundo social, el mundo moral. Así Humboldt, el viajero ilustrado por antonomasia, sintetiza en una carta lo que será el contenido de su libro de viajes:

Mi relato de viaje [...] no contendrá sino lo que pueda interesar a todo hombre culto: las observaciones físicas y morales, las condiciones generales, los caracteres de los pueblos indígenas, las lenguas, las costumbres, el comercio

⁹. Citado por Mariano Picón Salas en De la Conquista a la Independencia, pp. 202-203.

de las colonias y las ciudades, el aspecto del país, la agricultura, la altura de las montañas, la meteorología".

Descubrir y conocer al hombre será uno de los objetivos centrales del viaje de la Ilustración. Al hombre universal en su esencia, aunque adopte usos, costumbres, formas de gobierno, éticas diferentes. Frente a esa "otredad" el hombre del XVIII adopta una nueva postura. Lo diferente ya no es necesariamente cuestionable, ya no debe ser modificado para aproximarlos a lo que, para el observador-viajero, son los usos establecidos, ratificados y sancionados por sus costumbres.

Lizardi, en uno de los capítulos más ricos a nivel ideológico del Periquillo, pone en boca de un negro ilustrado palabras que confunden y avergüenzan a un inglés, persuadido -antes de ser llevado, en una especie de diálogo socrático, a reconocer la profunda verdad que encierra el discurso de su interlocutor- de la superioridad de sus propios hábitos y convicciones:

"Si el tener a los negros en menos es por sus costumbres, que llamáis bárbaras, por su educación bozal, y por su ninguna civilización europea, deberíais advertir que a cada nación le parecen bárbaras e incivilizadas las costumbres ajenas [...]. Es un error calificar de bárbaros a los individuos de aquella

²¹ Humboldt, Cartas americanas, p. 73; el subrayado es mío.

o aquellas naciones o pueblos que no suscriben a nuestros usos, o porque los ignoran, o porque no los quieren admitir"²².

El viaje del siglo XVIII puede tener diferentes objetivos, pero se caracteriza siempre por su búsqueda de utilidad. "Viajar por viajar" , señala Rousseau en el Emilio, "es ser un vagabundo. Viajar para instruirse es todavía un objetivo demasiado vago; la instrucción que no tiene un fin determinado no es nada"²³.

La "utilidad" puede estar encaminada a lograr un objetivo estrictamente científico: por ejemplo, confirmar una teoría (el viaje de La Condamine para dilucidar la polémica sobre la forma del ecuador y de los polos); o a recopilar informaciones sobre la naturaleza humana en las diversas latitudes, que servirán de material a los filósofos. "Los viajeros son a los filósofos -dice el marqués de Pézai- lo que los boticarios son a los médicos. Sobre los relatos de los primeros los filósofos apoyan sus sistemas"²⁴. Voltaire, Kant, Rousseau, son grandes lectores de textos de viajes:

He bebido en todas las fuentes, he rebuscado en todo acopio de datos almacenados -escribe Kant en su esbozo de un curso de geografía en 1757-, he examinado las más documentadas

²². Fernández de Lizardi, El Periquillo sarniento, pp. 347-348.

²³. Citado por Gaspar Gómez de la Serna, Los viajeros de la Ilustración, p.12.

²⁴. Id., p.11.

descripciones de países extraños redactadas por sagaces viajeros, he repasado la historia general de todos los viajes, la recopilación de nuevos viajes confeccionada en Göttingen..."

El viajero del siglo XVIII es un hombre racionalista, pero frente a estas tierras de maravillas se renueva en él la vocación de descubridor de mitos, que encuentra sus raíces en Colón. La Condamine " dedica varias páginas a analizar dos de los mitos más célebres y con mayor arraigo en la mente de los lectores europeos: el mito de las amazonas y el mito de El Dorado.

El discurso es diferente, es verdad. El hombre ilustrado rastrea los antecedentes históricos, analiza los elementos que pueden haber dado pie al mito, plantea su hipótesis sobre la localización exacta de esos lugares fabulosos. Pero no los descarta: "Esto no quiere decir que aun cuando hoy no se encuentren vestigios de esa república de mujeres, ello sea suficiente para poder afirmar que no existió nunca". Y remata:

Me contentaría con hacer notar que si alguna vez ha podido haber amazonas en el mundo ha tenido que ser en América, donde

" Citado por U. Bitterli, Los "salvajes" y los "civilizados"..., p. 322.

" Carlos María de La Condamine, Viaje a la América meridional, pp. 58-68.

la vida errante de las mujeres, que siguen frecuentemente a sus maridos en la guerra y que no son muy dichosas en su vida doméstica, pudo hacer nacer en ellas esta idea, puesto que les presentaba frecuentes ocasiones de sacudir el yugo de sus tiranos buscando el medio de establecerse en un sitio en que pudiesen vivir independientes y al menos no hallarse reducidas a la condición de esclavas y bestias de carga.

El comentario arroja sobre el mito una luz que lo despoja en parte de su halo de fantasía, para enmarcarlo en una preocupación sociológica: el rol de las mujeres en esas sociedades "primitivas".

Primitivas, salvajes, incivilizadas. Al mismo tiempo que el filósofo ilustrado plantea la teoría del hombre universal, cuyos valores no dependen de la cantidad de cultura occidental que posee, sino de su propia esencia de hombre, se alzan otras voces para plantear la dicotomía que hará escuela a lo largo del XIX: la pugna entre civilización y barbarie, entre salvajes y civilizados. Benveniste³⁷ analiza el origen y la trayectoria de la palabra civilización, que surge casi simultáneamente en Francia e Inglaterra, reflejando una ideología que servirá como un nuevo instrumento de dominación: de unos países sobre otros, de unas razas sobre otras, de un grupo social sobre otro al que se considera inferior. Y la teoría servirá para proveer de un aparato ideológico aparentemente sin fisuras ni contradicciones a los

³⁷ E. Benveniste, "Civilización. Contribución al estudio de la palabra" en Problemas de lingüística general, t.1, pp. 209-218.

sectores que buscan imponerse.

Como ya señalé, los textos de los viajeros son uno de los filones que —junto con la Historia— explotan los filósofos para elaborar sus teorías. Pero en determinados momentos se enfrentan los dos. Es decir, se opone la verdad "libresca" a la verdad "vivida". Así ocurre en el caso de la visión que La Condamine ofrece del "salvaje", totalmente opuesta a la de Rousseau. El filósofo puede plantear utópicamente que el hombre es bueno por naturaleza y que la sociedad lo corrompe. Pero el viajero, que ha visto realmente a estos hombres, lo refuta en forma tajante: "No puede verse sin avergonzarse cómo el hombre, abandonado a la simple Naturaleza, privado de educación y de sociedad, difiere poco de la bestia".

Es en este siglo cuando aparece como género formalmente incorporado a la literatura el relato de viaje. De él se esperan ciertas características: amenidad, descripciones exóticas, anécdotas ilustrativas, escenas costumbristas y pintorescas, material, en fin, que alimente la fantasía de los lectores. No siempre el relato de viajes cumple estos requisitos. Y el viajero, que escribe su texto consciente de que éste, lo mismo que su viaje, debe tener una función primordialmente utilitaria, insiste una y otra vez tratando de delimitar el terreno entre el género de viajes y la literatura de "entretenimiento". Lo literario, en este caso, está explícitamente supeditado a la misión de informar. El escritor se considera un instrumento "al servicio de": al servicio

de la Ciencia -con mayúsculas-, del Estado, de un gobierno, de una academia, y no se permite la efusión de lo personal. Sus juicios, sus advertencias, sus prevenciones, van siempre encaminadas a servir a un propósito más alto -así se lo considera entonces- que la expresión de sentimientos y vivencias personales: "Los viajeros de la Ilustración son agentes de una empresa política común, encabezada por el rey y dirigida desde el Estado mismo, por una serie de ministros y de intelectuales"²⁸.

Jovellanos, en la introducción a sus cartas a D. Antonio Ponz, advierte:

Como la utilidad es el objeto de las descripciones que contienen [estas páginas] no hay que buscar en ellas aquellos primores y gracias de estilo, sin los cuales es fastidioso y cansado todo libro a quien le juzga como humanista²⁹.

Sin embargo, y a pesar de esta insistencia por separar los terrenos entre lo literario y lo puramente informativo, los viajeros - cualquiera sea el objetivo perseguido por su texto- no pueden escapar a los marcos ya fijados por el género del relato de viajes, por incipiente que éste sea. Ni tampoco pueden prescindir, así sea inconscientemente, de las expectativas del lector, que espera, como ya señalamos, determinados contenidos del género, en

²⁸. Gómez de la Serna, op. cit., p. 97.

²⁹. Gaspar M. de Jovellanos, Obras, t.2, p. 272 (BAE, v.50).

el cual se unen ficción y realidad. Así, la realidad muchas veces será presentada siguiendo los parámetros con que sea crea la ficción . Vaya como ejemplo el relato del viaje de Mme. Godin por las selvas amazónicas, referido por su esposo⁴⁰.

La "trágica aventura" de esta mujer, como la califica el propio narrador, podría constituir la materia de una novela que todavía está por escribirse. Una vez cumplidos los objetivos científicos de la expedición, Godin decide regresar a Francia. Su esposa no puede partir de Quito con él por estar embarazada, lo cual hacía aún más penoso un viaje de por sí difícil. Por múltiples motivos -entre ellos la falta de comunicaciones confiables- Mme. Godin demora su partida ¡20 años! Por fin inicia el viaje con un grupo de 8 personas, entre las que figuran dos hermanos suyos y un sobrino de 10 años. Distintos accidentes van diezmando la expedición: una epidemia de viruela, el naufragio de su almadía, la falta de alimentos. La única sobreviviente es la mujer, que vaga durante nueve días por la selva, aliméntandose de huevos y frutas silvestres, con los pies cubiertos por unas sandalias fabricadas por ella misma con los zapatos de sus hermanos. Finalmente la recogen unos indígenas, y en 1770 se reencuentra con su esposo en Cayena, donde embarcan para Francia.

⁴⁰. M. Godin acompañó a La Condamine en su viaje a América; cuenta el episodio a que hago referencia en su "Carta de M. Godin des Odonais a M. de La Condamine, y la aventura trágica de Madame Godin en su viaje de la provincia de Quito a Cayena, por el río Amazonas" ; cf. Carlos María de La Condamine, Viaje a la América Meridional.

La historia, señala Godin, parece superar cualquier ficción¹¹. Pero allí están los documentos para dar testimonio. Y el relato de las peripecias de su esposa adquiere un valor ejemplar. Podría insertarse en los marcos de la novela "larmoyante" tan en boga en la segunda mitad del XVIII, en la que la heroína, perseguida por la fatalidad -encarnada muchas veces por la maldad humana- atraviesa los más horribles peligros para salir incólume, y recibir finalmente el premio a su virtud. En el caso que nos ocupa, no falta ninguno de los elementos literarios que contribuyen a hacer más apasionante la historia : el elemento exótico -"tigres, serpientes peligrosas, un bosque sin sendas"-; el elemento necrofilico -ve expirar a todos sus acompañantes y "permanece sola, dos días con sus noches, entre los cadáveres"-; el motivo del negro fiel, que arriesga su vida internándose en la selva en busca de su ama; y la figura del malvado, encarnada en este caso por el traidor Tristan d'Oreasaval; quien, en lugar de cumplir la misión que se

¹¹. "Si leyeráis en una novela que una mujer delicada, acostumbrada a gozar de todas las comodidades de la vida, se precipita en un río, del que se la extrae medio ahogada; se interna en un bosque con otras siete personas, sin camino, y por él anda muchas semanas; se pierde, sufre el hambre, la sed, la fatiga, hasta el agotamiento; ve expirar a sus dos hermanos, mucho más robustos que ella, a un sobrino apenas salido de la infancia, a tres jóvenes, criadas suyas, y a un joven criado del médico que había marchado antes; que sobrevive a la catástrofe; que permanece sola, dos días con sus noches, entre los cadáveres, en parajes donde abundan los tigres, muchas serpientes muy peligrosas, sin haber encontrado nunca ni uno solo de estos animales; y que se levanta, se vuelve a poner en camino, cubierta de harapos, errante en un bosque sin sendas, hasta el octavo día, en que volvió a hallarse a orillas del Bobonaza, acusaríais al autor de la novela de faltar a la similitud; pero un historiador no debe decir a los lectores más que la simple verdad" (ibid., p.148).

le ha confiado -ir preparando el camino para el viaje de Mme. Godin- se dedica a cuidar de sus propios intereses como comerciante, y deja a los viajeros librados a su suerte⁴².

El relato "verídico" puede ser leído, pues, como novela. Y la compasión del lector aumenta al encontrarse frente a una historia que no necesita fingir su veracidad, como sucede en tantos textos literarios que acuden a ese recurso para conmover más directamente la conciencia del lector.

En este entrecruzamiento entre realidad y ficción se demanda ejemplaridad de la historia verdadera, lo cual es también una exigencia de la novela de la época. "Veréis [en el relato] lo que pueden el valor y la constancia" dice La Condamine al presentar a un corresponsal anónimo (M ***) la carta que a su pedido le enviara Godin. Y continúa:

No hay espíritu que no se sienta enternecido -la palabra tiene especial significado en el lenguaje del siglo XVIII- con el relato de la horrible aventura de una mujer que [...] por una serie de acontecimientos superiores a la prudencia y previsión humanas se halla transportada entre bosques impenetrables poblados de bestias feroces y peligrosos reptiles [...] y que escapa sola de todos los peligros casi prodigiosamente⁴³.

⁴². Ibid., p. 142.

⁴³. La Condamine, op. cit., p.138; los subrayados son míos.

Este texto es la ratificación más explícita de lo que acabo de enunciar. La Condamine, convertido en este caso en el "common reader" de su época, destaca en el relato todos los elementos que "el público lector" busca en las novelas del momento. Mme. Godin queda, pues, convertida en hermana de Amelia, de Clarissa, de Pamela, de todas las heroínas que ven su virtud recompensada.

El viaje del siglo XVIII, en síntesis, está encaminado a la búsqueda de conocimientos. El viaje se convierte en fuente privilegiada de sabiduría, no sólo para quien lo lleva a cabo, sino para sus lectores, entre los cuales destacan los filósofos de la Ilustración.

Es en esta etapa cuando el género se conforma como tal. El siglo XIX terminará de fijar sus elementos constitutivos, y llevará al género a su máxima difusión, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II. EL VIAJE A LA AMERICA INDEPENDIENTE

El viaje hacia nuestros países, en el siglo XIX, está marcado por un elemento fundamental: los viajeros ya no se dirigen a unas posesiones coloniales, sino a naciones que acaban de emanciparse. El acontecimiento histórico que trae repercusiones tan decisivas en todos los planos de la vida de estos países incide también en la visión que de ellos tienen los viajeros que se suceden a lo largo del siglo.

Para el objetivo de mi trabajo me ceñiré exclusivamente a la primera mitad del XIX, período en el que se ubica tanto la trayectoria vital como la obra de Löwenstern. Me centraré también, esencialmente, en los viajes que se realizan en esta etapa hacia el que acaba de dejar de ser el virreinato de la Nueva España, porque sirven de antecedente (y en muchos casos de modelo literario) al de este viajero.

Se viaja ahora, como acabo de señalar, hacia regiones donde han cambiado radicalmente las circunstancias políticas, sociales, culturales. O al menos así se piensa en los albores de la Independencia. El transcurrir del siglo, con sus intentos de organización, el sucederse de constituciones que optan por diversas formas de gobierno, la anarquía que traen consigo los caudillos victoriosos, los graves problemas económicos, mostrarán que la

realidad no cambia por decreto¹.

A pesar de todo esto, no cabe la menor duda de que se han producido cambios profundos en las antiguas colonias españolas. Para las naciones europeas, se abre ante sus ojos —y sus ambiciones— un "nuevo mundo", ahora no limitado solamente al afán expansionista de la Corona hispánica².

El concepto ya existente de América como un continente joven, donde todo es diferente, todo está abierto —todavía— a descubrimientos, se ve reforzado ahora, en esta etapa de la vida política de sus países. Países "nuevos", ávidos de recibir nuevos conocimientos, nuevas fórmulas políticas, nuevos estilos de vida, nuevos sistemas económicos, nuevos modelos, en fin.

¹. Como creen firmemente los hombres que redactan las primeras constituciones de nuestra América. En 1824 un editorial del Aguila Mexicana anuncia jubiloso: "El día de hoy [2 de febrero] va a hacer época en la historia de nuestra admirable revolución; debe ser el último de nuestras desavenencias y desgracias domésticas y el primero de nuestra paz y felicidad [...]. Se fijaron las bases de nuestra Constitución por un Congreso, y por consiguiente se ha quitado todo motivo o pretexto de disturbios o revoluciones[...]. ¿Quién pues podrá perturbar nuestra paz? ¿Quién romperá nuestro pacto?... Nadie absolutamente: somos independientes, somos libres, y lo seremos hasta el fin de los siglos" (cit. por S. Novo, La vida en la ciudad de México en 1824, p. 44).

². La idea del viaje como descubrimiento, presente en todos los viajeros, se renueva en este siglo, de acuerdo con las nuevas circunstancias y objetivos con que se realiza. Son muy elocuentes en este sentido las palabras de Ward, cuando narra su llegada en 1826 para firmar diversos tratados entre Inglaterra y México: "Habíamos recibido a cada paso las pruebas más inequívocas de que la comisión que se nos había encomendado era vista con muy buenos ojos por la gran masa de los habitantes. Muchos de ellos llamaban a este principio de un intercambio menos restringido con Europa 'el segundo descubrimiento del Nuevo Mundo', y realmente eso era para nosotros" (Ward, México en 1827, p. 440; el subrayado es mío).

Esta apertura, sin embargo, será traducida muchas veces por Europa como el reconocimiento, por parte de los americanos, de la inferioridad que los aqueja. Y aunque es cierto que en algunas ocasiones la clase dirigente de estos países, inundada de pesimismo, participará del sentir europeo, no es ésa la norma. De ahí la frecuente acusación de los viajeros hacia los americanos presuntuosos, que "creen saberlo todo": el maestro descubre sorprendido que el alumno no acude a él en busca de toda la verdad, sino sólo de algunas parcelas, porque tiene ya una elevada conciencia de sus propios saberes y capacidades.

Junto a esta diferencia fundamental entre el viaje a América durante la época de la colonia y la época independiente (que se traducirá, entre otras cosas, en una renovación y diversificación de los objetivos) hay que señalar al mismo tiempo que el viaje de la primera mitad del siglo XIX es en buena medida heredero del viaje de la Ilustración.

"Amo apasionadamente los viajes. Es la filosofía que camina" escribe Lamartine en 1841 a Lafond de Lurcy, en carta donde le agradece la dedicatoria de su libro Voyages autour du monde. Y el hecho de que uno de los poetas más representativos del romanticismo coincida tan exactamente en esta afirmación con lo que pensaban los filósofos de la Ilustración es una prueba evidente de que esta corriente de pensamiento ha trascendido la barrera -siempre arbitraria- de las simples fechas, de los cambios de siglo.

EL VIAJERO DEL SIGLO XIX

En una obra publicada en 1847 el editor, Albert Montémont, expone lo que su juicio motiva el enorme interés de los lectores de su época por los libros de viajes. Estos, dice,

unen al atractivo de la novela la instrucción de la historia; recrean nuestro espíritu a la vez que lo iluminan por la descripción de los lugares visitados y de sus habitantes. Viajar es aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a convertirse en alguien mejor; es relacionar la propia experiencia con la de otros pueblos; es agrandar la esfera de las ideas y prepararse para el porvenir una multitud de goces inagotables; es penetrar cada vez más en las infinitas maravillas de la naturaleza y en los secretos aún más infinitos del corazón humano³.

En esta breve introducción podemos ver, todavía plenamente vigente, el ideal clásico de "instruir y deleitar" que debía seguir todo texto perteneciente a las bellas letras, y que aparece en numerosas declaraciones de principios de escritores del siglo XIX.

Evidentemente, lo que Montémont plantea es un viajero ideal: el que gracias al viaje aprende, y convierte ese aprendizaje en nuevas conductas. El que es capaz de transformarse, de volverse

³. Albert Montémont, Voyages nouveaux...effectués ou publiés de 1837 à 1847..., v.1, pp. 10-11; los subrayados son míos.

mejor gracias a lo nuevo conocido. El que trasmuta lo cognoscitivo en lo ético. El que no se limita a adentrarse en los prodigios de la naturaleza, sino que -y aquí aparece un elemento que apenas asomaba durante las épocas anteriores, y que será el más cabal signo del espíritu romántico- indaga en algo más maravilloso y oscuro que todos los enigmas de la naturaleza: "los secretos del corazón humano".

He aquí el ideal propuesto a todo viajero de esta época. Como recompensa, se le prometen "goces inagotables". Cada quien puede imaginárselos, de acuerdo con su forma de ser: el goce de recordar lo vivido, el de haber ganado nuevos afectos, el de haber crecido en su propia estatura de hombre.

Un ideal que no siempre se alcanza. O, más bien, que muy pocos de los viajeros cuyos textos han llegado hasta nosotros parecen haber logrado. A finales del siglo XVIII, un filósofo como Condorcet, animado por los ideales de la Ilustración, podía escribir:

Repasad la historia de nuestras empresas en Asia y Africa, y no encontraréis sino prácticas monopolistas, traiciones y el más sanguinario desprecio hacia hombres de otro color de piel y de otra religión; os daréis cuenta de la desvergüenza de nuestras ilícitas apropiaciones y de los extravagantes actos de proselitismo y las intrigas de nuestros clérigos, quienes han destruido el sentimiento de respeto y benevolencia con que en un principio fue acogida la superioridad de nuestras

capacidades intelectuales y las ventajas de nuestro comercio. Pero sin duda se aproxima el instante en que ya no dejaremos que se paseen solamente ante los ojos de las colonias oficiales corruptos y gobernantes despóticos, sino que nos convertiremos en útiles ayudantes y generosos libertadores⁴.

Pero las primeras décadas del siglo XIX parecen presentar un movimiento de reflujo en estos ideales. Las realezas europeas, espantadas por los "excesos" de la Revolución Francesa, y con la lucidez que caracteriza a las fuerzas reaccionarias cuando ven amenazado su poder, ponen todo de su parte para apagar hasta el último resto de los movimientos liberales. En esta campaña, obviamente, se intenta atacarlos desde su raíz: el pensamiento. Así asistimos al devenir de una época (tan fielmente pintada por Stendhal en Rojo y negro) en la que se combate o se silencia - quizás la forma más efectiva de combatirlo - todo resquicio de pensamiento progresista. Se demuestra "fehacientemente" lo equivocados que estaban los filósofos de la Ilustración. Y esta campaña se lleva a cabo nada menos que en nombre del Progreso⁵.

⁴. Condorcet, Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain (1795); cit. por Bitterli en Los "salvajes" y los "civilizados", pp. 352-353. El subrayado es mío.

⁵. Entre las múltiples lecciones que nos da el siglo XIX, está el poder observar ya en él este intento por aniquilar valores muy profundos presentándolos como algo perimido. Hoy ese intento sea realiza en nombre de la "modernidad"; y para lograrlo, lo mismo que en épocas pasadas, lo que se trata de implementar es la anulación de la memoria colectiva, el desconocimiento o la desinformación sobre la Historia de los pueblos.

En el campo que nos ocupa podemos observar ese "retroceso" de las ideas. Si los filósofos del XVIII planteaban una búsqueda del hombre universal bajo las diversas especies de hombres que se presentaban, a veces con costumbres exóticas y hasta risibles para el europeo, ahora el hombre occidental esgrime nuevamente la Verdad -como en los siglos de la Conquista y la Contrarreforma. Sólo que ahora la Verdad se llama Civilización, y en nombre de ella se avanza, se coloniza, se imponen, por la razón o por la fuerza, hábitos, formas de vida, estructuras sociales. Y a los pueblos, o grupos sociales que no se avienen a aceptar esa imposición, se los descalifica, se los enrola en el grupo de los "bárbaros" a quienes hay que llevar hacia la civilización... o destruir.

Bitterli observa que en la primera mitad del siglo XIX

el elemento jusnaturalista y cosmopolita de un humanismo ilustrado como [el del siglo XVIII] había sufrido una involución, pues cien años antes acciones 'pacificadoras' como la creación de un protectorado francés en Túnez [...] apenas habrían sido toleradas-y mucho menos celebradas- por la opinión pública de esos países '.

Para confirmar la aserción de Bitterli, tenemos un testigo ilustre: nada menos que Victor Hugo. En sus memorias refiere una conversación sostenida en 1841 con el general Bugeaud, que acababa

'. Bitterli, op. cit., p. 533.

de ser nombrado gobernador de Argelia, pero que estaba, por diversas razones, en contra de esa conquista. Hugo le opone sus propios argumentos, haciendo el panegírico de esa acción "civilizadora" de la Francia:

Creo que nuestra nueva conquista es algo grande y feliz. Es la civilización que va a encontrar a un pueblo en tinieblas. Nosotros somos los griegos del mundo; nos corresponde iluminar al mundo[...]. Ud. habla como soldado, como hombre de acción. Yo hablo como filósofo y como pensador⁷.

Las palabras de V. Hugo son muy representativas del pensamiento que informa a la mayoría de los viajeros europeos de esta mitad del siglo XIX. Armados -muchas veces con perfecta buena fe y aun mejor conciencia- de estas convicciones es como observan (¿observan?) la nueva realidad que se ofrece ante sus ojos.

Sin embargo, el pensamiento de la Ilustración, el de la Revolución Francesa, aunque sofocado, no ha sido aniquilado. Y hace su aparición de muchas maneras: a veces explícitamente, a veces entre líneas. Incluso los viajeros más llenos de prejuicios afirmarán al comienzo de sus obras su pretendida "objetividad", su apertura de miras, su despojamiento de los conceptos tradicionales. A pesar de la involución que ya hemos mencionado, los avances logrados no se pueden eliminar por completo.

⁷. V. Hugo, Choses vues, 1830-1846, p. 204; el subrayado es mío.

En algunos casos, hay un esfuerzo real por abrirse al otro, a la nueva realidad conocida. Y no faltarán viajeros que hagan una aguda crítica de quienes, tras una fugaz estancia en un lugar, se sienten capacitados para pontificar urbi et orbi, analizando "en profundidad"...y por supuesto, proporcionando remedios infalibles para los males que han detectado*.

Como ejemplo de esta actitud crítica, vale la pena dejar la palabra a un viajero de esta época, Mathieu de Fossey¹. Dice de Fossey en la Introducción de su libro Le Mexique:

Para pintar con veracidad un país nuevo, no basta detenerse en él algunas semanas, hay que dedicar largo tiempo a esta obra. Se la lleva a cabo con tanto mayor éxito cuanto más completamente se despoja uno de sus prejuicios de nacionalidad. Pero en verdad parece que la mayor parte de los viajeros del viejo continente que visitan el nuevo mundo procuran aportar consigo, como parte esencial de su equipaje, sus prevenciones nativas, sus ideas nativas, sus juicios ya formados. Denigradores natos y con opiniones preconcebidas

*. El título de la obra del jefe de prensa de Maximiliano, Emmanuel Domenech, resulta muy ilustrativo al respecto: México tal como es. La verdad sobre su clima, sus habitantes y su gobierno (1867).

¹. De Fossey vivió en México más de 20 años, a partir de su llegada en 1831 en un fallido intento por crear una colonia francesa en Coatzacoalcos. Finalmente se instaló en la capital, donde fundó la primera escuela francesa que hubo en la ciudad. Presenta, pues, características que lo diferencian del prototipo del viajero cuya estancia suele ser mucho más breve.

frente a lo que ven por primera vez, no perdonan nada que se les presente bajo una forma que no les resulte familiar. Sus hábitos, su educación europea, son un obstáculo para la independencia de su pensamiento, y no pueden llegar a juzgar sanamente a hombres y cosas de la tierra extranjera. Su propia nacionalidad les fascina: y es de muy buena fe que la mayor parte son injustos y denigradores, no sabiendo tomar en cuenta las diferencias que crean entre los pueblos la diversidad de origen y de raza, y sobre todo el clima, al que Montesquieu otorga con razón tanta influencia sobre las costumbres. En una palabra, esos observadores superficiales y prevenidos difícilmente llegan a convenir en que se pueda hallar ingenio, razón, heroísmo y virtudes en un pueblo que no habla su lengua y viste diferente. Esto trae a la memoria la graciosa salida de Montaigne acerca de aquellos salvajes que fueron presentados en Rouen al rey Carlos IX, los cuales se expresaban de la manera más sabia y sensata: "No, no hablan tan mal, pero ¡caramba! no usan calzas"¹⁰.

¹⁰. Mathieu de Fossey, Le Mexique, pp.v-vi. La traducción es mía.

OBJETIVOS DEL VIAJE

En el Prólogo a las Cartas sobre México de Becher afirma Ortega y Medina:

En el siglo XIX tres clases de viajeros se destacaron[...]: los diplomáticos, los artistas y los comerciantes. Desde luego esta clasificación no agota ni con mucho las especialidades; mas para nuestro objetivo baste añadir que, ni limitándonos incluso a los tres señalados, la fórmula se da con absoluta pureza¹¹.

Faltaría agregar en esta clasificación a los científicos: además del gran Humboldt (referencia obligada para todos los viajeros que visitan México en la primera mitad del XIX) encontramos figuras como la del naturalista francés Berlandier¹². Hecha esta observación, coincido con Ortega y Medina en que la mayor parte de los viajeros pueden clasificarse dentro de las tres grandes categorías por él señaladas.

¹¹. Juan A. Ortega y Medina, "Prólogo" a Carl C. Becher, Cartas sobre México, p. 7.

¹². Jean-Louis Berlandier llegó a México en 1826 como integrante de un grupo científico; se separó luego del mismo por desinteligencias con sus jefes y se unió a la expedición de límites presidida por don Manuel Mier y Terán. Con él recorrió el Norte de México (Sonora, Texas) estudiando la fauna y la flora de la región. Su obra no ha sido traducida al español. Hay una edición en inglés (Journey to Mexico during the years 1826 to 1834) de sus cuadernos de notas, conservados en la Biblioteca del Congreso.

Entre las obras escritas por diplomáticos destaca, en primer lugar, la del infatigable Poinsett, aunque su libro, Notas sobre México, corresponde a su primer y fugaz viaje al país en 1822, cuando todavía no estaba, oficialmente, desempeñando ningún cargo. De su estancia ya en funciones de diplomático (1825-1830) no publicó nada -quizás hubiera sido demasiado comprometedora la obra que relatara sus tejes y manejes durante el gobierno de Guadalupe Victoria. Sí disponemos, en cambio, del texto de su rival, Henry Ward¹³, el diplomático inglés encargado por su gobierno de tratar de contrarrestar la creciente influencia de Poinsett y, por lo tanto, de los Estados Unidos sobre México.

En la década de 1840 encontramos el libro de otro diplomático norteamericano, Brantz Mayer¹⁴; y sobre todo destaca la obra de Mme. Calderón de la Barca, esposa del primer embajador español en México (una vez reconocida por la reina María Cristina, en 1836, la independencia de sus antiguas colonias).

El libro de Mme. Calderón¹⁵ constituye quizás el ejemplo más claro de que, como dice Ortega y Medina, la división de los viajeros en sólo tres grupos nunca se da con absoluta pureza, ya que en el texto abundan las observaciones hechas con ojos de artista, y de vez en cuando se deslizan observaciones científicas, arqueológicas, etc. A pesar de la opinión desfavorable que despertó

¹³. México en 1827.

¹⁴. México, lo que fue y lo que es.

¹⁵. La vida en México durante dos años de estancia en el país.

en su momento entre muchos de sus lectores mexicanos, la considero una de las obras más comprensivas de la realidad del país, aunque evidentemente no puede escapar a los prejuicios de su nacionalidad, de su clase y hasta de su religión. Pero, como pocos viajeros, hay que destacar en ella la capacidad para cambiar de opinión, para rectificar sus juicios iniciales. Y sobre todo, una curiosidad vital que la lleva a presentar uno de los cuadros más completos y más animados del México de ese tiempo. Me atrevería a afirmar que su libro, junto con las novelas de Payno, constituye uno de los documentos literarios más imprescindibles para conocer esta época.

Entre los artistas destacan Stephens, que traza un cuadro muy completo de sus investigaciones en la zona maya¹⁶, y el francés Waldeck¹⁷, vilipendiado por Martínez de Castro en el mismo artículo en que descarga sus iras contra Löwenstern, y que comentaré más adelante¹⁸.

¹⁶. John Stephens, Incidents of travels in Central America, Chiapas and Yucatan (1841).

¹⁷. Voyage pittoresque et archéologique dans la province de Yucatan (Amérique centrale) pendant les années 1834 et 1836 (1838).

¹⁸. Dice Martínez de Castro, en su reseña de Le Mexique, aparecida en El Liceo Mexicano en 1844: "Tanto como el infame pintor Waldeck, que también blasona de observador y político, ha mentido en sus fantásticas descripciones arqueológicas (y es mucho decir) tanto así ha abusado de la verdad el austriaco [Löwenstern] en sus apasionadas relaciones". Y después de relatar que "por un par de pesos -¡hermosos jeroglíficos!-" Waldeck consentía en hacer "el difícil papel de estatua" cuando se representaba el Don Juan de Mozart, señala que este individuo era "miembro de algunas sociedades científicas de Europa, merced a una obra en que ha estampado sus pesadillas arqueológicas".

No he tenido ocasión de consultar el texto de Waldeck, quien antes de venir a América había formado parte de la expedición arqueológica que acompañó a Napoleón a Egipto. En la BNM se encuentra la reproducción facsimilar de una obra editada en 1827

de su viaje, no inserte en su itinerario la visita a alguna de las zonas mineras más importantes: Real del Monte, Tlalpujahua, Guanajuato; infaltablemente encontramos en sus obras largos -y por lo general aridísimos- capítulos dedicados a las diferentes técnicas de extracción y procesamiento del mineral, amén de "oportunos" consejos a los inversionistas de su patria de origen sobre los riesgos que pueden correr sus dineros en estas tierras donde reinan la anarquía y los pronunciamientos.

EL LIBRO DE VIAJES

Es en el siglo XIX cuando el género de viajes termina de estructurarse con características bien definidas, que delimitan claramente sus fronteras con otros géneros. Por otra parte, el favor de los lectores lleva a al libro de viajes a convertirse en un inagotable y productivo filón editorial, al grado de que algún "librero-editor" como Arthus Bertrand centra en este rubro su producción.

El viajero que escribe su libro en esta etapa está muy consciente de que se inserta en una tradición, y que debe adoptar determinados códigos para transmitir su mensaje. Existe ya un abundantísimo acervo que relata expediciones a las regiones más diversas del mundo conocido. Se escribe, pues, "de cara a" ese referente literario, no sólo frente a la realidad que se acaba de conocer. Humboldt es, para los viajeros que llegan a México, una

referencia obligada. Se siguen sus itinerarios, se consultan las fuentes por él consultadas y se repiten sus afirmaciones sobre diversos temas con tanta mayor docilidad cuanto que, aparte de la autoridad con que está investido el gran científico, sus opiniones coinciden por lo general muy fielmente con los prejuicios del viajero ²¹.

El escritor de viajes, por otra parte, no puede dejar de tratar determinados temas, infaltables en todo texto que se atenga a los cánones del género en esta época.

Donde se marcan notables diferencias es en la postura que se adopta en la enunciación. Algunos viajeros privilegian todavía (como en el siglo XVIII) lo utilitario frente a lo literario; en sus textos encontramos un cúmulo de informaciones tendientes a describir la realidad visitada con miras a un objetivo muy preciso: informar a los inversionistas de una sociedad comercial, reunir datos para una misión diplomática o científica.

Otros adoptan una postura más autobiográfica; aquí, el ojo que observa es parte de un yo que también expresa sentimientos, evoca sueños y fantasías, contempla la realidad a través de la lente del humor. Cada una de estas posturas (que podrían servir como base para hacer una clasificación de los viajeros de este siglo) estará muy ligada al objetivo del viaje, y del texto producido.

²¹. Un ejemplo: su descripción de los indios como seres envilecidos por largos siglos de dominación, y cuyas dotes naturales los inclinan a la imitación, pero nunca a la creación (Ensayo, p. 65) será repetida una y otra vez por los viajeros que le suceden.

LOS TEMAS DE LOS VIAJEROS

Hay una enorme similitud entre los temas de los viajeros que llegan a México en esta primera mitad del XIX. Para ceñirme al período en que Löwenstern visita el país, me referiré básicamente a los años que van de 1830 a 1845, y tomaré como ejemplo a tres viajeros que considero muy representativos: Becher, Mayer y Mme. Calderón²¹.

Estos temas podrían agruparse en dos grandes rubros:

- a) el viaje en sentido estricto, el viaje como desplazamiento;
- b) la realidad observada.

El viaje como desplazamiento

En primer lugar, el viaje marítimo que trae al visitante a estas costas. Los lugares obligados de desembarco, para quien viene de Europa, son los puertos de Veracruz y Tampico. A través de ellos se tiene la primera impresión del país, razón por la cual se los describe extensamente, aunque no sean más que lugares de paso (y cuanto más breve, mejor). Por lo general, la impresión es desfavorable: el pánico al "vómito negro", del cual se narran historias pavorosas, hace que se pinte con los tonos más sombríos

²¹ No hablo aquí de Löwenstern porque será objeto del análisis posterior, pero en él veremos repetirse estos temas.

estos lugares de desembarco²³.

Sigue el viaje a la capital, en el que ocupa un lugar destacado la descripción de los medios de transporte, las posadas, los caminos (semi destruidos por las guerras de Independencia y las guerras civiles). Por supuesto, no falta el tópico de los bandidos: fenómeno real, producto de la cantidad de soldados desenganchados que, después de ser víctimas de la leva, ya no regresan a su pueblo. Pero, al mismo tiempo, tópico novelesco que está presente en la fantasía de todo viajero como algo quizás más deseado que temido²⁴.

Un hito destacado en todos los relatos es el momento de la llegada a la capital. Podría hacerse un análisis comparativo de este episodio en todos los textos de los viajeros, y se encontraría un extraordinario paralelo entre ellos. La ciudad es divisada desde lo alto de los cerros que la rodean, y despierta en todos un doble sentimiento: el de alivio por llegar sanos y salvos a la meta deseada, al punto central de su viaje, y al mismo tiempo, el

²³. Esta negra pintura tiene antecedentes literarios que datan de varios siglos atrás:

Llegué al Nombre de Dios,
nombre bueno y tierra mala,
donde están las calenturas
hechas jueces en la Aduana

dice Rosas de Oquendo en el siglo XVI, refiriendo su llegada a América ("Respuesta de una carta que un amigo escribió a otro" en María Christen, Rosas de Oquendo en América, p.13).

²⁴. Es sumamente elocuente, en este sentido, la "asociación libre" que escapa de la pluma de Mayer durante la última etapa de su viaje a la capital, ya cerca de Río Frío: "De nuevo nos hallábamos en los terrenos de la novela y el robo" (México, lo que fue y lo que es, p.53; el subrayado es mío).

sentimiento de verse a la altura nada menos que de Cortés (el héroe, el conquistador por antonomasia, el "Gran Capitán", como lo llama Latrobe), y sentirse como nuevos conquistadores de ese mundo fascinante que es México, tanto el antiguo como el moderno, para todos ellos.

El viaje de regreso, o hacia el siguiente destino fijado en el itinerario, se relata, por lo general, sin mucho detalle. Ya no hay sorpresas, prácticamente, que descubrir; y está además el sentimiento del viajero volcado hacia la meta, y no disperso en las mil novedades que le ofrecen los nuevos panoramas contemplados.

La realidad observada

La realidad con que se enfrentan los viajeros es —a pesar de estar mediatizada por lecturas anteriores— novedosa, inédita en muchos aspectos, y se les presenta, en buena medida, como caótica. Para incorporarla a su conocimiento también se cifien a determinados tópicos, agrupan lo que ven en rubros que pueden distinguirse en los textos con toda claridad.

1. La Naturaleza: es, continuando una tradición de siglos, la visión de una naturaleza que conserva siempre algo de virgen, de inexplorado. Los viajeros no dejarán de describir las bellezas exóticas que encuentran a su paso, y de confrontarlas con la realidad conocida: la serena naturaleza europea, domesticada por el hombre.

Se acentúa un aspecto que ya se apuntaba en los siglos posteriores al descubrimiento: la naturaleza americana no está abierta sólo a la contemplación, sino a la explotación. Con mentalidad de colonos, de inversionistas, de comerciantes, los viajeros no dejarán de medir las cantidades de tierras sembradas, de evaluar con minuciosos datos estadísticos los resultados obtenidos con los distintos cultivos, de especular sobre la eficiencia de los diversos sistemas empleados en la minería. Aun los que proceden de países que no invierten en este ramo, tienen un profundo interés en su prosperidad, ya que de ella depende la riqueza de México, y por lo tanto un intercambio que puede resultar beneficioso para los países europeos o para los Estados Unidos²³.

2. La Historia: la Historia de México, ya sea en su pasado prehispánico, o colonial, o en el devenir de los sucesos políticos contemporáneos, es un tema que atrae particularmente a los viajeros; otra vez se siguen las huellas de Humboldt, reforzadas, para la visión del pasado prehispánico, por el interés despertado en Europa por las antigüedades mexicanas que se conocen a través de exposiciones (como la de Bullock en el London Museum) o de obras

²³. Ward es muy claro al señalar esta asociación entre minería y comercio: "[...] considero que la prosperidad de las minas de México está íntimamente ligada con la de nuestro comercio y manufacturas", op. cit., p. 652.

de muy reciente publicación²⁶. Este interés por el pasado prehispánico hace que sea casi de rigor la visita a algunos de los sitios arqueológicos más conocidos en ese momento. Teotihuacan y Xochicalco son los lugares que merecen mayor número de descripciones, lo que se explica, entre otros factores, por su relativa cercanía a la capital. (Las ruinas mayas son objeto de otro tipo de viaje, exclusivamente dedicado a su estudio).

Sobre la historia más reciente de México también se exhibían largamente los viajeros, munidos de sus lecturas, y, en casos como el de Mme. Calderón, de anécdotas contadas por representantes vivos de una época ya pasada, como la Güera Rodríguez.

Ninguno dejará de formular sus apreciaciones sobre la política contemporánea, bastante agitada en esta primera mitad del siglo XIX, al punto de que a todo viajero que permanezca un tiempo prudencial en el país se le prometen tres "diversiones": una corrida de toros, un terremoto y una revolución o "pronunciamiento" (muchas veces la palabra aparece en español en el original, porque no tiene traducción exacta en otras lenguas)²⁷. La mayor parte de los viajeros hace referencia a la política de facciones que sacude al país y le impide comenzar su reorganización, paso imprescindible para su prosperidad económica. Becher y Mme. Calderón, en particular, son testigos —y narradores— de dos momentos

²⁶. Como la obra de Waldeck, que ya mencioné, o la de Lord Kingsborough, Antiquities of Mexico (1830-1848), recibida con aplauso por Carlos M. de Bustamante en sus Mañanas de la Alameda (1833).

²⁷. Cf. Mayer, op. cit., p.85.

particularmente agitados en la vida política del país. Löwenstern, por su parte, será testigo del pronunciamiento de Urrea a favor del sistema federal.

3. La población: Siguiendo también aquí el esquema fijado por Humboldt, la población se analiza de acuerdo con las razas que la componen. Respecto a la raza indígena se repiten, como ya señalé, los estereotipos fijados por el viajero alemán. Tal como éste presagiara ya en su Ensayo, la característica esencial que se atribuye al indígena (su facilidad innata para la imitación) puede dar muy útiles resultados: en el proceso de industrialización que se abre para esta joven nación, gracias a los capitales europeos, el indígena promete ser un excelente obrero:

Los indios tienen mucha disposición para las artes y se convertirían en excelentes obreros [...] si trabajasen bajo maestros hábiles. Cuando se desarrolle la industria en México se podrá sacar buen partido de su inteligencia²⁰.

La literatura del siglo XIX otorga un lugar destacado al género costumbrista: el narrador enfoca su lente sobre los hábitos, las costumbres de un determinado grupo social, sobre el que ejerce las funciones no sólo de un observador desinteresado, y un tanto

²⁰. M. de Fossey, Le Mexique; la cita está tomada de la antología de Margo Glantz, Viajes en México. Crónicas extranjeras, t.2, p. 361.

omnisciente, sino también de un censor. No es sorprendente, por lo tanto, que éste sea un tema favorito de los viajeros. Los ítems que se repiten con mayor insistencia, y con mayor lujo de detalles, son:

-la comida: ningún viajero deja de referirse a los componentes esenciales de la comida del pueblo: la tortilla, el chile, los frijoles y el pulque. Es curioso leer en un autor de objetivos a primera vista tan reñidos con los del cuadro costumbrista —y tan escueto en general en la formulación de sus apreciaciones— como es Poinsett una minuciosa descripción de la elaboración de la tortilla²⁹.

El chile, tormento primero, y luego placer de los paladares extranjeros, tampoco puede estar ausente; Mme. Calderón, con su habitual buen humor, dice:

Se las considera [a las tortillas] particularmente sabrosas con chile, el cual, para soportarlo en las cantidades en que aquí lo comen, me parece que sería necesario tener la garganta forrada de hojalata³⁰.

-las costumbres domésticas: al hablar sobre este tema, el viajero recurre obligadamente a la comparación con las europeas,

²⁹. Poinsett, Notas sobre México, pp.190-191.

³⁰. Mme. Calderón, op. cit., p. 48.

que son las que realmente conoce. Porque, debido a que la mayor parte de los viajeros son hombres, es muy poco lo que se les permite entrever de lo que ocurre en la intimidad de las casas. Muchos viajeros se quejan de esta falta de apertura, y lo atribuyen -Löwenstern es un caso típico- a falta de hospitalidad, a recelo contra el extranjero. Nuevamente, es cuestión de puntos de vista, y de prejuicios. Una explicación más adecuada sería tomar en cuenta que en todas partes la familia se reserva el derecho de preservar su intimidad, y sólo la abre a las personas que van ganando su confianza. Para ello hace falta tiempo, del que la mayor parte de los viajeros no disponen. Una vez más, el caso contrapuesto es el de Mme. Calderón : por ser mujer -y por ello con mayor acceso a la cotidianidad de una familia- y por vivir más tiempo en México, es la que nos deja los retratos más acabados de las escenas domésticas, empezando por las de su propio hogar: ella tiene a la vez la perspectiva del ama de casa y la del extranjero.

-las diversiones: paseos (la Alameda, Chapultepec, La Viga, la Villa, los alrededores de la capital, como San Angel, Tlalpan, Tacubaya); fiestas populares, con su acompañamiento de corridas, peleas de gallos y bailes; espectáculos como el teatro y la ópera: ningún viajero dejará de plasmar en sus páginas algunos de estos elementos. En particular, la corrida es un tema infaltable, que se presta no sólo para dar una pintura más o menos colorida -depende de las habilidades literarias del autor- sino para hacer la inevitable asociación con el pasado español y con la "barbarie" que revela. El costumbrista es un crítico, no sólo un espejo.

4. La cultura, la ciencia y la educación: sobre este tema, más que sobre ningún otro quizás, el punto de vista del viajero tiene como referente el modelo europeo. La mayor parte —por no decir que todos sin excepción— se dedica a visitar los distintos establecimientos donde se investiga y se difunde la cultura (colegios, academias, museos). Todos coinciden en señalar el atraso de la ex colonia respecto a Europa; pero discrepan en las causas de ese atraso:

a) algunos afirman que es culpa de la dominación colonial. La metrópoli, celosa del posible avance intelectual, a la par que material, de sus posesiones, puso todos los medios a su alcance para frenarlo³¹.

b) otros opinan, en cambio, que la dominación española trajo grandes avances a nivel cultural y educativo a sus colonias —aun reconociendo ciertas trabas más que evidentes — y que en esos siglos de dominación se crearon importantes centros de saber. La Independencia fue quien se encargó de destruirlos.

Encontramos también diferencias en el pronóstico de los viajeros sobre este campo: unos son optimistas, y ven en el México independiente claros signos de recuperación. Otros lamentan todo lo que se ha perdido al desecharse la herencia española, y son pesimistas en su visión del porvenir.

³¹. Es interesante la distinción que hace Sartorius (1855) entre el siglo XVI, donde destaca el gran celo científico que existía "tanto de parte de los españoles como de los nativos" en el campo de la historia, la gramática, la teología, y los siglos XVII y XVIII, caracterizados por "su carencia de cultura intelectual".

En síntesis, como señalé al comienzo, los temas se repiten. Los veremos nuevamente, con mayor profundidad, al analizar el texto de Löwenstern.

Esta reiteración responde, en primer lugar, a los esquemas ya fijados por el género, que crean determinadas expectativas en el lector, a las que todo libro de viajes debe atender. Por otra parte, las vivencias de viajeros contemporáneos tienen por fuerza que ser similares: usan los mismos medios de transporte, se alojan en las mismas posadas, recorren una ciudad en una misma época.

Pero también hay un factor más profundo, más determinante aún: cada viajero llega a un lugar desconocido provisto de ideas hechas, ideas que forman parte de la cosmovisión de su tiempo. Y así, están alertas sobre todo a lo que confirme ese preconcepto; buscan ejemplos que lo ratifiquen. Un caso: lo que en ese momento constituía un "dogma" científico, avalado por la opinión del gran Montesquieu: la determinante influencia del clima sobre los habitantes. Los hombres de tierras tropicales no pueden ser activos y trabajadores como los de zonas frías. Y este preconcepto tanto puede dar lugar a condenas tajantes como a disculpas bastante blandas; por ejemplo, en el caso de Mme. Calderón al explicar a su familia -quizás ya en parte como defensa pro domo sua- por qué las damas mexicanas no tienen -¿no pueden tener?- una

educación muy completa".

Sin embargo, a veces los puntos de vista difieren, aunque quizás no en lo más profundo. Por algo todos los viajeros comparten una misma perspectiva: la que da la "extranjería", el hecho de ver las cosas desde afuera, en una perspectiva no comprometida, ya que ellos pasan y se van. Además, comparten un origen de clase -con ciertas variantes: uno es conde, el otro comerciante- pero todos pertenecen a un nivel social y económico gracias al cual pueden recorrer el mundo. Y, también con variantes, comparten un nivel de educación, que les permite traer a colación sus lecturas y sus conocimientos, y aplicarlos -siempre en términos comparativos, confrontando lo leído con lo vivido.

A pesar de todo esto, decía, los puntos de vista presentan diferencias. En algunos casos depende del tiempo vivido en el país, que permite a algunos viajeros (y cito una vez más el caso de esa mujer excepcional que es Mme. Calderón) volver sobre sus primeros

"Me preguntáis cuál es la educación de las mujeres mexicanas[...]. Si comparamos su educación con la de las muchachas de la Inglaterra o de los Estados Unidos, no es una comparación, sino un contraste. Comparémosla con las mujeres españolas, y así juzgaremos con menos severidad a las que heredaron su farniente. En primer lugar, el clima induce a la idolencia, así en lo físico como en lo moral. No puede uno reconcentrarse en la lectura cuando por las ventanas abiertas se puede contemplar un cielo siempre azul y sonriente; y si salimos a la calle después de las diez, el sol no dejará de recordarnos nuestra tropical latitud, y no importa que la brisa sea fresca y agradable, pues no se siente uno inclinado a ir muy lejos, a pie o a caballo. Cualquiera que sea la causa estoy convencida de que en este país no es posible que la mente trabaje o el cuerpo se ejercite, como en la Europa o en los Estados Unidos" (La vida en México..., pp. 167-168).

juicios y modificarlos explícitamente ²³.

En otros casos, depende del objetivo del texto: Becher tiene que demostrar a los inversionistas alemanes que su dinero está en buen lugar, que México es -sigue siendo- el lugar promisorio que Humboldt anunciara a principios del XIX; de ahí, como señala Ortega y Medina en el Prólogo, el optimismo con que presenta al México que él conoció "en los años decisivos -ciertamente- de 1833 y 1834"²⁴.

La religión a que pertenecen los viajeros es otro factor que moldea notablemente su opinión. Así, un mismo episodio, la visita al Santuario de Guadalupe o al de los Remedios, puede estar presentado con la mayor de las ironías, como anécdota ejemplificadora de la superstición brutalizante entronizada por la Iglesia católica ²⁵; o puede constituir un relato más o menos

²³. "Debo decir [...] que se ha realizado un cambio en mi gusto, que no en mi opinión. La cocina veracruzana, que hace dos años me pareció detestable, la encuentro ahora deliciosa[...]. Podrá ser esto una nadería, pero después de todo, en estas naderías como en cosas de mayor alcance, cuán necesario es para el viajero revisar sus juicios en diversos periodos a fin de corregirlos. La primera impresión puede ser de importancia si sólo se la toma como tal: mas si se le concede el valor de una opinión definitiva, ¡en cuántos errores se puede incurrir!" (La vida en México..., p.393; el subrayado es mío).

²⁴ "No yerro con esto; un hermoso y gran futuro aguarda en breve a este país; se autorizará la libertad religiosa, y por ese medio se provocará la inmigración. Una población en aumento elevará la renta de la propiedad territorial y producirá especialmente el alza de la industria agrícola" (C.C. Becher, Cartas sobre México..., pp.153-154).

²⁵. El texto más irrespetuoso de la fe popular me parece en este caso el de Mayer, describiendo a la Virgen de los Remedios: "A decir verdad, en medio de la magnificencia de sus joyas y adornos, parece solterona vieja, que después de gastar toda su provisión de encantos en obsequio de un mundo desgraciado, cuando

"objetivo" (y vuelvo otra vez a Mme. Calderón, que aunque protestante en el momento de su viaje a México, tenía otra visión del catolicismo, debido probablemente a que ésa era la religión de su esposo, y la que ella misma adoptaría poco tiempo después)²⁶.

La filiación o las simpatías políticas de cada viajero son también determinantes para la visión que se tiene de la realidad. Es verdad que los viajeros que llegan a México en la década de los 30 tienen ante sí una realidad anárquica, y que muy bien se presta para ser pintada con rasgos esperpénticos por un observador ajeno (porque para quienes la viven, es una realidad acuciante y dolorosa). Pero difiere su manera de presentar acontecimientos y personajes, y sobre todo difiere su apreciación final (infaltable colofón del texto de todo viajero que se respete) sobre las perspectivas que se auguran al país. Así, el inglés Latrobe coincide con el austríaco Löwenstern en afirmar que uno de los males de México es haber adoptado el sistema republicano de sus vecinos del Norte: "nadie que haya vivido un mes en México podrá afirmar que el estado actual del país puede halagar a los abogados del republicanismo"²⁷. Con todo, Latrobe todavía concede que en

tiene que presentarse en público se atavía con derroche de encajes y diamantes, tratando de ocultar en lo posible cada arruga con una piedra preciosa" (México, lo que fue..., p.196).

²⁶. F. Teixidor, en su Prólogo a La vida en México, cita el relato que hace Justo Sierra O'Reilly de su visita a los Calderón en Washington. Dice allí: "La buena señora se convenció sin duda de las verdades católicas, pues poco días antes de mi llegada a Washington había aceptado la comunión romana", p.xxi.

²⁷. Latrobe, The Rambler in Mexico, pp.302-303.

Estados Unidos, gracias a las firmes virtudes que adornan a sus habitantes, ese sistema puede sostenerse. Pero niega a México toda posibilidad de seguir los pasos de los Estados del Norte, por más que lo desee: hay una raíz viciada que lo impide absolutamente. Por su parte, Mme. Calderón, aunque no esgrime los juicios lapidarios de la mayor parte de los viajeros, no puede menos -y sería absurdo esperar otra cosa de la esposa del embajador hispano- de deslizar la evocación de los "buenos tiempos españoles" en los que se construyeron carreteras, centros científicos, monumentos religiosos. Y recoge de boca de otros, para fortalecerla, la que es también su propia opinión ".

Becher, quien es, por motivos de interés personal, uno de los viajeros que presenta el cuadro más optimista del futuro político de México, no deja por ello de felicitarse por pertenecer a una nación más "organizada" y pacífica".

" . Mientras observaba en el gabinete de medallas, en la Casa de Moneda, algunas con la efigie de Carlos III, "un viejo caballero exclamó: '¡Quiera el cielo que pudieran volver aquellos días!', lo que es, sin duda, un sentimiento general" (La vida en México, p. 293; el subrayado es mío).

" . El 3 de agosto festeja con un grupo de compatriotas el onomástico de "nuestro buen rey" (Federico Guillermo III): "Brindamos -dice- por la felicidad de nuestro bueno, honrado y justo monarca bajo cuyo sabio gobierno doce millones de alemanes gozan de feliz y casi sin par tranquilidad, contento y libertad civil". Y acto seguido agrega la siguiente exclamación: "¡Qué contraste con el estado de cosas en esta tierra prometida donde casi a diario se difunde la religión católica y se generaliza la guerra civil!" (Cartas sobre México, p.123). Curiosa asociación de ideas (religión católica-guerra civil) que además sorprende un poco por su anacronismo: la religión católica- origen de tantos males para el país, según la visión de los viajeros protestantes- se había difundido tres siglos atrás.

LAS LECTURAS DE LOS VIAJEROS

Como señalé en páginas anteriores, una de las características que determinan en cierta medida al viajero del XIX es el acervo de lecturas que tiene tras de sí; textos a los que él mismo ha tenido acceso, o que forman parte de la atmósfera cultural en la que está inmerso.

Evidentemente, la mayor o menor cantidad de lecturas dependerá, en cada caso, del nivel del viajero, de sus intereses, del ámbito en que se mueve. Pero ninguno dejará de hacer referencia a ese mundo literario con el cual a menudo dialoga, en un juego intertextual que enriquece cada nueva obra producida, y donde se pueden percibir —a veces explícitas, a veces intencionalmente ocultas— las voces de otros viajeros.

En la época que nos ocupa, Humboldt es, por antonomasia, el inspirador y el maestro: no sólo por las informaciones que ofrece sino por la manera de organizar la materia narrada. Quizás el homenaje más acabado y explícito al sabio alemán sea el que le hace Ward, pero la mayor parte de los viajeros podrían suscribir sus palabras:

En realidad, escribir un libro sobre México sin hacer referencia al barón de Humboldt casi a cada página es prácticamente imposible. Fue el primero en aplicar las luces de la ciencia al Nuevo Mundo. Descubrió y explicó las peculiaridades del clima y estructura que tanto favorecen a

México, y trazó con mano maestra el contorno de una gran pintura que los viajeros presentes y futuros sólo pueden ayudar a llenar⁴⁰.

En su libro México en la cultura anglosajona Ortega y Medina se refiere extensamente a las lecturas de los viajeros. Aunque su trabajo se ciñe sólo a autores anglosajones, gran parte de las lecturas mencionadas aparecen en el acervo de viajeros de otros orígenes:

La lectura de los libros y diarios de los viajeros precedentes, en especial la del famoso Ensayo del no menos famoso Humboldt, fue pasto espiritual para todo posible y extraño visitante. La marquesa Calderón de la Barca agotó toda la literatura viajera que encontró a mano durante la travesía y se zampó, cómo no, un tomo de Humboldt; el embajador de Inglaterra, Ward, en tanto que transcurrió la suya, tuvo tiempo para devorarse El Español de Blanco White, la Historia de América de Robertson, el Viaje a Suramérica de Brackenbridge, el Cuadro histórico de Bustamante, las Memorias de la Revolución de Méjico, de William Daves Robinson, y, por supuesto, la obra monumental de Humboldt [...]. Los viajeros más eruditos se lanzaron sobre la historiografía de temas mexicanos y desempolvaron a los

⁴⁰. H. Ward, op.cit., p. 711.

Cortés, Bernal Díaz, Gage, Herrera, Acosta, Clavijero, Veytia, Torquemada, Tezozómoc, etc.; pero otros viajeros, menos inclinados a la ciencia histórica, se contentaron con leer a sus más o menos inmediatos antecesores; así Lyon a Basil Hall, Mayer a Latrobe, Thompson a Mayer, y Beaufoy a Bullock⁴¹.

Como señala Ortega y Medina, es interesante observar esta realimentación entre viajero y viajero, que dará pie, en muchos casos, a que los prejuicios se vayan fortaleciendo, a fuerza de acumular "pruebas de cargo" sobre el pretendido defecto o vicio observado por el viajero que inicia una línea temática. No deja de sorprender, por otra parte, la rapidez con que la publicación de los textos seguía al viaje que le diera origen, y con que llegaban a manos de los lectores: en febrero de 1842 Mme. Calderón, en su viaje de regreso a los Estados Unidos, lee -o intenta leer, en su camarote zarandeado por las olas de un furioso norte- la obra de Stephens, que su amigo Prescott acaba de enviarle, oliendo todavía a tinta fresca⁴².

⁴¹. México en la conciencia anglosajona, t.2, pp. 16-17.

⁴² . La obra de Stephens, Incidents of travels in central America... se publicó en Nueva York en 1841. Habrá que creer, pues, a Mayer cuando habla de la enorme actividad editorial tanto de Inglaterra como de los Estados Unidos, comparándola con la escasa y lentísima del pobre México, para quien "todavía no ha llegado la hora en que en el espacio de 24 horas a contar del momento de su llegada de Europa se impriman, encuadernen y distribuyan por todas las principales ciudades dos volúmenes enteros".

Además de las fuentes que aportan información "directa" sobre México (cronistas, historadores, viajeros) lo visto en el viaje se asocia con elementos tomados de las lecturas novelescas en boga en el momento —y por lo tanto puntos de referencia compartidos por el lector. Dickens se lleva la palma entre los autores anglosajones: Mme. Calderón cita, por ejemplo, al divertidísimo criado de Mr. Pickwick, Sam Weller⁴³. Mayer habla de su encuentro con un niño mendigo que es la verdadera imagen de Oliver Twist, pero que tendrá un final mucho más triste que el de su paradigma novelesco⁴⁴. Balzac, en cambio, es menos citado: entre los autores de esta década, sólo Mme. Calderón menciona a un personaje de su novela Daniel Lambert.

No puede faltar, por supuesto, la referencia, explícita o no, al folletín, y a la ya un tanto perimida novela gótica. El primero inspira en buena medida las fantasías de los viajeros sobre el anhelado encuentro con los bandidos. En cuanto a la segunda, Mme. Calderón evoca Los misterios de Udolfo, la célebre novela de Ana Radcliffe, al narrar un divertido fiasco que le ocurre al ir a pagar una visita⁴⁵.

Además del bagaje de lecturas que traen los viajeros, hay otro elemento que forma parte de su acervo cultural, y que constituye

⁴³. Mme. Calderón, op.cit, p.153.

⁴⁴. Mayer, op. cit., pp.83-84.

⁴⁵ .En un sillón de la sala donde aguarda a la dueña de casa hay un cuerpo inanimado cubierto con paños negros. Después se entera de que lo que creyó un cadáver es un Cristo gigantesco que sería instalado en una nueva capilla (La vida en México, p.86).

una constante en sus referencias "intertextuales": el teatro" y la ópera.

En general, las que llegan a México son compañías españolas, que hacen su tournee artística en Cuba, y luego pasan al continente. Como son muy pocos los viajeros que conocen bastante español como para entender una obra en ese idioma, por lo general sus observaciones se limitan a lo más exterior: el nombre de la pieza, el de los actores, y alguna referencia general al contenido. Donde son más prolijos es en la descripción del edificio, y se adentran de lleno en el costumbrismo al describir al público asistente y sus peculiares hábitos: entre ellos, el de fumar en el teatro (¡sobre todo las damas!) y el convertir la función en una exhibición de modas y en centro de chisme social, al punto de que es poco o nulo el interés prestado a la obra".

Mayer difiere un poco de la generalidad ya que se detiene más que los otros viajeros en describir tres de los teatros que funcionaban en México en 1842 (el Principal, el Nuevo México y el de Puente Quebrado) y nos dice que concurre sobre todo al segundo a oír "buen español" , ya que los actores son en su mayoría

" Sobre el teatro en México durante esta etapa del siglo XIX me remito al excelente estudio de Luis Reyes de la Maza, Circo, maroma y teatro.

" Para una sociedad que tenía pocas ocasiones de reunirse, fuera del ámbito familiar, el teatro constituía un inmejorable centro de reunión, a pesar de las voces condenatorias de los hombres ilustrados que clamaban porque se diera al teatro su "verdadero" papel de formador y difusor de valores culturales. Ya en Lizardi encontramos una sátira a este comportamiento del público en uno de sus diálogos entre "La Paya y la Mexicana", Alacena de Frioleras, 1815, núm.VII.

castellanos⁸⁸.

Por su parte, Mme. Calderón es, nuevamente, la que nos da la crónica más ágil de una función de teatro, donde la primera actriz se caracteriza por las virtudes morales que la adornan... ya que no por las dotes artísticas con las que el Cielo se mostró bastante avaro⁸⁹.

Donde los viajeros pueden sentirse, en cambio, en terreno conocido, es en las funciones de ópera que se cantaban casi sin excepción en italiano. Y aquí se explayan en sus comentarios y en sus juicios críticos sobre la mayor o menor cantidad de voz de los cantantes, su estilo de actuación -deplorable, por lo general, como es aún hoy de rigor en la mayoría de los casos-, o la escenografía, habitualmente pobre y plagada de anacronismos.

A pesar de todo esto, Becher destacaba, en 1833, el gusto del público mexicano por la ópera; prueba de ello eran los elevados honorarios que se pagaba a los cantantes, lo cual no dejaba de sorprenderlo en un país tan empobrecido⁹⁰.

⁸⁸. Mayer, op. cit., p. 375.

⁸⁹. Mme. Calderón, op. cit., p.51.

⁹⁰. Becher, op. cit., p.85.

El elemento autobiográfico

Los viajeros de la década 1830-1840 se encuentran plenamente inmersos en ese movimiento vital y cultural que es el Romanticismo, que cuenta ya con varios decenios de existencia en sus países de origen (Inglaterra —y por extensión Estados Unidos—, Francia, Alemania). Así lo demuestran, en su visión de mundo, en su concepto de la historia, en las lecturas hechas, en los temas sobre los que converge su atención.

Uno de los grandes ejes del Romanticismo es la concepción del yo como centro del universo. A través del yo se contempla el mundo. Es más: el mundo existe porque es contemplado por una mirada individual y única. De allí la preponderancia otorgada a lo confesional, a la efusión de los sentimientos personales. La misma naturaleza se metamorfosea de acuerdo con los ojos y el corazón de quien la contempla: palpita con ellos, se transforma a la medida de los sentimientos del hombre que busca en ella una confidente y un refugio.

Es por eso que con los albores del Romanticismo surge el género autobiográfico como tal. Para el hombre clásico, lo vivido por él sólo merece ser narrado en la medida en que es compartido por otros hombres, y por ello tiene un valor ejemplar (pensemos en las Confesiones de San Agustín). Para el romántico, su propia vivencia tiene valor por el simple hecho de haber sido vivida por un hombre : él mismo.

Es significativo el hecho de que Rousseau retome el título

de la obra de San Agustín para su propia autobiografía", pero ahora con un sentido totalmente distinto. La obra no pudo ser publicada en vida del autor, e incluso se llegaron a prohibir las lecturas públicas de fragmentos de los cuadernos manuscritos. Aparte de la excesiva "sinceridad" de algunos pasajes que atacaban o comprometían a figuras conocidas, el mismo hecho de desnudar, como el autor lo hacía, la propia existencia, se consideraba inmoral y pernicioso para la sociedad. La obra, sin embargo — o por eso mismo— creó una escuela. Y a partir de ella se suceden otros textos donde se dice, o se pretende decir, todo sobre sí mismo.

Todos estos antecedentes hacen que percibamos más claramente en la mayor parte de los relatos de viajeros la ausencia, el blanco de lo autobiográfico, de lo confesional. Y se nos plantea la pregunta sobre la causa de ese blanco. Las respuestas pueden ser diversas: en el caso de Mme. Calderón, las cartas son "expurgadas" de alusiones personales y familiares debido a la posición social de la autora. Becher, aunque de vez en cuando nos hace partícipes de sus efusiones afectuosas y nostálgicas hacia su joven esposa y sus hijos lejanos, se mantiene por lo general dentro de los límites que marca un texto que, aunque concebido en forma de cartas familiares, tiene un segundo destinatario (el más importante, en realidad): los inversionistas de la Compañía Renana Indoccidental.

La mayor parte de los viajeros que llegan a México todavía se mantienen fieles en este aspecto a la postura de la Ilustración:

11. Las Confesiones, publicadas póstumamente en 1782-1789.

proporcionan la información que puede resultar útil e interesante a otros viajeros. No se conciben a sí mismos como personajes. No franquean el paso que convierte el relato de viajes en núcleo de una posible novela.

El caso opuesto lo constituyen dos viajeros que recorren América del Sur: Flora Tristán y Jean Baptiste Douville. Ambos se erigen en protagonistas absolutos de su texto; se recrean como personajes novelescos, al punto de que vuelven imperceptibles los límites entre la realidad y la ficción. Flora se convierte durante su largo viaje por mar en la protagonista de una historia amorosa con el capitán del barco que la conduce a Lima; describe el proceso de sus sentimientos, instala un paisaje exótico — en las Canarias— como marco apropiado para la declaración amorosa, se erige en heroína incomprendida por la sociedad burguesa y represora, exhala los lamentos de un corazón sensible que busca un alma gemela.

Douville, por su parte, se presenta a sí mismo como un hermano de René, huyendo de un destino fatal que a pesar de todo se empeña en perseguirlo hasta las tierras más lejanas. Aunque en realidad sus quejas suenan poco convincentes: más que como hermano del personaje romántico, el lector se siente tentado a enrollarlo entre la multitud de pícaros que pasaron a las Indias, disfrazados de agentes, de comerciantes, de viajeros, con objetivos poco transparentes, y que, como el Buscón, mudaron "solamente de lugar, y no de vida y costumbres".

Para concluir, quiero señalar que la obligada cita de Buffon ("El estilo es el hombre") se aplica con justeza a nuestros

viajeros. Aunque en muchos casos he tenido que manejarme con traducciones ²² lo cual imposibilita un análisis propiamente "estilístico", es posible estudiar ciertas características comunes en su forma de escribir.

Están los que adoptan un estilo informativo, y se dedican a minuciosas descripciones objetivas ya sea del paisaje -y el aprovechamiento de los recursos naturales-, de costumbres típicas, de edificios, calles, paseos.

Otros combinan el estilo objetivo con algunos momentos de efusión lírica : es el caso de Becher, sobre todo cuando se trata de algún tema que interesa a su primer destinatario, su esposa.

Y otros - el caso más claro es el de Mme. Calderón- se dedican a "hacer literatura". Su descripción de las grutas de Cacahuamilpa, por ejemplo, es un trozo literario estructurado como tal: en su texto el lugar adquiere connotaciones fantásticas, al asociarlo con tumbas egipcias, palacios de hielo, escenas del primer día de la creación; y la tensión dramática que produce la evocación del viajero que muere de hambre y sed en las grutas se ve sabiamente balanceada con la comicidad de la escena final, en que un alcalde

²². La mayor parte de los viajeros de esta primera mitad del siglo XIX proviene de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Italia, Alemania. No conozco ningún viajero hispano que haya llegado a nuestras tierras en esta época. Esto se explicaría por el hecho de que, al no haber reconocido la Corona española hasta 1836 la independencia de sus antiguas colonias, no existían relaciones diplomáticas ni comerciales. Por su parte, los viajeros latinoamericanos encaminaban sus pasos hacia Europa o los Estados Unidos. (Cuando se dirigían a otro país de América Latina elegían alguno más o menos vecino, ya que lo hacían por lo general como exiliados, y no con ánimo de viajeros.)

del lugar se presenta a cobrarles la visita pero (a toro pasado...) se regresa con la manos vacías.

En todos los viajeros la anécdota ejemplar cumple una función destacada. Me referiré a este punto más extensamente en el análisis del texto de Löwenstern, que echa mano con frecuencia de este recurso.

El humor juega un papel importante en muchos de los viajeros. En algunos casos es un humor con que sólo el autor se divierte —por ejemplo en Löwenstern, tan germánico en sus bromas y burlas— y suele rozar más bien las fronteras de la sátira. En otros es un humor de buena ley, como cuando los viajeros llegan burlarse...de los propios viajeros y sus afanes pseudocientíficos²¹.

En síntesis: el viaje a América, y en este caso en particular a México, en el siglo XIX, presenta una serie de características que lo diferencian de las épocas anteriores, a la vez que lo entroncan en una arraigada y rica tradición.

La visión que trae el viajero, los temas que le interesan particularmente, la forma que adopta su texto, son elementos que, más allá de las peculiaridades propias de cada autor, presentan una serie de constantes determinadas por la época y la cultura en que están insertos.

²¹. Por ejemplo cuando, en su viaje a Puebla, Mme. Calderón ve desbarrancarse una de sus maletas, y afirma que su contenido —peines, cepillos y otros objetos de tocador— "algún día habrá de pasar por antigüedades indias y las mandarán al Museo para que las enseñen como una prueba de que las mujeres de Moctezuma se cepillaban el cabello" (La vida en México..., p.249).

La obra de Löwenstern , como veremos a continuación, recoge estas constantes de una manera que podríamos llamar "ejemplar", en el sentido de que es uno de los más claros exponentes de esa visión del mundo que caracteriza a la mayor parte de los viajeros europeos de esta época.

CAPITULO III. UN VIAJERO AUSTRIACO EN MEXICO

La figura del conde (?) Isidore Löwenstern resulta bastante huidiza y ambigua. En la ficha correspondiente del NUC¹ se señala el año de su nacimiento (1810) y, sin gran certeza, el de su muerte ("1858 or 1859")². Resulta bastante extraño que este dato aparezca como dudoso, tratándose de un hombre que, como él mismo asienta en la portada de su libro Les Etats-Unis et La Havane..., es "caballero de la orden hospitalaria militar del Santo Sepulcro y miembro de las Sociedades Geográfica y Etnológica de Paris", además de autor de dos libros -el arriba citado y el que constituye el tema de este trabajo- y de varios folletos sobre temas de historia y arqueología.

Por otra parte, también es discutible la fecha de su nacimiento. En la hoja de desembarco que llena a su arribo a Veracruz, en febrero de 1838, declara tener 32 años; de ser así, habría nacido en 1806 o 1805.

Quizás esta ambigüedad cronológica no tenga gran trascendencia, pero la señalo para destacar las dificultades con que me encontré al tratar de indagar en la figura del autor, sobre

¹. National Union Catalogue.

². De aquí se han copiado los datos para la ficha que da entrada a Le Mexique... en la Biblioteca Nacional de México. Incluso se repite la forma errónea de asentar el nombre (Isidor, en lugar de Isidore).

el cual, al enfrentarme con el texto, no disponía de ningún dato. El primer rastro me lo proporcionó Felipe Teixidor; en su documentadísimo prólogo a las Cartas de Mme. Calderón cita un artículo de Martínez de Castro —bajo su seudónimo de "Mala Espina y Bien Pica" — de 1844, es decir, apenas un año después de publicado Le Mexique... Martínez de Castro, sobre cuya reseña volveré más adelante, destaca precisamente la silueta oscura y, según él, sospechosa, de este viajero de procedencia ignota y y filiación "bastarda"¹.

No trazaré aquí, porque me parece ocioso, el itinerario seguido en archivos y hemerotecas detrás de la huella de este inasible viajero austríaco que en 1838 visitó México, como parte de su recorrido alrededor del mundo. Lo que expongo a continuación son los resultados de esa búsqueda. Para ello, divido la información reunida sobre Löwenstern en tres apartados:

1. Lo que sabemos sobre Löwenstern según los datos que él mismo nos proporciona.

2. Los datos extraídos de los archivos que he podido consultar en México (Archivo General de la Nación y Archivo de Relaciones Exteriores).

3. La información proporcionada por otros autores.

¹. Dolido por los juicios arbitrarios e indefectiblemente negativos de Löwenstern sobre México, Martínez de Castro —que, cabe acotarlo, no había leído el libro, sino sólo los fragmentos traducidos por Tornel en un artículo anterior— suelta su fértil imaginación para achacar a Löwenstern cuanto elemento vituperador se le cruza por la mente; como resultado, hace de él un verdadero personaje de novela romántica.

Löwenstern según Löwenstern

Aunque bastante parco al hablar de sí mismo, Löwenstern nos proporciona algunas informaciones en sus libros Les Etats- Unis... y Le Mexique...

En primer lugar, su nacionalidad. El autor afirma ser austriaco de origen ⁴ en un diálogo con una dama de Filadelfia, que, tan curiosa-señala- como todos los norteamericanos, se desvive por conocer vida y milagros del extranjero . Cabe aclarar que tal curiosidad no es del todo desinteresada, ya que la dama ha puesto los ojos en nuestro personaje considerándolo un posible -y apetecible, acota el siempre modesto Löwenstern- yerno.

Sin embargo, en reiteradas ocasiones afirma ser alemán: en el prólogo a EU se dice "appartenant à l'Allemagne"⁵, lo cual, según él, le permite tomar distancia y ser objetivo al hablar de América del Norte, cosa que no ocurriría en caso de ser, por ejemplo, inglés. Más adelante habla de una torpeza cometida por desconocer las leyes de cortesía de la sociedad norteamericana, "comme l'ourd Allemand que je suis"⁶. En Filadelfia, admirado ante el buen funcionamiento del Instituto de Ciegos, fundado por el silesio

⁴. "He nacido austriaco", EU, p. 181.

⁵. EU, p. vii.

⁶. EU, p. 44.

Friedlaender, rinde homenaje a ese "compatriota".

En Veracruz se aloja en el hotel de un alemán, hamburgués por más datos. Allí asienta su satisfacción por "encontrarse en casa de un compatriota y hablar su lengua natal", lo cual, sin embargo, le saldrá caro: su huésped se sentirá autorizado, señala irónicamente, para cobrarle el doble que a los demás, en razón del paisanaje que los une.

Frente a esta aparente ambigüedad respecto a la nacionalidad del autor, hay que recordar la fragmentación política de los países germánicos en esa época. Por otra parte, el término Alemania por entonces se usaba habitualmente en un sentido amplio, que comprendía también a Austria, cabeza visible de la Confederación Germánica (1815-1866).

Löwenstern pertenece, al parecer, a una familia noble. Pero sólo hace una referencia tangencial a su título. Al mencionar nuevamente la curiosidad -que califica de descortés e inoportuna- de los norteamericanos, señala que éstos, después de someter al viajero a un minucioso interrogatorio "dejarán de prestarle atención si [su] título o [su] nombre no les suenan bastante aristocráticos". La frase cierra un episodio en el que un comerciante lo somete a un verdadero cuestionario sobre su origen, profesión, causa de su viaje, etc. Löwenstern encuentra un recurso

7. EU, p. 154.

8. M, p. 11.

9. EU, p. 148.

muy ingenioso, según él, para no contestarle: revierte las preguntas hacia su interlocutor. De este modo, priva a los lectores de una serie de datos que resultarían de gran interés.

En diversas ocasiones, se refiere a su viaje alrededor del globo . En 1837 se encuentra en Oriente donde, en compañía de su esposa¹⁰, recorre Turquía, Egipto y algunos otros países árabes, cuyas lenguas afirma conocer.

Regresa a Europa, donde deja a su esposa. No sabemos si tiene hijos. En todo caso serían demasiado pequeños para acompañarlos en sus viajes. "Mi familia- dice en el diálogo con la dama de Filadelfia- ha tenido que acostumbrarse a mis numerosas ausencias"¹¹.

El 2 de julio de 1837 inicia la segunda etapa de su viaje alrededor del mundo que, pasando por Estados Unidos, Cuba y México, lo llevará hasta las islas Sandwich y la China.

Partiendo de París se dirige a Londres. En Portsmouth se embarca el 9 de agosto en el Wellington, un velero cómodo y rápido (acota que en ese momento todavía no existían los barcos a vapor, los cuales empezaron a utilizarse poco tiempo después).

El 8 de septiembre, después de un mes de navegación, desembarca en Nueva York. Recorre toda la parte occidental de Estados Unidos, visita las cataratas del Niágara, que lo

¹⁰. EU, p. 186.

¹¹. EU, p. 187.

deslumbran, y el sur de Canadá, donde satisface su "indiomanía"¹² asistiendo a un baile de indios hurones.

En Washington es presentado al presidente Van Buren, para el que tiene palabras de elogio, por un viejo conocido de los latinoamericanos : M. Poincett (sic), ministro de Guerra, "uno de los hombres más distinguidos de América, cuyo trato me resultó muy agradable"¹³.

El 10 de enero de 1838 se embarca en Nueva Orléans hacia La Habana, donde arriba cinco días después.

Permanece pocos días en Cuba, los suficientes para visitar una plantación de azúcar -lo cual le dará pie para comparar, en su libro sobre México, las ventajas y desventajas del trabajo libre o esclavo- y prodigar alabanzas al Capitán General de la isla, Miguel Tacón, el "hombre firme y severo" que en tres años hiciera de La Habana un lugar "seguro, tranquilo y sano"¹⁴.

El 8 de febrero de 1838 llega a Veracruz. Su estancia en el país -de febrero a diciembre de 1838- durante la segunda presidencia de Bustamante, coincide con la ruptura de relaciones

¹². EU, p.115.

¹³. EU, p. 209. Poinsett desempeñó ese cargo entre 1837 y 1841, y cumplió un papel activo en la anexión de Texas, su viejo sueño, y el objetivo de las misiones diplomáticas que desempeñara en México en 1822 y 1825-30.

¹⁴. EU, p.334; los subrayados son míos. Acerca de la represión ejercida por el general Tacón sobre los habitantes de la isla poseemos, entre otros, el testimonio del escritor cubano Cirilo Villaverde, desterrado por sus ideas independentistas. Pero, dada la ideología de Löwenstern, esta figura "fuerte" es obviamente digna de elogio.

con Francia y el bloqueo de los puertos del Golfo.

La actividad que desarrolla durante este período es bastante oscura. En su declaratoria de desembarco se atribuye la profesión de comerciante, pero no hay mención en la obra -ni en los documentos que he encontrado- de que realmente se desempeñara como tal. Solamente hace referencia, durante los escasos días que pasa en Veracruz, a las cartas de recomendación que trae para los comerciantes del puerto, cuya acogida lo defrauda por completo; hecho que, de paso, le brinda oportunidad para iniciar la larga serie de vituperios contra el mexicano, de cuyos amables ofrecimientos, dice, siempre hay que desconfiar¹⁴. Más adelante se referirá al recibimiento -en este caso, muy cordial- que le dispensan en Tepic los representantes de una de las casas comerciales más importantes de la época, Barron y Forbes¹⁵. También se relaciona con los cónsules de diversos países, en particular los de Estados Unidos (¿por ser los de más influencia en el país, y por ende los que mejor podrían ayudarlo en su empresa comercial, en caso de que ésta fuera real?). Tiene palabras elogiosas para M. Burrough¹⁷, "hombre tan distinguido por su carácter como por sus

¹⁴. M, p. 19.

¹⁵. Ibid., p.386.

¹⁷ M, p. 18. Se trata de Marmaduke Burrough, cónsul de Estados Unidos en Veracruz desde 1834. Su expediente figura en el ARE , 44-17-99. En un legajo fechado en 1837 (es decir, un año antes de que Löwenstern conociera, brevemente, al cónsul) aparece un informe del expediente bastante desfavorable para el personaje. En varios documentos -todos caratulados como reservados o secretos- el Ministro de Guerra informa al de Relaciones Exteriores sobre la "mala conducta política" del cónsul y llega a sugerir que "sería conveniente pedir su renuncia".

conocimientos, quien fue el único, por sus atenciones y sus complacencias, que me hizo soportables los cinco días que pasé [en Veracruz]"¹⁸.

En Mazatlán, ya a punto de abandonar México, prefiere hospedarse por su cuenta, en aras de su independencia, y rechaza los ofrecimientos de los comerciantes norteamericanos Scarborough, Talbot y Parrot. Este último desempeña las funciones de cónsul en el puerto "¹⁹.

Lo que sí se manifiesta claramente en el texto de Löwenstern es su afición a las antigüedades. Dedicó numerosos y detallados capítulos a sus recorridos y "descubrimientos" por diferentes

En nota enviada el 7 de agosto de 1837 desde Jalapa por el Prefecto del Estado de Veracruz, J.F. de Bárcena, se dice que el cónsul no ha tenido choques con la Prefectura, pero sí con otras autoridades e instituciones, dada su tendencia a "sobreponeerse o faltar a la debida atención a la autoridad". Sus actitudes muestran "algo más que descortesía porque en ellas un comportamiento doble y suspicaz resalta a primera vista[...]. Puede decirse sin temor de equívoco que en general su presencia causa disgusto en las pocas partes en que se le ve (porque vive muy retirado), habiendo contribuido mucho a esta prevención tan marcada que hay en su contra [...] el agravio que infirió a esta población, y aun a las autoridades, cuando ha manifestado a su gobierno no hallarse en seguridad, siendo cabalmente un carácter moderado y generoso el de que se gloria el vecino del puerto en que reside, aun cuando se prescinda del celo que debían emplear las autoridades para evitar todo desorden en cualesquiera circunstancia que pudieran exaltar el entusiasmo político".

No me parece casual esta diferencia de criterios en el juicio que sobre Burrough formulan Löwenstern y los "vecinos del puerto de Veracruz". Como veremos más adelante, la opinión del viajero austriaco sobre los mexicanos es -salvo escasísimas excepciones- sumamente desfavorable. Es lógico, por lo tanto, que se sienta muy a gusto con quien comparte una comunidad de ideas, en este caso en la apreciación sobre los "nativos".

¹⁸. M, p.18.

¹⁹. M, p.429.

sitios arqueológicos, así como al Museo Nacional²⁰.

Como es sabido, el interés por las diversas muestras del arte prehispánico había cobrado auge en Europa particularmente después del viaje de Bullock al México recién independizado; el viajero inglés reunió una abundante colección que fue expuesta en el London Museum. Sus sucesores prosiguieron con la sana costumbre de arrasar con cuanta estatuilla prehispánica entrara en sus alforjas. Löwenstern no es una excepción: en su obra menciona que, gracias a la amabilidad de un joven compatriota, Theodore Bahre²¹, pudo

²⁰. M., cap. VIII.

²¹. Theodore Bahre es hermano del también comerciante Luis Guillermo Bahre, un personaje que, según los datos que figuran en su expediente personal (ARE 40-4-49), permite recrear una figura bastante novelesca en la que la imaginación podría ir llenando los huecos dejados por los documentos. El expte. de Bahre que aparece en el ARE está fechado en 1853-54 y caratulado "Prusia y Sajonia. Cónsules mexicanos". Contiene una carta de Bahre, escrita con excelente caligrafía —y no tan excelente sintaxis—, en papel azul ya muy claro. La carta está fechada en Altona el 20-8-53, y en ella enuncia los motivos por los cuales solicita ser nombrado cónsul de México en ese puerto. Al exponer sus méritos para aspirar al cargo, dice: "[El infrascrito] desembarcó en el puerto de Veracruz en el principio del año [ilegible, por estar destruido el margen izquierdo de la hoja] que desde 1832 hasta 1836 fue socio de la casa de comercio Radiche de Bary et Bahre, establecida en México, y que su hermano don Teodoro Bahre que le había seguido formó desde entonces una casa de comercio en la capital de México, otra en Veracruz y otra en Guadalajara. El infrascrito desempeñó las funciones de Cónsul General de la Confederación Argentina en Hamburgo desde 1850 hasta 1852, pero cuando llegó la noticia de la caída del Excmo. Señor Gefe Supremo de aquella República federal, Brig. Gral. don Juan Manuel de Rosas, fue destituido por haber cumplido con las órdenes de su gobierno de cruzar y estorbar los planes del enganche de aventureros para hacer guerras con ellos en países americanos contra el gobierno de aquel general" (los subrayados son míos).

El pobre Bahre no obtendría el menor resultado de la que debe haber considerado persuasiva carta. El cónsul mexicano en Prusia y Sajonia informa sobre él a Relaciones Exteriores en términos muy desfavorables. Siendo cónsul en Brasil, dice, no actuó como correspondía, y fue destituido. Se dirigió entonces a Buenos Aires,

hacer embarcar directamente hacia Europa "sus colecciones"²² en lugar de llevarlas consigo durante su periplo en torno al globo. (Junto con diversos objetos prehispánicos se lleva también la espada de Pedro de Alvarado, procedente del convento de Santo Domingo y comprada, según dice, casi a precio de hierro viejo²³).

Después de recorrer, como todos los viajeros de la época, los alrededores de la ciudad de México, Löwenstern se pone en marcha hacia Mazatlán, donde se embarcará rumbo a China. Las tormentas de otoño hacen que se demore varias semanas más de lo proyectado, debido a que la nave donde tenía ya embarcado su equipaje²⁴ se hace pedazos contra las rocas, durante un huracán. El dramático episodio cierra novelescamente el libro.

donde "se vengó" del Brasil hablando del gobierno de la manera más negativa.

Bahre no se da por vencido, y a pesar de no ser ya muy joven (estaría promediando los 50) se ofrece para entrar en el ejército mexicano, con plaza de sargento, y dedicarse a entrenar a los soldados, de modo de "tener pan en el futuro".

También esta carta, que Bahre dirige al ministerio de Guerra, va acompañada por un informe sumamente desfavorable, firmado por Henrique San Martín. Entre los motivos por los cuales este señor desaconseja cualquier nombramiento para Bahre está el haber servido a "la maldad de Rosas en Buenos Aires".

Asoma así, entre las líneas de los legajos archivados en los estantes de la Secretaría, la figura un tanto patética de este alemán que llega quizás entre nosotros a "hacerse la América" pero que, en lugar de elegir un destino tranquilo y sedentario, recorre diversos países, se compromete con su política -y el hecho de no querer contribuir a armar mercenarios contra Rosas lo hace especialmente simpático- y termina su vida en la pobreza, suplicando una colocación cualquiera para poder ganarse el pan.

²². M., p. 298.

²³. M., p. 114.

²⁴. El Griffon, que tenía como ruta habitual Mazatlán-Hawaii, según consta en el AGN, Rubro Movimiento Marítimo, vol. 9.

Lo que sabemos del resto de su viaje lo debemos a una carta del propio Löwenstern escrita en Viena y dirigida a M. d'Avezac, que apareció en 1841 en el Bulletin de la Société de Géographie de Paris²⁵.

El 23 de diciembre , según narra allí, abandona México rumbo a las islas Sandwich, donde asciende a varios volcanes. Luego se dirige a China, pero ante las dificultades para desembarcar en Cantón -"único lugar por entonces abordable para los extranjeros"²⁶, debido a la guerra del opio- continúa rumbo a las islas Célebes; después, bordeando el continente africano, cruza el Cabo de Buena Esperanza, hace un breve alto en la isla de Santa Elena, donde visita la tumba de Napoleón, y desembarca en Dover el 15 de noviembre de 1839, "habiendo realizado la vuelta al globo en dos años y tres meses"²⁷.

Lamentablemente, es muy parco al referirse a esa parte final de su itinerario. Pero podemos espigar algunos datos de sus dos libros de viajes. Por ejemplo, señala que tanto las Sandwich como China son escenario de las pugnas entre Inglaterra y Estados Unidos por extender su influencia sobre esas regiones²⁸.

En otro lugar, refiriéndose a las "pasiones brutales" a que los indígenas mexicanos se abandonan "sin pudor y sin reservas"

²⁵. Citada -y resumida- por A. Montémont en Voyages nouveaux par mer et par terre..., t. 1, pp.238-241.

²⁶. Ibid., p.240.

²⁷. Ibid., p.241.

²⁸. EU, p.ix.

(i se pasean del brazo por la calle, cubiertos con el mismo sarape, "como si el mundo no existiera su alrededor"*) formula el siguiente juicio : "En ninguna otra nación se lleva tan lejos la inmoralidad, excepto tal vez entre los chinos"²⁰ . Nos quedamos en ayunas sobre las costumbres "inmorales" que reinaban entre éstos, según el autor, y en qué se basa para calificarlas de ese modo, dado que según su propia confesión apenas pudo asomarse a esas regiones.

De regreso en su patria se dedica -por lo que podemos deducir- a la labor científica: es nombrado miembro de la Sociedad Geográfica y Etnológica de Paris y escribe, además de sus dos libros de viajes, una decena de artículos, casi todos sobre arqueología sumeria.

Aquí se pierden las huellas del autor. Diez años después de publicado su último artículo (en 1853) Michel Chevalier, en su libro Le Mexique ancien et moderne se lamenta de la "prematura muerte" de Löwenstern que lo arrebató "a la ciencia y a sus amigos".

²⁰. M, p. 179.

²⁰. Ibid.

Las huellas de Löwenstern en los archivos

Es por cierto muy escaso el material que pude encontrar sobre este huidizo viajero en los archivos consultados, pero es bastante valioso ³¹.

En el ARE aparece un expediente caratulado "Oficio del Ministro de Guerra sobre la escolta que se ha facilitado en Guanajuato al señor conde Isidoro (sic) Löwenstern"³².

En este documento, fechado el 1º de agosto de 1838, el Gral. Morán, Ministro de Guerra, se dirige al Ministro de Relaciones Exteriores adjuntándole copia del oficio enviado por el Comandante General de Guanajuato, con fecha del 27 de julio. Transcribo el documento:

"El E.S. Comandte. general de Guanajuato en oficio del 27 del actual me dice lo que copio:

"E.S= Fue en mi poder el oficio de V.E. fechado el 20 del actual, en que a nombre del E.S. Presidente se sirve prevenirme mande facilitar una escolta que acompañe hasta Guadalajara al Señor conde Isidoro Lowenstern súbdito de S.M. el emperador de Alemania; y como tuve noticia de que este individuo había salido ya de México, deseoso yo de obsequiar

³¹. En el Apéndice aparecen las fotocopias de los documentos hallados.

³². ARE, Expte. 5-1-7648.

cumplidamente las determinaciones de la superioridad, dispuse que inmediatamente marchase a Celaya un propio violento con la orden que dirigí al Teniente coronel D. Pedro Cortazar, previniéndole estuviera al cuidado de la llegada del expresado Señor Conde Isidoro para que le ministrara otra escolta la cual debía componerse de un cabo y cuatro dragones del primer escuadrón auxiliar a su mando, con recomendación de que fuesen conocidos por su honradez y buen porte militar= Lo que tengo el honor de comunicar a V.E. en resultas de su citado oficio, y para conocimiento del Supremo Gobierno, reiterándole a la vez mi particular consideración y aprecio".

Dios y Libertad, Méx. julio 30 de 1838

Morán

Algunos puntos de interés que me parece oportuno destacar en el documento: en primer lugar, otra vez la ambigua referencia a su nacionalidad ("súbdito de Su Majestad el emperador de Alemania").

2º Podemos ver que a pesar de las insistentes quejas de Löwenstern sobre la inseguridad de los viajeros en México -y en general de los extranjeros en el país-, durante la mayor parte de su viaje, por orden del presidente Bustamante, dispuso de una

escolta particular³³.

3° Conociendo a nuestro personaje, no tiene desperdicio la observación del Comandante General de Guanajuato: los dragones deberían ser cuidadosamente escogidos "por su honradez y buen porte militar". Cada vez que se refiere al ejército mexicano, Löwenstern no pierde oportunidad de señalar la triste figura de los soldados, tan distante del altivo porte de las tropas napoleónicas o prusianas. Y la honradez -o mejor, dicho, la falta de ella- es uno de los tópicos de todo relato de viaje de un europeo en México, y en general en América. Podemos aventurar, sin que se nos acuse de exceso de imaginación, que los comentarios sobre ambos temas con que Löwenstern salpica su texto debe haberlos también expresado de viva voz en cuanta ocasión tenía a mano. De ahí la preocupación del Comandante por proveerle de soldados que no hicieran muy mal papel ante los ojos de este europeo descontentadizo.

4° Podemos deducir también que Löwenstern venía con cartas de recomendación lo bastante influyentes como para que el propio Presidente ordenara proporcionarle una escolta. Sin embargo, como ya señalé, Löwenstern se queja de que las que traía para los comerciantes de Veracruz no tuvieron el menor efecto³⁴, y al

³³. En el capítulo XXI, "Partida de la capital", asienta Löwenstern: "Partí el 24 de julio, a la una, de la capital, acompañado de mis dos mozos (en español en el original) y de una escolta de dragones debida a la bondad del Presidente Bustamente" (*sic*, p.298). No he encontrado datos en los archivos sobre esta primera escolta, pero la que figura en el expediente del ARE es evidentemente la que la releva a partir de Celaya.

³⁴. *M*, pp. 18-19.

describir su estancia en la capital, acusa a la sociedad mexicana de ser muy cerrada frente al extranjero. Aquí podemos plantearnos el interrogante acerca de cuáles eran sus expectativas al realizar el viaje -otro tema sobre el que nos mantiene en la oscuridad. Y también podemos encontrar un nuevo elemento para ir perfilando el carácter de este personaje que, habitualmente, destaca los rasgos negativos de la realidad que le toca vivir, y pasa por alto los beneficios que se le otorgan.

En el Archivo General de la Nación encontré otro documento valioso²⁵. El capitán del puerto de Veracruz, D. Manuel Rodríguez, eleva con fecha 10-II-38 a Relaciones Exteriores las declaraciones de capitanes y pasajeros de varios buques de distintas procedencias arribados al puerto. Entre ellos aparece la fragata francesa Sylphide, que llega de La Habana²⁶.

"En arreglo a lo prevenido en los arts. 1º, 2º y 3º del Reglamento de Pasaportes" se asientan los siguiente datos de los pasajeros: nombre, edad, estado, patria, procedencia, destino, objeto de su viaje, recomendado, ejercicio²⁷. Aparecen los datos de 27 pasajeros, incluyendo señoras, niños y criados, que no tienen

²⁵. Gracias a la eficaz y generosa orientación del maestro Villaseñor, quien falleció junto con su esposa y su hijo en el terremoto de 1985. Sirva esta nota como mínimo homenaje a un hombre que, como todos los hombres verdaderamente sabios, no hacía exhibición de sus conocimientos, pero los brindaba sin retaceos a todos los que íbamos a consultarlo.

²⁶. AGN, Ramo Movimiento Marítimo, v.9.

²⁷. En algunos puertos también se pregunta la religión.

que hacer declaración personal. Löwenstern es el último en la lista.

La declaración, que se presenta por partida doble (una con los rubros ya citados, otra más simple donde sólo consta: patria-procedencia-ejercicio) está fechada el 8-II-38, y firmada por Rodríguez, capitán del puerto, y Pasquier, capitán de la Sylphide.

La información que nuestro viajero (cuyo nombre, como el todos los demás pasajeros, ha sido españolizado, en su caso en "Isidoro") brinda sobre sí mismo es la siguiente: declara tener 32 años, ser casado, austriaco, procedente de La Habana, con destino a México, ser el comercio el objeto de su viaje, ir recomendado al Sr. Echeverría" y tener como ejercicio el de comerciante.

" Se pide a los extranjeros que mencionen a algún habitante de la República a quien vayan recomendados. Löwenstern se burla del -según él- presuntuoso nuevo embajador belga, que invoca nada menos que al Presidente Bustamante. Pero, por su parte, da la referencia de un Sr. Echeverría que verosímilmente podría ser Francisco Javier Echeverría, quien desempeñó el cargo de Ministro de Hacienda hasta noviembre de 1838, cuando lo reemplazó el multifacético conde de la Cortina.

Otras referencias a Löwenstern

Como mencioné anteriormente, la primera referencia bibliográfica sobre el autor la encontré en el prólogo de Felipe Teixidor a La vida en México de Mme. Calderón. Teixidor cita un artículo de Martínez de Castro aparecido en 1844. Y siguiendo este hilo, encontré no sólo ese texto sino el que le da origen, que es la extensa reseña publicada por Tornel en 1843, es decir, el mismo año en que apareció la obra.

En otro capítulo haré el análisis de la recepción del texto de Löwenstern por parte de sus lectores mexicanos. Aquí me limito a enumerar las referencias que he podido hallar hasta ahora sobre este viajero.

1. El artículo de José María Tornel(1843)

Tornel publicó en el Museo Mexicano una reseña bajo el título "México, o las memorias de un viajero: por Isidoro Lowenstern, autor de 'Los Estados Unidos y La Habana'. Un tomo en 4º, en francés, impreso en París por Arturo Bertrand".

Se trata de un comentario crítico de la obra que incluye la traducción de extensos pasajes de la misma.

2. El artículo de Martínez de Castro(1844)

Un año después apareció en el Liceo Mexicano un furibundo artículo bajo el título "Isidoro Löwenstern y sus memorias sobre México", firmado por "Mala-Espina y Bien-Pica", el seudónimo de Luis Martínez de Castro. Con todo el fervor de su juventud " el autor se despacha contra los sujetos que adoptan el elevado título de viajeros cuando son en realidad "un nuevo linaje de correveidiles, que hacen profesión de traer y llevar nuevas, una veces demasiado añejas y otras falsas".

3. La obra de Payno(1844)

Payno publica en El Museo Mexicano una serie de artículos costumbristas que se reunieron bajo el título Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843. Allí menciona la obra de Löwenstern, de recientísima aparición, como ya señalé. Dice a su "corresponsal" Fidel:

Notarás que con frecuencia te hablo de las comidas[...]. Lo que he referido bajo este respecto es un mentís solemne a Loewenstern y Chevalier, que asientan que los viajeros se

" Martínez de Castro tenía entonces 25 años. Moriría tres años después durante la invasión norteamericana.

mueren de hambre en los caminos de la República⁴⁰.

Dicho sea en honor de nuestro viajero, esta vez se le achacan milagros ajenos. No se queja de hambre, sino de mala comida⁴¹.

4. El folleto de Haro y Tamariz (1846)

En 1846 se publica en París la Exposición que Antonio de Haro y Tamariz dirige a sus conciudadanos, y opiniones del autor sobre la monarquía constitucional⁴². En la Conclusión dice irónicamente el autor:

Sin convertirme en juez de la sociedad europea, porque ni mi experiencia ni mis luces son bastante claras para decidir con

⁴⁰. Manuel Payno, Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843, p. 93.

⁴¹. Por ejemplo, afirma, irónicamente, que los frijoles y el chile son un platillo "delicado para el paladar" (p.24); sin embargo, cuando, durante su excursión a Xochicalco, en una choza indígena le ofrezcan esa misma comida, le parecerá "deliciosa" (p.214) por el hambre que tiene. En la ciudad de México afirma que la carne es mala, pero en cambio las aves son excelentes. Respecto a las frutas europeas que prueba en la capital, hace un comentario que recuerda a Gage: son aceptables, pero han perdido mucho de su sabor al ser trasplantadas (p.64).

⁴². Agradezco al Prof. Jan Bazant haberme proporcionado este texto, inencontrable en bibliotecas.

el magisterio de Mr. de Lowenstern al hablar de la nuestra, he querido citar personas competentes [para trazar el cuadro de la sociedad europea].

5. José Fernando Ramírez y sus notas a la "Historia de la Conquista de México" de W. Prescott (1846)

La famosa obra de Prescott, publicada en inglés en 1843, fue traducida al español tan sólo un año después, y por partida doble: el impresor Torres publicó la traducción de José María González de la Vega, con notas de D. Lucas Alamán, y el impresor Cumplido la traducción de Joaquín Navarro, en tres tomos. El 2º tomo lleva un apéndice constituido por notas de D. José F. Ramírez, ejecutadas, dice el editor, con "útil laboriosidad y filosófica crítica". El apéndice lleva como título "Notas y esclarecimientos a la Historia de la Conquista de México del Señor William Prescott, por José Fernando Ramírez, ciudadano mexicano".

Al referirse al problema que se le plantea siempre al historiador cuando trata de determinar el grado de verdad de los hechos que relata, sobre todo cuando son remotos, hace una interesante —e inesperada en este contexto— asociación con los viajeros:

Nada digo tampoco de las relaciones de viajes, porque desde los atrevidos cuentos de Marco Polo hasta los dorados embustes

de Chevalier y groseras mentiras de Lowenstern ⁴³, uno está autorizado para dudar de lo que escriben los pretendidos testigos de vista⁴⁴.

6. La obra de A. Montémont (1847)

El texto de Montémont que cité anteriormente se dedica a reseñar las obras referentes a viajes "efectuados o publicados de 1837 a 1847 en las distintas partes del mundo".

La serie está constituida por 5 volúmenes que se suman a los 46 ya publicados por el mismo autor, bajo el título Histoire universelle des voyages. En el volumen 4, dedicado íntegramente a los viajes por América, se reseñan con bastante detenimiento los dos libros de Löwenstern.

Al reseñar el Viaje de Estados Unidos a La Habana (sic), "efectuado en 1837 y 1838; publicado en 1842" Montémont advierte que el relato está "lleno de observaciones ingeniosas pero impregnadas de una severidad tal vez excesiva o parcial contra los norteamericanos ". Por lo tanto se limitará a reproducir "la fisonomía" de la obra, siguiendo "una línea intermedia entre los extremos del elogio y la condena".

⁴³. El subrayado es mío.

⁴⁴. Prescott, Historia de la Conquista de México, p. 670; el subrayado es mío.

Cumpliendo con su propósito, Montémont se dedica a resumir, sin comentarios y sin crítica, el libro de Löwenstern sobre los Estados Unidos.

Lo mismo hace con el Viaje a México (sic), "efectuado en 1838 y publicado en 1843". Transcribe la información que Löwenstern vierte sobre temas como la forma de gobierno, los hoteles, la manera de vestirse, la educación en México y las diversas etapas de su viaje a Mazatlán.

Como en el libro anterior, repite textualmente, sin el menor espíritu crítico, los juicios de Löwenstern sobre el país. Y aunque bastante fiel al texto, comete un error al finalizar su reseña. Allí afirma que "escupir y fumar son en México el complemento de la buena educación". Löwenstern jamás dice que se use en México la costumbre de escupir (después de mascar tabaco), lo cual constituye en cambio una de las costumbres más vituperadas por todos los viajeros europeos que visitan los Estados Unidos (empezando por Dickens). En cambio, comparte con la mayoría de los viajeros el horror ante la presencia del cigarro en las delicadas manos de las señoras.

7. La obra de De Fossey (1857)

De Fossey hace, como ya señalé en páginas anteriores, una crítica sagaz a los viajeros que pretenden pontificar tras una breve

estancia en un país, y echa mano de nuestro autor como el mejor ejemplo de esta clase de individuos:

He leído con disgusto lo que muchos viajeros han escrito sobre el carácter de los mexicanos. Se han dedicado con excesiva frecuencia a presentarlos desde su peor ángulo, y no es así como se puede dar una idea exacta del mismo. Nuestros compatriotas Michel Chevalier y Ampère han caricaturizado su retrato; madame Calderón de la Barca, inglesa de nacimiento y bas-bleu por sus hábitos, sólo se ocupa de futilidades: ve los detalles, pero no entiende para nada de la síntesis. En cuanto a Isidore Lowenstern, sus Memorias sobre México son lo peor que se pueda ver. Este viajero alemán parece haberse propuesto denigrar todo lo que ve, y cumple su tarea con la suficiente torpeza como para que cualquiera se dé cuenta, después de la lectura de algunos capítulos, de que su relación es un tejido de exageraciones de un extremo a otro¹¹.

8. La obra de Chevalier (1863)

En su libro México antiguo y moderno Chevalier, al hablar de las pirámides de Cholula, dice:

¹¹. Le Mexique, p. 542, nota 64.

Un viajero que recorrió el país hace cerca de veinticuatro años, M. Isidoro Loevernstern, a quien una muerte prematura arrebató a la ciencia y a sus amigos, tuvo la satisfacción de descubrir entre [las pirámides] algunas que hasta entonces no habían sido mencionadas. La más interesante es la que halló muy próxima a la capital, a una legua de Tacuba, en el pueblo de Los Remedios; ha calculado que tenía de 80 a 100 metros de elevación⁴⁶.

Y a continuación cita a Löwenstern y su presunto descubrimiento de una pirámide cerca de Los Remedios⁴⁷.

9. Altamirano (1868, 1888)

En dos ocasiones, hasta donde sé, se refiere Altamirano a la obra de Löwenstern: en su libro Revistas literarias de México (1868) y en la "Introducción" a la obra de Luis Malanco, Viaje a Oriente (1888). En el capítulo VI me detendré en el análisis de los conceptos de Altamirano sobre Löwenstern y sobre los libros de viajeros extranjeros en general.

⁴⁶. M. Chevalier, México antiguo y moderno, p. 44, nota 22.

⁴⁷. M, p. 262.

Hasta aquí las referencias de autores más o menos contemporáneos de Löwenstern. En épocas más cercanas, nuestro autor va cayendo en el olvido. Pero se encuentran diversas menciones a su obra. En algunos casos, se trata de textos novelescos que la toman como fuente.

10. La obra de V. Salado Alvarez

En sus interesantísimos -aunque desaparejos- Episodios nacionales aparece citado Löwenstern en el volumen que lleva por título La corte de Maximiliano ⁴⁴.

El autor refiere la conversación que el futuro emperador sostiene en Miramar con los enviados mexicanos (Gutiérrez Estrada y otros). Estos le aconsejan que no se deje guiar, para tomar su decisión sobre el trono de México, por los infundios que sobre el país han contado viajeros como Mme. Calderón, Gage, de Fossey...
Pregunta entonces Maximiliano:

-¿Y es cierto que en una ocasión unos caminantes cogieron a un capitán de ladrones, lo entregaron, a falta de fuerza pública, al convento inmediato, y resultó que el fascineroso era nada menos que el guardián del convento?
-¡Jesús, María y José! ¡Qué horrores han contado a V.A.!

⁴⁴. V. Salado Alvarez, La corte de Maximiliano, v. 9 de los Episodios Nacionales.

-No, no me lo contaron; lo leí en Lowernstein (sic).

-Sí, aléjese V.A. de esas lecturas...

-Sí, ya comprendía que ese luterano no había de tener razón...

Aquí encontramos, en pocas líneas, tres errores: el más evidente, la mala transcripción del apellido del autor; aunque no descarto una errata de imprenta, más bien la considero signo de desconocimiento del viajero. Y me confirma en esta opinión otro error: Löwenstern no era luterano, sino católico, como la mayor parte de los austríacos. Y un tercer error: la anécdota que ha "leído" Maximiliano no la leyó en Löwenstern, sencillamente porque éste no cuenta ningún episodio con un guardián de convento. Hay uno que se le asemeja en cuanto al mensaje que se pretende dar (la corrupción generalizada en México, al punto de que ni en la propia autoridad puede confiarse⁴⁹). Pero, en caso de que la anécdota traída a colación por Maximiliano no haya brotado simple y llanamente de la imaginación del autor, la fuente está en otro libro, no en el de nuestro viajero.

11. La novela de Zamora Flowes.

Para escribir su novela Quince Uñas y Casanova aventureros, Zamora Flowes reunió una valiosísima -y a veces abrumadora- información

⁴⁹. Anécdota del inglés, el ladrón y el alcalde, al final del cap. XIII de Le Mexique...

que quiso entregar al lector a través de las notas que cierran cada capítulo. En una de ellas dice, hablando del Sr. Escandón y otros coleccionistas:

Muchos de los tesoros pictóricos provenían de saqueos a iglesias y conventos. (Un viajero, Lowenstein [sic] refiere que en el Mercado de "El Volador" compró una espada que había pertenecido a Pedro de Alvarado, el Conquistador⁹⁰.)

Otra vez la errata en el apellido, y otra vez un dato que el novelista se saca de la manga. Como ya mencioné al hablar de las aficiones de coleccionista de nuestro viajero, éste afirma poseer "la espada de Don Pedro de Alvarado, que proviene de ese monasterio [Santo Domingo]" . Pero en ninguna parte dice dónde la compró. Lo del Volador, si bien pudiera ser posible, corre en este caso por cuenta de la imaginación de Zamora Plowes; por más que la forma con que presenta el dato busca tener todos los visos de rigor documental.

La recopilación de estas referencias me permite sacar la conclusión de que Löwenstern, discutido o no, fue un autor bastante leído en México en la segunda mitad del siglo pasado, y luego cayó

⁹⁰. Quince Uñas y Casanova aventureros, t.1, p. 305.

en el olvido, al grado de que quienes posteriormente lo usan como fuente no tienen una referencia directa del autor. Más concretamente: no lo han leído.

12. El prólogo de Felipe Teixidor.

Ya he citado en varias ocasiones las referencias que hace Teixidor a Löwenstern -casi siempre unido a otros viajeros- en su documentado prólogo a La vida en México de Mme. Calderón de la Barca. Pueden consultarse, en particular, las pp. ix y x.

13. Antonello Gerbi

Para terminar con la enumeración de las referencias sobre Löwenstern que hasta este momento he encontrado en diversas fuentes, mencionaré el apasionante libro de Gerbi, La disputa del Nuevo Mundo, donde el autor rastrea los pasos de la polémica sobre la supuesta inferioridad de América frente a Europa desde la Ilustración hasta comienzos del siglo XX. Gerbi cita más de diez veces la obra de Löwenstern sobre los Estados Unidos, donde encuentra abundante material para su tema. Pero no hay ninguna referencia al libro sobre México. ¿No lo conocía? Es posible, y lamentable también, ya que le hubiera sido tan útil como Les Etats Unis... para indagar en la evolución del pensamiento europeo sobre América, y para nosotros hubiera constituido un material inapreciable.

OBRAS DE ISIDORE LOWENSTERN

Para este punto me baso en tres catálogos bibliográficos que traen -con variantes- las obras de Löwenstern que poseen tres importantes bibliotecas : la Biblioteca Nacional de París (BNP), la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos (BC) y la Biblioteca del British Museum (BM)¹¹.

Presento aquí, en orden cronológico, las obras de Löwenstern que aparecen en los catálogos. Por mi parte, hasta el momento sólo he podido consultar dos de sus textos: Le Mexique... y Les Etats-Unis...¹².

1. (1841) Journey from the city of Mexico to Mazatlan (Royal Geographic Society, London). (Papers read before the R.G.S. Central America), Lóndon, Murray. (+)

2. (1842). Les Etats-Unis et la Havane. Souvenirs d' un voyageur, Paris-Leipsick, A. Bertrand-L. Michelsen, in-8°, XII, 372 p. (* + #)

3. (1843). Le Mexique. Souvenirs d' un voyageur, Paris-Leipsick, A. Bertrand-L. Michelsen, in-8°, VII, 467 p. (* + #)

4. (1845). Essai de déchiffrement de l' écriture assyrienne, pour servir à l' explication du monument de Khorsabad, Paris, A. Franck, in-4°, 36 p. (* + #)

¹¹. Marco con un asterisco(*) las obras que se encuentran en la BNP, con una cruz(+) las que figuran en la BC y con el signo (#) las que se encuentran en la biblioteca del BM.

¹² De esta última obra poseo copia microfilmada gracias a la gentileza de Geneviève Guilpain.

5. (1847). Exposé des éléments constitutifs du système de la troisième écriture cunéiforme de Persepolis, Paris, A. Franck, in-8°, 101 p. (* + #)

6. (1847). Note de M. Isidore Lowenstern relative au Mémoire sur l'écriture cunéiforme assyrienne, par M. Botta, dans le Journal Asiatique, Paris, Panckoucke, in-8°, 2 p. (*)

7. (1849). Note sur une table généalogique des rois de Babylone dans Ker-Porter, Paris, A. Leleux (extrait de la Revue Archéologique, 6e. an. (+)

8. (1850). Remarques sur la deuxième écriture cunéiforme de Persepolis, précédées d'une lettre sur cette écriture, Paris, A. Leleux, in-4°, 48 p. (Extrait de la Revue Archéologique, 6e. an.) (* + #)

9. Note sur une date chronologique de Démosthène, Paris, A. Leleux, in-8°, 27 p. (Extrait de la Revue Archéologique, 10e. an.) (*)

Como se puede ver, la obra sobre México es la más extensa de su producción. Los dos libros de viajes (que comparten el subtítulo, poco original por cierto, de Souvenirs d'un voyageur) tuvieron como editor a Arthus Bertrand, "librero de la Sociedad de Geografía y de la Sociedad Real de Anticuarios del Norte", de prolífica labor editorial durante la primera mitad del siglo XIX.

Buena parte de su producción está dedicada a relatos de viajes", lo cual -dejando de lado su presumible interés personal por el tema- habla de su olfato editorial, ya que se trata de un género que convoca en esa época a un público ávido de ampliar los horizontes de su imaginación, sin arriesgarse demasiado en los peligros que implicaba todavía desplazarse hacia tierras lejanas.

Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur

En el fondo reservado de la Biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM existe un ejemplar de la obra, que es el que utilicé para mi trabajo. Posteriormente encontré otros dos ejemplares en la Biblioteca Nacional de México.

El volumen que figura catalogado como "Ejemplar 1" en la BNM lleva en la página inicial del Prefacio aparece el ex-libris del primer poseedor: una marca de agua que contiene, dentro de un óvalo, el águila mexicana, y debajo las iniciales de José María Lafragua.

El 2º ejemplar de la BN es el más lujoso de todos (empastado en piel, con letras doradas), y contiene dos particularidades muy interesantes: 1) una dedicatoria manuscrita del autor al conde de

" Es el editor, entre otros, del libro de Basil Hall cuya edición francesa aparece el mismo año que la 1º ed. inglesa (1825) bajo el título Voyage au Chili, au Pérou et au Mexique pendant les années 1820, 1821 et 1822,; de las Perégrinations d'une paria, de Flora Tristán (1843) y del Facundo de Sarmiento, traducido y "enriquecido con notas" por A. Guiraud (1853).

Dietrichstein, que traduzco:

A su Excelencia el señor conde Maurice de Dietrichstein,
como homenaje del profundo respeto y humilde devoción
del autor.

2) Está anotado con lápiz en numerosas páginas por un enardecido lector, que a veces enmienda errores de léxico (sobre todo en topónimos⁵⁴ o palabras técnicas⁵⁵), pero la mayor parte de las ocasiones se dedica a denostar al autor, con un estilo muy sabroso por cierto, por su actitud eternamente negativa frente a la realidad del país visitado⁵⁶; sin que falten ocasiones en que el anotador dé rienda suelta a su fe liberal, abandonando el tono

⁵⁴. Por ejemplo, en la p. 3 Löwenstern escribe Gajega, Gajegilla, y el lector enmienda: Gallega, Galleguilla; en la p. 31, donde Löwenstern asienta Ocho de Agua, el lector corrige: Ojo de Agua, etc.

⁵⁵ Limadora, escribe Löwenstern (p.235); en la corrección: ligadora.

⁵⁶. No resisto la tentación de transcribir algunas frases del divertido comentarista: en la p. 303, en nota, Löwenstern se refiere a la riqueza de las Californias, donde "no existe ningún derecho de propiedad. Todo el que se sienta lo bastante fuerte para ello, se apodera del terreno". Nota a la nota: "Y el derecho de propiedad, y la autonomía de los pueblos, que se los lleve la china Hilaria! ¡Había de ser Alemán!". En la p. 382, Löwenstern relata su "terrible" travesía rumbo a Mazatlán. En una noche tenebrosa, en medio de terrible tormenta, llega por fin a unas cabañas de mestizos, "raza peligrosa mezcla de negros e indios". Acota el comentarista: "¡Todas las razas eran peligrosas para este maricón!"

burlón por la efusión retórica³⁷.

Por último, en la ENAH existe otro ejemplar de la obra, que es el que consultó M. Dolores Morales para su artículo "Viajeros extranjeros y descripciones de la ciudad de México, 1800-1920".

El año de edición

Le Mexique... se publicó en el mismo año (1843) que otras dos obras sobre México, que tuvieron mucha mayor difusión (merecida, por cierto, ya que superan con creces el valor documental y literario del texto de Löwenstern):

a) el libro de Mme. Calderón, que apareció (sólo con las iniciales de su autora en esta 1ª edición) simultáneamente en Boston y en Londres, bajo el título Life in Mexico during a residence of two years in that country. By Mme. C. de la B^{te}.

b) La Historia de la Conquista de México, de William H. Prescott, una de las obras fundamentales sobre el tema, y obligada lectura de cabecera de los viajeros que posteriormente llegan a

³⁷. En la p. 464, la que cierra las conclusiones abiertamente monárquicas del autor, señala el comentarista: "Y a pesar de todo, México existe como república, tras de las tempestades que lo han combatido, pero no abatido".

³⁸. Dudo que nadie se llamara a engaño sobre la identidad de la autora, pero el hecho de velar su nombre debe atribuirse a las convenciones de la época: resultaba incorrecto que la esposa de un embajador que acababa de dejar su cargo en la legación española de México hiciera una serie de observaciones a veces poco diplomáticas sobre la vida social y política del país.

México. Mme. Calderón, amiga del autor, le proporcionó valiosa información para esta obra¹¹. La idea de redactarla parece afianzarse en Prescott hacia 1838, según se desprende de la carta que envía el 31-XII-38 a Washington Irving:

Buscando [después de concluir su Historia del reinado de Fernando e Isabel] alguna otra cosa, me pareció el mejor tema la historia de Cortés y de Pizarro, desde su desenvolvimiento, fuera del periodo con el que estaba familiarizado, así como también por sus relaciones con nuestro país. Me encontré asimismo con que tenía peculiares facilidades para obtener los libros y manuscritos de Madrid que necesitase, debido a las gentilezas del Sr. Calderón, a quien Ud. conoce¹².

Estas tres obras, aparecidas en el mismo año, son una prueba fehaciente del interés que despierta México durante el siglo XIX (sobre todo desde los albores de la vida independiente) como país exótico, como depositario de una historia de raíces muy antiguas, como tierra de riquezas no explotadas y también, en muchos casos, como objeto de anhelos expansionistas.

¹¹. En diversas ocasiones Prescott hace referencia a sus amigos e informantes los Calderón, y en particular a "la bella autora" de la vida en México (Historia de la Conquista de México, p. 554). Lo de "bella" es una galantería del autor, que los retratos de doña Fanny se encargan de desmentir.

¹². William H. Prescott, Historia de la Conquista de México, p. C.

La obra de Löwenstern sobre México, aunque no represente una de las cumbres del género, reúne todos estos elementos, que son una constante en el pensamiento europeo frente a la América del siglo XIX.

CAPITULO IV. ISIDORE LOWENSTERN Y SU LIBRO SOBRE MEXICO

LA ESTRUCTURA DE LA OBRA

Alain Niderst¹ enumera cuatro formas posibles del relato de viaje: el diario, redactado durante el mismo viaje; el relato, compuesto una vez concluido el periplo y que por lo tanto supone una síntesis; la recopilación de ensayos, que reúne imágenes aisladas pero coherentes; y la ficción, que utiliza el viaje para trascenderlo.

Estas formas no agotan todas las posibilidades del género: sin ir más lejos, cabría agregar la forma elegida por tres viajeros contemporáneos entre sí —Becher, Mme. Calderón y Sarmiento— que eligen la forma de las cartas para transmitir sus experiencias de viaje. El género epistolar está muy cerca del diario en cuanto a la inmediatez que hay entre lo vivido y lo escrito. Pero hay una diferencia fundamental: el destinatario del texto. Es a un tú claramente identificado a quien se dirige la carta; y el contenido y el estilo de la misma se verán de alguna manera determinados por ese destinatario.

Un ejemplo palpable lo encontramos en las cartas en las que Sarmiento va contando su viaje por diferentes países de Europa.

¹. Cf. "Les récits de voyage", en Récits, voyages et imaginaire. Actes de Montréal, pp. 45-52.

Para narrar sus peripecias por Italia elige como corresponsal a su amigo Juan María Gutiérrez, que conocía el país y con quien por lo tanto comparte un nuevo código, fuera de los literarios e ideológicos que ya los unen. Pero para relatar sus días en Roma el interlocutor elegido es nada menos que el "Ilustrísimo Obispo de Cuyo" ³. Y por ello Sarmiento se siente inclinado a expresarse con un tono piadoso y solemne, y a manifestar un fervor religioso que no aparece en otras páginas de sus Viajes.

El diario, por lo tanto, parece presentar (y es uno de sus objetivos) una mayor autenticidad por parte del sujeto de la enunciación: al no tener un interlocutor frente al cual ubicarse, crearse como un yo con determinadas características, se supone que el texto refleja con toda fidelidad la interioridad de ese yo.

sin embargo, caben aquí dos advertencias. En primer lugar, como señalan los estudiosos del género, quien escribe un diario tiene también siempre presente un destinatario. Puede ser éste un hipotético lector en el hipotético caso de que el texto llegue a publicarse. Pero aunque esto no ocurra, el autor de un diario se desdobra al escribir; y el yo que relata vivencias pasadas no es el mismo yo que las ha vivido; es, al mismo tiempo, su narrador y su primer lector.

En segundo lugar, hay que observar que, en el caso de nuestros viajeros, tanto el diario como las cartas han sufrido un proceso de depuración, de selección, de corrección, antes de publicarse.

³. Que era, además, su tío.

Es así como en el caso de Mme. Calderón, el texto que ha llegado hasta nosotros se dirige a dar las informaciones que pueden atraer a todo lector interesado en México. Pero se han eliminado todas las referencias a la vida familiar y personal, que sólo (se supone) podrían interesar a corresponsales muy concretos.

Así pues, estas dos formas (cartas y diario) no nos llegan, en el caso de nuestros viajeros, en su versión primigenia; aunque de todos modos están más cercanos a los hechos vividos que en el caso del relato, que es la forma elegida por Löwenstern para contar su viaje alrededor del mundo. Parece lógico suponer que haya llevado una libreta de notas para consignar los datos que expone en los dos libros que publica con sus impresiones de viaje. Pero en ningún momento hace referencia a lo que constituiría la "materia prima" del texto.

Como señala Niderst, una de las características del relato de viaje es la síntesis que implica. Están descartadas las impresiones momentáneas, fugaces, que quizás se contradigan con las de la víspera o las del día siguiente. El texto se presta para una visión global, para dar sobre los hechos una reflexión más profunda, para sacar conclusiones y aventurar pronósticos a partir del presente. Se presta también para acondicionarlo con elementos obtenidos en lecturas posteriores, y, sobre todo, para analizar lo vivido a través de la luz que da el tiempo transcurrido.

En las páginas iniciales de Le Mexique... Löwenstern menciona explícitamente la fecha en que se encuentra escribiendo su "obrita" (así la define): el 26 de mayo de 1842. Han pasado, pues, casi

cuatro años desde su partida de México. En el país han ocurrido diversos acontecimientos (levantamientos de Santa Anna, regreso al federalismo) que le permiten agregar elementos al cuadro que ha trazado: no para alterarlo, sino para ratificar su diagnóstico y presentar de manera aún más acuciante la necesidad de tomar medidas "curativas".

El hecho de elegir la forma del relato, redactado un buen tiempo después de vivida la experiencia del viaje, implica también una elección más cuidadosa del material narrado. Hay hechos decantados por el tiempo, anécdotas que escapan a la memoria, o que a la luz del presente ya no se consideran significativas, y por lo tanto se omiten, dejando el espacio sólo a las que se perciben como ejemplares o tipificadoras.

Constituye, por lo tanto, un punto de gran interés el analizar la estructura según la cual el viajero organiza su materia narrativa.

Por supuesto —esto es intrínseco al género de viajes— el hilo del discurso está dado por un itinerario. Un itinerario que se desarrolla de acuerdo a una cronología. El viaje en el espacio es necesariamente un viaje en el tiempo. Pero varía, según los viajeros, la importancia otorgada al registro minucioso de lugares y fechas. Algunos privilegian uno de estos elementos, y descuidan el otro. Löwenstern, por ejemplo, es cuidadoso en la enumeración de lugares por los que va pasando —a veces simples caseríos, constituidos por media docena de chozas de indios, pero que en medio de la soledad de la sierra debieron representar para el

viajero la tranquilidad de alcanzar la meta anhelada: un techo y algún alimento. En cambio, con frecuencia deja de lado la mención de las fechas en que cubre las distintas etapas de su viaje, o las asienta equivocadamente³.

El itinerario

Según los datos proporcionados por el texto, el itinerario de nuestro viajero se extiende desde Veracruz hasta Mazatlán, donde se embarca el 23 de diciembre de 1838 rumbo a las Sandwich.

Su estancia en México se prolonga a lo largo de casi once meses, aunque esta duración no se debe a su voluntad. Tanto el mes que pasa en Tepic como los dos meses en Mazatlán obedecen a la espera de un tiempo favorable para la navegación por el Pacífico. Son etapas de inmovilidad del viajero, y a ello se debe que el relato de sus experiencias en esos lugares sea muy breve, y por demás superficial. No es difícil imaginar a Löwenstern encerrado en su residencia de turno, atento sólo a las noticias sobre los acontecimientos que pueden demorar o acelerar los siguientes pasos de su viaje .

Su itinerario puede dividirse en tres etapas fundamentales⁴:

³.Según su texto, el 24 de julio parte de México (p.298) y el 18 de Querétaro, rumbo a Celaya, de donde se marcha el 31 de julio (p.320). Probablemente la fecha correcta, en lugar del 18, sea el 29 de julio, ya que el 28 sale de San Juan del Río (p.306), pero no puede entrar esa misma noche en Querétaro porque la aduana ya estaba cerrada.

⁴ .En el Apéndice puede verse el itinerario detallado.

1. Llegada a México (por Veracruz) y viaje hacia la capital.
2. Estancia en la ciudad de México y recorridos por algunos puntos cercanos (4 meses).
3. Viaje hacia Mazatlán y partida de México (5 meses).

La segunda parte es la más extensa, y es también la parte medular de la obra. Allí cambia el ritmo de la narración. Tanto la primera como la tercera parte se caracterizan por un ritmo más ágil, en el que el tema del viaje y de los sufrimientos que implica, así como el papel de descubridor que el viajero se arroga, ocupan un lugar destacado.

En la segunda parte, en cambio, el texto es en general más descriptivo y menos narrativo. Aquí entra la presentación de las características generales del país -visto desde el centro político-; se tocan temas fundamentales como sistema de gobierno, personalidades de la política y la cultura, legislación, estado de la educación, etc., y se traza el retrato del "ser mexicano".

MEXICO EN 1838

¿Cómo era el México que Löwenstern conoció?

Evidentemente, el retrato que nos presenta en su obra es muy subjetivo; más adelante veremos cuáles son los factores que determinan su pensamiento.

Pero aun tratándose del más objetivo de los viajeros, forzosamente habrá que tomar en cuenta que la realidad se capta a

partir de una óptica determinada. Y por más que se esfuerce por completar esa visión con informes y opiniones ajenos, es mucho lo que quedará sin observar, sin analizar.

Vale la pena, pues, tratar de esbozar brevemente lo que ocurre en el país a lo largo del agitado año de 1838 en que Löwenstern recorre estas tierras.

Los periódicos de la época nos dan, casi día por día, un cuadro de situación que, aunque también tendencioso, porque atiende a una determinada postura política, permite hacerse una idea más exacta de este momento histórico⁵.

El año de 1838 comienza bajo negros auspicios. El discurso de Luis Felipe ante las cámaras francesa, a fines de 1837, es amenazador. Parte de su flota patrulla las costas mexicanas para "asegurar a los franceses que comercian con el interior [...] la justicia y la seguridad que les son debidas"⁶.

En aras de los derechos conculcados de sus súbditos, poco después enviará una escuadra más poderosa que habrá de bloquear los puertos del golfo, en tanto no se acepten las condiciones planteadas por el embajador Deffaudis en un severo ultimátum⁷.

⁵. Me basaré, sobre todo, en las informaciones que proporciona El Cosmopolita, opositor al gobierno, de tendencia federalista, que aparecía dos veces a la semana.

⁶. El Termómetro, 8 de marzo de 1838.

⁷. No es sólo México el que sufre la agresión francesa. En octubre de 1838 El Cosmopolita publica la notificación del bloqueo de Buenos Aires, hecha por el almirante Leblanc el 28 de marzo de ese mismo año. Las causas son muy similares: se acusa al gobierno de Buenos Aires de haber atentado contra la seguridad y los bienes de los franceses establecidos en su territorio.

Las hostilidades con Francia representan una grave amenaza para la integridad de la nación. Si bien considera injustificadas y excesivas sus reclamaciones (indemnización a los ciudadanos franceses por los daños sufridos en la guerra de la Independencia y los posteriores pronunciamientos) el gobierno terminará por aceptar la mayor parte de las exigencias. Como última y definitiva medida de presión, los franceses bombardean Veracruz. En la defensa del puerto se distingue el general Santa Anna. Su estrella vuelve así a ascender en el firmamento político, donde habrá de reemplazar, un par de años después, a la de Bustamante, vilipendiado por tirios y troyanos.

En el interior, el país se debate en la lucha entre centralistas y federales. Ante el caos en que se vivía en 1835, y que se atribuyó a los daños causados por el sistema federal, se aprobó en 1836 una nueva constitución, bajo el régimen centralista. Pero tampoco ésta proporciona la fórmula mágica. Diversas regiones se separan del centro (como Yucatán) o amenazan hacerlo (como Chiapas, decidido a unirse a Guatemala)*.

En el Norte, Texas acaba de constituirse en república independiente; pero continúa siendo un foco de conflictos, y la agitación se extiende ahora también a California.

La economía está — desde el nacimiento de la Nación— en absoluta quiebra. Prueba de ello, la pobreza del ejército que debería hacer frente a las bien pertrechadas tropas francesas. La

*. El Cosmopolita, 3 de febrero de 1838.

única manera de reclutar soldados es la leva, socorrido y añejo recurso de un Estado miserable. La leva, claro, es selectiva: en Veracruz, cuenta un corresponsal," por diferentes puntos se dio una especie de ataque cogiendo de leva a todos los de traje pobre que andaban por las calles: ni criados, ni artesanos, ni albañiles, ni carboneros se escaparon de esa correría"⁹.

El Presidente intenta engrosar el escuálido erario agregando nuevos —y realmente "extraordinarios"— impuestos a los ya existentes: ahora deben pagar tributo las casas de alquiler de camas, los juegos de bochas y de bolos, los lugares de tiro al blanco¹⁰.

Pero al mismo tiempo se derrocha el dinero: en la procesión de Corpus desfilan 20,000 soldados engalanados como para una función de ópera. Y la oposición pregunta si el ejército encargado de defender el territorio nacional se encuentra igualmente bien pertrechado y uniformado¹¹.

La seguridad pública constituye otro viejo problema. El propio párroco del Sagrario es asaltado en el camino de la Viña, zona de muladares que sirve de refugio a bandidos...y bandidas. Las "cuchareras", como se las denomina, integran en gran número esos grupos de delincuentes. Su punto preferido de reunión es la Plaza

⁹. El Cosmopolita, 8 de diciembre de 1838; el subrayado es mío.

¹⁰. El Cosmopolita, 8 de junio de 1838.

¹¹. El Cosmopolita, 20 de junio de 1838. Löwenstern describe en su libro esta procesión de Corpus, y también hace hincapié en la pompa desplegada.

del Volador, donde los paseantes pueden identificarlas por su "aspecto de harpías"¹².

La insalubridad de la capital es otro problema inquietante. Ha pasado apenas un lustro desde que el cólera hizo estragos en la población. Razón por la cual el Ayuntamiento, desconfiando de los recursos de la ciencia, hace traer desde su santuario a la Virgen de los Remedios para que se le rece un novenario¹³.

Otra ceremonia religiosa, en el mes de octubre, causa mayor impacto en la población: las honras fúnebres a los restos de Iturbide, solemnemente depositados en la Catedral.

El homenaje a uno de los autores de la Independencia, convertido poco después en monarca despótico, ratifica la índole conservadora del gobierno de Bustamante, y como tal es objeto de las críticas y el sarcasmo de la oposición. Pero revela al mismo tiempo un pensamiento que va tomando forma cada vez más precisa entre las clases dominantes. Ni el centralismo ni el federalismo pueden salvar al país. Hay que buscar una nueva fórmula, una fórmula que ya se había intentado en los primeros tiempos de la Nación.

Dice Josefina Z. Vázquez:

[En 1840] por primera vez se oyó una voz que claramente se abocaba a una monarquía con un príncipe extranjero. Gutiérrez

¹². El Cosmopolita, 3 de febrero de 1838.

¹³. El Cosmopolita, 17 de marzo de 1838.

Estrada proponía ese cambio en una carta pública a Bustamante: "Quién quita que un cambio de sistemas obre una transición pronta y saludable y renazca México de sus cenizas y se levante de su miseria, del lecho de muerte en que yace". La furia pública se levantó contra el monarquista [...] y éste tuvo que abandonar el país¹⁴.

Pero desde su exilio europeo continúa buscando apoyo para su proyecto, que se verá realizado dos décadas después. Cuando la Junta de Notables ofrece en 1863 la corona a Maximiliano, lo hace bajo los siguientes presupuestos:

1º Que el sistema republicano, ya bajo la forma federativa, ya bajo la que más centraliza el poder, ha sido el manantial fecundo en muchos años que lleva de ensayarse, de todos cuantos males aquejan a nuestra patria, y que ni el buen sentido, ni el criterio político, permiten esperar que puedan remediarse sin extirpar de raíz la única causa que los ha producido.

2º Que la institución monárquica es la sola adaptable

¹⁴ Josefina Z. Vázquez, "Los primeros tropiezos", Historia general de México, t. 3, p.31. Mme. Calderón narra este episodio en sus cartas. Como amiga de la Condesa de la Cortina —suegra de Gutiérrez Estrada— comparte la preocupación de la familia ante la persecución de que éste es objeto. Y no deja de subrayar que el folleto no es obra de un cerebro alucinado, sino que expresa una opinión bastante general: "On prétend que muchas personas notables de aquí profesan la misma opinión; pero aun en el caso de que sus voces se arriesgaran a confesarlo, no podrían detener la corriente de la indignación pública" (La vida en México, p. 202).

para México, especialmente en las actuales circunstancias, porque combinándose en ella el orden con la libertad, y la fuerza con la justificación más estricta, se sobrepone casi siempre a la anarquía, y enfrena la demagogia, esencialmente inmoral y desorganizadora¹¹.

Cada uno de los términos - y el cotejo resulta penoso- parece salido de la pluma de Löwenstern: la condena radical al sistema republicano, la afirmación de la monarquía como la forma de gobierno más apropiada para México, el rechazo de la "anarquía" y la "demagogia", caminos hacia la inmoralidad y el desorden.

Conceptos que no sorprenden dentro de la ideología del viajero austriaco. Pero resultan una triste confesión en boca de unos hombres que niegan a su propio país la posibilidad de hallar en sí mismo los medios para vencer sus problemas. Pesimismo radical que vuelve a repetirse en tiempos más cercanos.

Volviendo a nuestro viajero, analizaré ahora su visión sobre este México que conoció en el agitado año de 1838.

¹¹Cf. A. Matute , México en el siglo XIX, p. 298.

LOWENSTERN FRENTE A MEXICO: UNA VISION PREJUICIADA

Como ya he señalado, todo escritor de viajes parte de una serie de esquemas preestablecidos, ya sea para reafirmarlos o para negarlos. Löwenstern no es una excepción: más bien una de las características de su obra es que, sin representar ciertamente una de las cumbres del género, reúne y sintetiza muchos de estos preconceptos, se constituye en paradigma de esta actitud.

¿De dónde proceden estos preconceptos?

Antonello Gerbi, en su documentadísimo y apasionante estudio La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900, rastrea el proceso que sigue el pensamiento europeo sobre América a lo largo de la Ilustración y el siglo XIX. Gerbi elige como hilo conductor las teorías de Buffon sobre la naturaleza americana, retomadas luego por el abate De Pauw. Teoría que abruma a todo lo americano con la condena de una supuesta inferioridad, y que, como se sabe, despertó en las conciencias criollas una apasionada reacción de protesta, dando pie a numerosos textos que buscaban dar un mentís a esas teorías.

Esta "inferioridad" de lo americano, que se refleja supuestamente en todas sus manifestaciones (desde el suelo hasta las razas que lo habitan, pasando por plantas y animales) es uno de los presupuestos que están en la mente de los viajeros europeos, aun varias generaciones después de Buffon, y se van a extender,

también, a otros campos: la política, la cultura, la educación.¹⁶

Otro tópico que se encuentra en ellos —consecuencia "lógica" de lo anterior— es la incapacidad del americano para la creación: son excelentes imitadores, de ahí su habilidad para las artesanías, por ejemplo. Pero no se puede esperar nada original salido de sus manos. Un prejuicio ya desmentido por Clavijero en su Historia antigua de México: "Muchos, concediendo a los mexicanos una grande habilidad para la imitación, se la niegan para la invención. Error vulgar que se ve desmentido en la historia antigua de la nación ". Y en una nota justifica esta apreciación: "Las artes que ejercían los mexicanos, especialmente sus obras de fundición y de mosaico de pluma, convencen de que su genio no es tan infeliz como se piensa para la invención"¹⁷

Pero este tipo de defensas no parece haber hecho mella en el arraigado prejuicio de los que se consideraban cuna y centro de la cultura occidental¹⁸.

¹⁶. Löwenstern afirma que la región vecina a a Mazatlán está "poblada por panteras y leones [...] de raza pequeña, en nada comparables con los del viejo mundo" (p. 398). Igualmente los toros mexicanos que ve en una corrida "no son tan fuertes ni tan feroces como los de Europa" (p.141).

¹⁷.Francisco X. Clavijero, Historia antigua de México, t. 1, p. 52.

¹⁸. Al hablar de los indígenas dice Löwenstern: "Su talento más acentuado es el de la imitación, que poseen en grado superior, y sus obras en cera [...] son la mejor prueba[...]. Nunca encontré en ellos una obra que revelase el genio de la composición, ni gusto, cualidades que, por lo demás, sólo podrían desarrollarse mediante la teoría y los modelos clásicos que les faltan por completo"(p. 181). Pero aun cuando los tuvieran a su alcance, dirá tácitamente el mismo Löwenstern, no pueden llegar a la genialidad.

A estos prejuicios que tienen carta de ciudadanía en todos los viajeros europeos, hay que agregar los que trae cada uno por separado, de acuerdo con su nacionalidad, su cultura o su clase, por citar sólo algunos factores determinantes.

Löwenstern proviene de un país germánico, que en un momento dado — gracias, en buena medida, a las expectativas abiertas por Humboldt— vio en América, y en México en particular, el "cuerno de la abundancia" que tras la emancipación de España se abría a la explotación de nuevas potencias europeas, más industrializadas que la metrópoli. Brígida von Mentz ha analizado la evolución de esa visión sobre México, y la decepción ante el fracaso de las compañías mineras que, entre otros factores, no pudieron soportar la competencia de las inglesas¹⁸.

Este "fracaso" hace que la visión sobre México se vuelva aún más negativa; a la vez, en el caso de Löwenstern, por ejemplo, se manifiesta una mezcla de admiración y hostilidad hacia los empresarios ingleses que sí —al menos hasta ese momento, como no deja de acotar nuestro viajero— han sabido sacar provecho de las explotaciones mineras. Al mismo tiempo, se produce un cambio de orientación: Löwenstern aconseja una y otra vez volver los ojos al

Al visitar en Guadalajara la recién creada Academia de Bellas Artes, afirma: "Sin encontrar entre los alumnos talentos extraordinarios, observé varios cuyas disposiciones eran buenas y copiaban con exactitud los modelos que tenían ante sí" (p. 354).

¹⁸. Brígida von Mentz de Boege, México en el siglo XIX visto por los alemanes.

cultivo de la tierra, abandonando los fatales espejismos de la riqueza minera de estos países, que han llevado a la ruina a tantas familias europeas.

Otro factor que incide en la visión de Löwenstern es el hecho de que profese la religión católica. A diferencia de los viajeros anglosajones, defiende en todo momento a la Iglesia en México, como factor que asegura el orden social. Sus críticas, en todo caso, apuntarán a lo que considera un peligroso sincretismo entre las creencias prehispánicas — demasiado toleradas por el clero, según él, en nombre de un afán evangelizador mal entendido²⁰— y las creencias cristianas.

Por último, otro factor determinante es su fe monárquica y su convicción de que ése es el único sistema que puede redimir a México. De ahí su crítica al sistema republicano, en general, y a la historia contemporánea de México, en particular.

He aquí, enunciados someramente, los factores que influyen, y hasta determinan, la visión de Löwenstern sobre el país. Señalaré ahora, también brevemente, los temas de mayor importancia en su obra. Como ya mencioné, no existe mayor originalidad en la selección de esos temas. Tampoco es Löwenstern un observador demasiado profundo, ni la brevedad de su estancia en México le permite captar los aspectos más complejos de esa realidad.

²⁰. M, pp. 123-124.

El panorama que traza Löwenstern sobre México podría dividirse en tres etapas: el pasado prehispánico y colonial; el presente republicano, oscilando entre el federalismo y el centralismo; el futuro, del que traza un pronóstico.

EL PASADO

La historia antigua de México, como ya hemos visto, es un tema que apasiona a todos los viajeros.

En el caso de Löwenstern, por tratarse de un hombre con aficiones arqueológicas, su interés por indagar en las antigüedades mexicanas es un elemento que aparece reiteradamente en el texto. En gran medida —aunque la exploración de los monumentos prehispánicos ya se había iniciado de manera "científica" en el siglo XVIII— permanecían desconocidos infinidad de sitios arqueológicos. Y sobre todo se mantenía en el misterio —aunque era objeto de debate, en el que Löwenstern participa con sus propias teorías²¹— el origen de esos monumentos. La aparente similitud entre las pirámides prehispánicas y las egipcias hacía que algunos investigadores remontaran a las segundas la filiación de las primeras.

Vale la pena destacar, porque es una realidad que se repite a lo largo de nuestra historia, que en ese momento son los extranjeros los que muestran mayor interés por esta faceta de las culturas americanas. Como ya señalé, el propio Löwenstern embarca

²¹. M, cap. XIX.

hacia Europa sus colecciones de objetos prehispánicos. En algunas ocasiones menciona dónde los ha obtenido: en Teotihuacán, por ejemplo. En otros no. Y —un hecho significativo— en algún caso se queja de la "necedad" de los indígenas que se niegan rotundamente a venderle "sus ídolos" o "sus antiguos manuscritos" , lo cual hace que se vea disminuido el botín (la palabra es del propio Löwenstern, y es muy reveladora) que pretende llevar a su tierra²².

Löwenstern no se dedica a trazar la historia de los pueblos que habitaron México antes de la llegada de los españoles, como hacen otros viajeros²³. Solamente a través de algunos objetos que contempla en el Museo Nacional (piedra de los sacrificios, tira de la peregrinación de los aztecas, genealogía de los reyes hasta Moctezumna) deja entrever que conoce al menos su significado.

Es más explícito —aunque nunca dedica un apartado al tema— al hablar de la Conquista, sobre la que ha hecho lecturas que cita textualmente²⁴. Cortés es una figura que cobra una dimensión heroica en su texto, donde llama la atención la frecuencia con que lo menciona²⁵.

Al presentar la Conquista, y la dominación subsiguiente, Löwenstern muestra cierta dualidad. Por un lado, ese puñado de hombres heroicos, audaces, que conquistan un territorio densamente

²². M, p. 258.

²³. Humboldt, Bullock, Mayer, entre otros.

²⁴. M, p. 46.

²⁵. Volveré más adelante sobre su exaltación de la figura de Cortés.

poblado de enemigos, le despierta admiración. De acuerdo con su visión católica, obviamente, la evangelización es un hecho beneficioso para esa masa entregada al culto de divinidades crueles y de aspecto "monstruoso"²⁶. A la vez, no puede dejar de señalar que esa conquista se dio al precio del aniquilamiento de millares de indígenas ²⁷.

En su visión de la obra colonizadora de la metrópoli se mezclan la evocación melodramática de prototipos acuñados por la Leyenda Negra -su referencia a Felipe II, el hombre que "ordenaba sus destinos [los de América] desde el fondo del Escorial"²⁸- con la crítica de un pensamiento ilustrado a la cortedad de miras de España que sofocó el desarrollo económico de sus colonias (prohibición de cultivar la vid y el olivo) y no permitió el desarrollo de las ciencias en sus posesiones de ultramar ²⁹. Sin embargo, en definitiva aprueba a España, y sus errores, cometidos "de buena fe" le parecen menores ante la "catástrofe" que ve producirse con la Independencia.

Recordemos que la Independencia se había consumado hacía menos de 20 años, tras una guerra desoladora que Löwenstern,

²⁶. M, p. 106.

²⁷. M, p. 213.

²⁸. M, p.81.

²⁹. M, p.103.

atinadamente, califica de "civil" ³⁰. Los viajeros pueden contemplar los estragos producidos en el país, sobre todo en las zonas rurales, y hasta encontrarse con "un cañón de 18" abandonado, semienterrado ya en la cima de una montaña.

Los personajes que ocupan la escena pública deben el puesto, en buena medida, a su actuación en esas guerras: ya sea que cambiaran oportunamente de chaqueta, como Iturbide o Anastasio Bustamante, o se enrolaran desde el comienzo en las filas independentistas, como Guadalupe Victoria.

Löwenstern tampoco traza un panorama histórico de las guerras de Independencia³¹. Lo que sí hace, ocasionalmente, es relatar algún hecho de armas, como la batalla de Puente Calderón (1811), expresando claramente sus simpatías por el bando realista: a la táctica y a la sagacidad de Calleja opone la indisciplina de las masas indígenas que siguen a Hidalgo. Pero no deja de reconocer que lo que finalmente inclina la victoria a favor de los realistas es un hecho fortuito: el incendio del polvorín de los insurgentes.

En esa batalla muere uno de los jefes realistas, el conde de la Cadena. Es significativa la manera como Löwenstern relata el episodio: destaca la valentía del conde que se arriesga solo entre

³⁰. M., p. 378. Como sabemos, en todas las guerras por la independencia de nuestra América, no se enfrentaba un país contra otro, sino que en muchos casos quienes comandaban las fuerzas realistas eran criollos, lo mismo que sus adversarios; y ambos ejércitos reclutaban sus soldados entre la población local.

³¹. Como sí hace Becher, quien dibuja una breve semblanza de ese período en sus cartas; en este caso, en un relato dirigido a sus hijos. Vale la pena recordar que Becher, a diferencia de Löwenstern, tiene un pensamiento liberal (op.cit., pp. 129-133).

las filas enemigas, para caer en una emboscada donde lo enlazan y lo deshacen "cien armas diferentes". Está implícita aquí la confrontación entre una forma "civilizada" de pelear (la del noble) y una forma "bárbara" (la de los indios). Esta última, condenada finalmente a la derrota, aunque antes hayan podido victimar a una figura tan destacada como la del conde.

EL PRESENTE

Löwenstern dedica un capítulo completo ²², con el que cierra la descripción de su estancia en la capital, a presentar a los que considera los personajes más destacados del presente o del pasado inmediato.

Los agrupa en dos bandos: hombres de orden y hombres de la anarquía (es decir, conservadores y liberales). Los primeros son objeto de alabanza, o en todo caso, de una crítica menos acerba: sus acciones "equivocadas" son siempre fruto de malos consejos, y en último caso pueden llegar a encauzarse por el buen camino.

Destaca en este primer grupo Agustín de Iturbide, objeto de numerosas referencias a lo largo de la obra. La figura de Iturbide era, y es, una figura polémica. El propio Löwenstern refleja este debate que durante su visita a México se encontraba en uno de sus momentos más álgidos: coincidiendo con la orientación conservadora

²². Cap. XX, "Hombres de Estado y militares célebres".

del gobierno de Bustamante, los restos del ex emperador, después de una pomposa ceremonia fúnebre, fueron enterrados en la Catedral, donde permanecen hasta hoy. Los periódicos de la época atestiguan las enconadas opiniones que se vierten en favor o en contra de esta rehabilitación de la memoria de Iturbide³³.

El retrato que Löwenstern traza de Iturbide es ambiguo: lo acusa de traidor, de cruel, de ambicioso, de parvenu. Pero también lo califica de valiente y audaz, y lo asocia con Napoleón, uno de sus personajes más admirados. A través de la figura de Iturbide logra un doble efecto: en 1º lugar, lo erige en prototipo de las víctimas de la ingratitud de un pueblo tan "inconstante" como el mexicano -una de las tantas acusaciones con que abruma el carácter nacional. En 2º lugar, rescata de su Plan los aspectos que coinciden con sus propias tesis monárquicas, y lo presenta como el precursor de la forma de gobierno más apropiada para México, la que lo libraría del desastre.

Del presidente Bustamante hace un retrato bastante favorable, aunque lamenta que no use la "mano fuerte" que haría falta con sus enemigos, lo cual habría de llevarlo a su caída (sublevación de Santa Anna).

Quien sí posee -según Löwenstern- esa "mano fuerte" es el general Cortazar, a quien conoce personalmente y de quien hace

³³. Las ceremonias se efectuaron del 24 al 27 de octubre de 1838. Löwenstern ya no se encontraba en la capital, pero debe haber sido testigo de las discusiones previas a este suceso.

numerosas y siempre laudatorias menciones ¹⁴.

Un personaje que también aparece repetidas veces bajo su pluma es Lucas Alamán. Es conocida la labor de Alamán en favor de la industrialización del país, y el apoyo que para ello brindó a las empresas extranjeras. Löwenstern, que recibe una amable acogida de su parte, destaca sus grandes cualidades, su obra infatigable tanto en el campo de la economía como de la cultura y la beneficencia¹⁵. Y acota finalmente que Alamán, "cansado de bogar en medio de la anarquía" en 1838 ocupaba "puestos menos aparentes" y se dedicaba "a la difícil tarea del desarrollo de la industria en su patria"¹⁶.

Frente a las figuras de los conservadores aparece el retrato de los liberales ("el partido democrático"). Aunque no están en el gobierno, trabajan para recobrar el poder, ya sea agitando las pasiones del pueblo, o en francos "pronunciamientos", como el de Urrea (octubre de 1838), en pro de la restauración del sistema federal.

Gómez Farías y Gómez Pedraza son pintados con los más negros colores. Del primero (que había regresado en febrero de ese año de su exilio en los Estados Unidos, en medio de una recepción triunfal por parte de la mayoría de la población¹⁷) dice que es nada menos que "un revolucionario de la escuela del Terror" , aunque no

¹⁴. M, pp. 288, 323, 349.

¹⁵. M, pp. 111, 116.

¹⁶. M, p. 286.

¹⁷. El Cosmopolita, núm. 22, 21-II-38.

presenta ninguna prueba en apoyo de tan dramática afirmación.

El general Santa Anna no puede estar ausente en el marco de lo que Alamán denominó precisamente "la era de Santa Anna". Löwenstern lo llama "jefe de pretorianos" y presagia (cosa bastante sencilla de hacer, ya que escribe cuando se había realizado su profecía) que se convertiría en dictador. En lo que se equivoca es en augurar que, llegado al poder, su reinado "sólo podría ser temporal"³⁰. Los sucesivos ascensos y caídas de Santa Anna forman uno de los capítulos más significativos de la historia de México en el siglo XIX.

LOS TEMAS DEL VIAJERO

Todo viajero elige un ángulo de observación, un hilo conductor a través del cual enhebra su relato. Löwenstern declara explícitamente cuál es el suyo, al comenzar el capítulo XI, titulado precisamente "Costumbres mexicanas":

La descripción del suelo, la enumeración de los productos, no son suficientes para juzgar un país; es el conocimiento de la nación que lo ocupa, el de sus costumbres y sobre todo su carácter, lo que debe reglamentar las relaciones que se proyectan con ella.

³⁰. M, p. 288.

Ya hemos visto que no hay textos "desinteresados" o "gratuitos". En el caso de nuestro autor, en ningún momento se pretende siquiera fingir ese desinterés. Está muy claro que todo se observa, se analiza y se atestigua con una finalidad posterior: crear con México un nuevo tipo de relaciones, que evidentemente implican la intervención de naciones más "iluminadas".

El libro de Löwenstern, dada esta finalidad, pretende ofrecer una visión lo más completa posible del país. Otros viajeros se limitan a enfoques más parciales: lo económico, lo arqueológico, lo científico. Löwenstern va a dar — con lagunas que son cubiertas por otros viajeros : por ejemplo, el sistema carcelario, la educación en sus diversos niveles, etc.— una visión somera pero bastante completa del México que él vio y sobre el que, evidentemente, siguió reuniendo información una vez de regreso a su patria.

Podemos desglosar cinco temas fundamentales que estructuran su descripción de México:

- 1) Las instituciones.
- 2) La economía.
- 3) Las razas.
- 4) Las costumbres.
- 5) La educación, la ciencia y la cultura.

1) Las Instituciones

Löwenstern dedica dos capítulos²⁹ a analizar el sistema de gobierno vigente durante su visita , y a trazar un breve panorama de los que rigieron al país a partir de la Independencia. No deja de mencionar un hecho que se da en toda América en esta primera mitad del XIX, que es la sucesión de constituciones y formas de gobierno efímeras, que traen consigo una enorme inestabilidad política. Pero frente a un hecho caben siempre diferentes interpretaciones, de acuerdo con la idea preconcebida de quien lo analice: para el monárquico Löwenstern, lo que está detrás de esta anarquía es un error fundamental: haberse apartado de la forma de gobierno que México recibió de España para optar por la copia de un modelo extranjero: el sistema republicano de los Estados Unidos.

Durante su estancia en México el país se rige por una constitución centralista, y este sistema, aunque "minado" por la democracia, le parece preferible al "horror" del sistema federal.

En el cap. VII se interesa por la estadística de población, poco fiel por cierto, debido a la dificultad de establecer datos concretos. Y sobre todo, añade el siempre suspicaz Löwenstern, por la costumbre mexicana de "agrandar cifras" para enaltecerse por cuanto medio sea posible.

Es significativo el espacio que dedica a reseñar los efectivos con que cuenta el Ejército, dotado con un armamento escaso y

²⁹. Cap. VI, "Gobierno" y VII, "Población. Estado militar".

anticuado, y con un sistema de reclutamiento —la leva, que a veces se realiza aun en las prisiones— que no permite esperar gran cosa del soldado; aunque no deja de reconocer su capacidad de sacrificio, y lo económico que le resulta al erario: un puñado de frijoles, y ya se ha resuelto su manutención.

En la minuciosidad con que describe — siempre salpicándolo con alguna crítica— el uniforme de los diversos regimientos, y dentro de ellos los de cada jerarquía, quizás pueda percibirse una formación militar del autor, que lo hace inclinarse a esos detalles (uniformes, galones, charreteras, etc.) , aunque no dispongo de ningún dato que confirme esta suposición. Lo que sí está claro es que detrás de su descripción del pobre armamento del ejército —no hay dos cañones del mismo calibre, según él— se desprende lo sencillo que sería derrotarlo, en caso de tener que emplear la fuerza para devolver al redil monárquico a esta discola nación.

La Iglesia

En este punto Löwenstern difiere radicalmente de la visión que ofrecen los viajeros protestantes, lo cual es absolutamente lógico dada su propia pertenencia a esa Iglesia y su adhesión a los principios más conservadores de la misma.

En primer lugar, contra la visión de la Leyenda Negra, Löwenstern hace valer la función benefactora de la Iglesia en las colonias (tema que destaca sobre todo al hablar de los hospitales) Remontándose hasta la Edad Media europea, defiende su papel

"iluminador" y llega a afirmar que si en una época buscó, y defendió, tan acendradamente el poder, fue "por motivos caritativos"⁴⁰: para tener los recursos con que ejercer sus obras piadosas. En esta visión de la Iglesia recoge el pensamiento de los románticos conservadores, como Chateaubriand. Löwenstern, defensor del trono y el altar, observa con preocupación el porvenir de la Iglesia en México, amenazada por las corrientes liberales, y da un grito de alarma. Si bien reconoce algunos "errores" de la Iglesia mexicana (no puede dejar de hacer referencia a las numerosas propiedades y abundantes rentas eclesiásticas), los presenta como un "mal menor" frente al hecho fundamental de que la religión y la moral son los "precursores" (sic) del orden público

".

Lo que sí le reprocha a la Iglesia colonial es el haber permitido un sincretismo en cultos y creencias. Justamente lo más valioso de la labor de los misioneros, su rescate de los elementos religiosos autóctonos, y su afán por integrarlos a las creencias importadas desde el Viejo Mundo, es criticado por Löwenstern como algo peligrosamente heterodoxo y que a menudo se confunde con la superstición. Tal crítica aparece en numerosas ocasiones, cuando le toca presenciar alguna festividad religiosa, sobre todo en los pueblos. En esto se asemeja a los viajeros anglosajones —aunque sin llegar como ellos a la burla abierta—; para su mentalidad europea,

⁴⁰. M, p. 121.

⁴¹ M, p. 129.

estas fiestas populares donde lo religioso y lo profano se unen en manifestaciones de enorme vitalidad, son objeto de franca censura⁴².

En Temixco, por ejemplo, cuando presencia las ceremonias del Viernes Santo, apunta que éstas se adornan con la misma pompa exterior con que en Europa se rodeaban durante la Edad Media. Me parece interesante destacar este "desfasaje" apuntado por Löwenstern: América vive en el siglo XIX lo que Europa vivió cinco, diez siglos antes. Una teoría que se ha prestado para muchas reflexiones ésta del "desajuste cronológico" en que supuestamente vivimos en América⁴³.

2. Economía

La economía es un tema al que se dedica un importante espacio en la obra. Está vista, fundamentalmente, en función de los intereses europeos, en particular, claro, de los germánicos. Para ello, Löwenstern traza un panorama de los recursos del país, su grado de explotación, sus posibilidades futuras, y en algunos casos hace un poco de historia de sus recursos económicos (sobre todo en la minería).

⁴². M., pp. 124, 179, 204.

⁴³. No voy a dedicarme aquí a desarrollarla y menos a discutirla, porque sería tema para otra tesis. Pero me remito al lúcido ensayo de Alfonso Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana" de 1936 (es decir, un siglo después del viaje de Löwenstern) donde cuestiona este supuesto "desajuste" en el cual, obviamente, siempre quedamos atrás de la hora que marca el reloj de la llamada "civilización".

Al referirse a los recursos naturales del país, Löwenstern se detiene en los dos elementos que constituyen sus principales fuentes de riqueza: la minería y la agricultura.

La minería

Löwenstern coincide con muchos otros viajeros (Lyon, Becher, Mayer, Ward) en la importancia de este recurso, que a lo largo de los siglos coloniales hizo de México un lugar de mítica prosperidad.

En la década de los veinte se forman en Europa varias compañías mineras que llevadas por esta fiebre del oro, invierten fuertes capitales en México. En la década siguiente, sin embargo, ya ha decrecido el entusiasmo, y se han visto con más realismo los problemas que conlleva el poner nuevamente en funcionamiento minas abandonadas y deterioradas durante diez años de guerra. La obra de Becher ya revela este decrecimiento del entusiasmo inicial. La de Löwenstern marca un paso más adelante: aconseja a los inversionistas europeos que no se dejen llevar por el espejismo de una riqueza, si no siempre inexistente, sí azarosa e insegura, debido a múltiples causas, entre las que destacan las injustas leyes mexicanas, que no reconocen el esfuerzo de los extranjeros, y la mala voluntad de los mineros del país. Deja de lado en la enumeración de "culpabilidades" un factor esencial: la desventajosa competencia de los alemanes con Inglaterra, dotada no sólo de capitales más fuertes, sino de sistemas muy perfeccionados de explotación minera. Pero en la extensa descripción de las dos

regiones mineras que visita —Real del Monte y Guanajuato— no puede dejar de alabar el "casi perfecto" sistema de explotación de las compañías inglesas.

A pesar de desaconsejar abiertamente a sus compatriotas el dejarse llevar por estos "fuegos fatuos" que los hacen soñar con fortunas sin cuento, no por ello deja de lado la minuciosa descripción de las zonas mineras y del proceso de amalgamación del metal. Descripciones muy técnicas, en las que recurre con frecuencia a los términos españoles — los usados en el lugar— que por su mal manejo del idioma muchas veces se vuelven incomprensibles".

En Real del Monte Löwenstern hace una muy somera descripción del paisaje (a pesar de calificarlo de hermosísimo, lleno de "salvaje belleza" y poblado por "los parajes más románticos") para explayarse en cambio largamente en la descripción de los tiros de las minas, el rendimiento de los mineros, su salario, el trabajo en las haciendas de beneficio, el sistema inglés y el español para la extracción del mineral, etc. Mme. Calderón, que pocos años después (1840) visita este mismo lugar, elige el recurso contrario. Señala irónicamente —saber burlarse de las convenciones masculinas es uno de sus rasgos característicos— que deja para los señores la descripción de la técnica, y en cambio ella asume mansamente lo que se espera de una mujer :que se deleite y se explaye en el

“."La torta es rendita" dice por ejemplo, refiriéndose a una de las etapas de la operación realizada con el mineral; y él mismo traduce (?): "l'amalgamation est faite"(p.236).

paisaje. Y así lo hace⁴⁴.

La agricultura

Aunque se interesa abiertamente en el porvenir de la minería en México, y sus datos están reunidos con la intención de orientar al respecto a sus compatriotas, Löwenstern se muestra finalmente más inclinado a aconsejar que se invierta en la otra fuente de riqueza, la más segura y "renovable". Allí está la verdadera riqueza de las naciones. Curiosamente, sin embargo, no dedica tanto espacio al sistema de trabajo y explotación de las haciendas como al de las minas: sólo lo hace al visitar en Morelos una hacienda azucarera. De paso, compara lo que puede rendir un esclavo —en base a lo que vio en una hacienda habanera— y un trabajador libre, y encuentra que no hay grandes diferencias. Otra vez la ideología encauza las conclusiones: su compatriota y contemporáneo Becher, hombre de ideas liberales, partiendo de esta misma situación — el trabajo en las haciendas— hace una apología antiesclavista:

Después asistimos al proceso de fabricación del azúcar, de todo lo cual fue para mí lo más interesante ver por dondequiera sólo trabajadores libres y, por consiguiente, me

⁴⁴. "Para todos estos temas os remito a Humboldt y Ward, que se ocupan de ellos doctamente, y no he de fastidiaros con observaciones superficiales acerca de una materia tan importante. Además, debo confesaros que las más de las veces mi atención, desentendiéndose de las minas y de las máquinas, y de las obras del hombre y de las discusiones que a propósito de ello se suscitaban, se concentraba ante todo en la soberbia naturaleza que nos rodeaba" (op. cit., p.129; los subrayados son míos).

dije para mis adentros: ¡cuán falso es lo que sostienen los colonos norteamericanos de las provincias del sur [...] de que el cultivo del llamado producto colonial y la fabricación especialmente del azúcar no pueden ser llevados a cabo sin esclavos![...] Hizo mucho bien a mi corazón ver cómo los trabajadores de aquella hacienda (era día de raya) , por centenares, como hombres libres, eran pagados, y me dije: lo que en este país es posible lo es asimismo en otros y por eso deberá serlo también en Norteamérica y en las Indias: que el esclavo llegue a ser un jornalero libre“.

Es en el relato de su viaje hacia Mazatlán donde Löwenstern hace más explícita su teoría de que la riqueza del suelo, bien explotada, es la mejor fuente de recursos para el país: al pasar por Celaya, por ejemplo, o por las cercanías de Guadalajara. La visión que Löwenstern presenta es la de un colonizador: el hombre que piensa radicarse en un lugar, o invitar a otros a que se instalen en él. Recordemos que en este período diversas naciones latinoamericanas, como por ejemplo Chile, envían representantes a Europa para atraer inmigrantes a su tierra. Y Alemania es uno de los países que reciben más ofrecimientos“7, que en algunos casos

“7. Becher, op. cit., p.106.

“7. El viaje de Sarmiento a Alemania, en 1847, tiene, además de la búsqueda de modelos educativos, esta misión: cf. su carta a D. Manuel Montt, fechada en Gotinga el 5 de junio de 1847, e incluida en sus Viajes.

fueron atendidos".

El comercio

Löwenstern dedica especial atención a este aspecto de la economía, que es donde más se pone en juego una relación entre países.

Recordemos que en su declaratoria de desembarco se presenta como comerciante, y trae varias cartas de recomendación para sus colegas de Veracruz. A lo largo de la obra, como ya señalé, no hay referencias a su actividad en este rubro. Sin embargo, en los capítulos dedicados a su descripción de la ciudad de México y las costumbres de sus habitantes, trae datos muy precisos sobre costos de diversos artículos (alimentos, objetos suntuarios, libros, etc.), que revelan una visión y una intención comercial.

Resulta un tanto sorprendente en su texto, a nivel estilístico, la frecuencia con que interrumpe un trozo costumbrista (la descripción de un atuendo femenino o una montura "típica", por ejemplo), con la exposición de los precios exactos de cada prenda:

Las damas de México[...] para ir a misa han conservado la mantilla, ese atuendo noble y elegante, y los vestidos de color oscuro o negro. Una mantilla con hermosos encajes

"Entre los casos más interesantes encontramos el del Carl Christian Sartorius, que llegó a México hacia 1824, en busca de aires más liberales que los que se respiraban en su tierra, y creó en Veracruz un verdadero emporio agrícola-ganadero en su hacienda "El Mirador". Varias de sus obras están encaminadas a fomentar, precisamente, la inmigración de sus compatriotas.

asciende, en este país, de 120 a 150 pesos (660 a 825 fr.)".

Este "tropiezo" en el estilo se explica muy bien, sin embargo, si atendemos al objetivo ulterior del viajero: esclarecer a sus compatriotas sobre lo que les conviene exportar a México.

La misma finalidad tiene su detenida descripción geográfica y costumbrista de los puertos del Golfo y del Pacífico que conoce personalmente: Veracruz y Mazatlán. La enumeración de los accidente geográficos (escollos, arrecifes, épocas de calma, huracanes) atiende a advertir sobre los peligros de la navegación en ciertas zonas o estaciones de año. Y la reseña sobre las diferentes nacionalidades que ejercen el comercio en Mazatlán, puerto que ha desplazado en importancia a Acapulco en lo que al comercio por el Pacífico se refiere, responde al mismo objetivo de poner sobre aviso a quienes proyecten instalarse en estas tierras, o establecer relaciones con ellas.

Se trata, pues, como ya he dicho, de la visión del colonizador que se instala, frente a la del simple explotador que "pasa" por un lugar, o, en todo caso, hace de ese lugar (como los ingleses en Real del Monte) una réplica, lo más fiel posible, de las aldeas de su tierra natal.

Esta visión de colonizador explica también la importancia dada en el libro a otro tema: la población del país, en especial las razas autóctonas que conforman las mayorías.

" M, p. 138.

3. Razas/población

Este punto, que constituye el tema de un largo capítulo¹⁰, asoma además en muchos otros momentos del texto, lo cual muestra la importancia que se le atribuye. La reiteración apunta a lo que señalé más arriba, y que el propio Löwenstern se encarga de reafirmar: para establecerse en un país, es fundamental conocer los recursos humanos con que se cuenta. Si los inversionistas europeos que se dejaron fascinar por el espejismo de la minería mexicana, dice Löwenstern, hubieran conocido "entre qué gentes estaban", hubieran sido mucho más cautos.

En un interesante estudio señala Brigitte Lameiras:

Hay dos grandes épocas en que los ojos de Europa se dirigen al resto del mundo y producen un movimiento de descubrimientos, aventuras y fenómenos migratorios: el siglo XV-XVI que abre nuevas rutas, y el XIX, en que se sientan las bases para el dominio colonial y comercial de las naciones industrializadas¹¹.

En consecuencia, señala Lameiras, es en ambos momentos cuando se presta particular atención a las poblaciones nativas, aunque bajo diferentes perspectivas: en los siglos XV y XVI, se trata de conocer al indígena para "conquistarlo y civilizarlo"; en el XIX,

¹⁰. Cap. XIII, "Los indios. Las razas mezcladas".

¹¹. Brigitte Lameiras, Indios de México y viajeros extranjeros. Siglo XIX, p. 15.

para "calcular su fuerza de trabajo y la forma más conveniente de tratarlo". Y agrega este comentario, que se ajusta muy bien a la visión de nuestro autor:

Las críticas que de Latinoamérica hacen los viajeros como representantes de países imperialistas tienen el fin de justificar la propia intromisión ante el "fracaso" peninsular, que han de cargar con la culpa de la miseria del indígena y de la superficialidad de la aculturación lograda²².

Löwenstern traza un panorama de la situación racial de México en la época en que él lo visita. Se remonta primero al pasado español, cuando la sociedad estaba rígidamente dividida en "castas", para señalar que después de la Independencia esta división se limitó a dos: los "mexicanos" y los "indios". En el primer grupo ubica a los hijos de los españoles y a los mestizos; en el segundo, "tanto a los que han conservado su raza pura como a los nacidos de su comercio con los negros" ²³.

No deja de apuntar, sin embargo, la movilidad social producida por la Independencia, por la cual un indígena rico puede aspirar a figurar en el primer grupo; caso bastante excepcional, por cierto, y del que no da ningún ejemplo.

²². Ibid.

²³. M., p. 145.

Los rasgos morales que caracterizan a este sector de la sociedad son, según Löwenstern, la ignorancia, la pedantería, el patriotismo, la inmoralidad a nivel familiar, la pasión por el juego . Reconoce, sin embargo, que en la clase alta hay honrosas excepciones: en las familias que han visitado Europa, o se han dejado contagiar por su benéfica influencia, se encuentran algunos ejemplos de cultura, buenas costumbres, pensamiento ilustrado. En cambio, al hablar del "populacho" será mucho más tajante: allí no hay excepciones, reúne a todos en la misma condena.

Los mestizos

Siguiendo un prejuicio muy arraigado, considera a las "razas mezcladas" "el non plus ultra de la perversidad" ". Son las más peligrosas, porque conservan todos los defectos de su raza "inferior" y a la vez tienen la ambición de ascender a otra "superior"; también se les ve como amenaza porque se sabe cuántos rencores tienen acumulados, y se teme que al llegar a una posición más alta puedan ejercer su poder para vengarse.

A estas razas mezcladas Löwenstern les endilga los epítetos más rotundos: no sólo son mentirosos y flojos, sino criminales sin excepción. A este sector pertenecen los léperos, otro tópico de los viajeros, sobre el cual volveré más adelante:

" M, p. 189.

Los indios

En su descripción del indígena, más extensa que la del criollo, lo primero que llama la atención es la forma de presentarlo: lo hace siguiendo los patrones con que se describe a un animal (talla, peso, dentadura, color de la piel, constitución, fuerza, resistencia). Alaba las cualidades físicas que tienen una utilidad concreta: pueden recorrer enormes distancias, son capaces de soportar grandes pesos, a pesar de su estatura mediana. Les niega la posibilidad de sentimientos, que los acercarán a lo humano. En ellos el amor es sólo instinto, encaminado a la reproducción, y se escandaliza de que lo manifiesten abiertamente.

Como otros viajeros (Stephens, por ejemplo) busca en ellos algún rescoldo de su antigua dignidad. No lo encuentra: están humillados, sometidos, entregados a los vicios, en especial al alcohol.

Pero Löwenstern —que como ya vimos, defiende la colonización española— a diferencia de otros viajeros, no encuentra la causa de esta degradación en los tres siglos de colonia, sino en la misma voluntad — o falta de voluntad— del indígena. Con una visión propia del pensamiento calvinista, hace a cada uno responsable exclusivo de sus actos.

Vale la pena destacar aquí la conclusión a que llega Löwenstern al exponer, muy fielmente por cierto, la situación social de dos grupos de trabajadores que pertenecen a la raza indígena: los peones de hacienda y los mineros.

Al hablar de los campesinos³³ describe con gran justeza el proceso que los lleva a un endeudamiento vitalicio y hereditario, y señala que no le ha sido fácil reunir esos datos, ya que la clase alta mexicana —de donde por lo general extrae sus informes— niega esa realidad o intenta justificarla de mil maneras³⁴. Una vez trazado el cuadro de la miseria de estos campesinos que son libres según la ley, pero en realidad poco se diferencian de los esclavos que vio en Cuba, saca la siguiente conclusión: no es la sociedad la que los esclaviza; son los propios campesinos los que forjan y hacen cada vez más rígida la cadena de la explotación a que se ven sometidos.

Lo mismo plantea en el caso de los mineros. Al visitar Real del Monte, describe la dura condición de estos trabajadores, que apenas tienen la edad suficiente para bajar a los tiros, no vuelven a ver la luz del sol. Por un salario miserable arriesgan su vida

³³. M, pp. 184 ss.

³⁴. Sin embargo, desde los primeros tiempos de la Independencia este problema inquieta seriamente a los sectores gobernantes, y, en general, a los que se precupan por el porvenir del país. En 1827 aparece en el Correo Semanario de México, dirigido por Lizardi, un "Comunicado acerca de los indios, labradores y artesanos" firmado por "Un Mexicano", seudónimo que, según M. Rosa Palazón, editora del texto, utilizaba Vicente Guerrero. El autor del "Comunicado" traza allí un cuadro sumamente documentado de la situación de los peones de hacienda, cuya deuda se acrecienta cada año en más de 32 pesos, y concluye: "Se les dice que son independientes, libres y felices, que pasaron los aciagos tiempos del despotismo, que ya no los gobiernan los feroces españoles, sino los blandos americanos; mas ellos, tan esclavizados y pobres como siempre, en nada han mejorado: su suerte es la misma y caminan por la posta a su total aniquilación, si las legislaturas de los Estados se desentienden como hasta aquí de esta clase útil y laboriosa" (Correo Semanario de México, 21 de marzo de 1827; las cursivas son del original).

cada día, y las muertes son tan frecuentes que, según Löwenstern, ya no causan el "menor impacto" sobre la población. Pero, nuevamente, la culpa recae sobre ellos: son descuidados, avorazados, y por eso no toman las debidas precauciones al hacer explotar la pólvora con que se van agrandando las galerías.

Los léperos

Dice Brigitte Lameiras:

Si algún aspecto de la población mexicana del XIX logró causar en los viajeros extranjeros impresiones desfavorables, fue el numeroso conglomerado de "léperos" que llenaban las calles de las principales ciudades. Las descripciones provienen principalmente de Puebla y México³⁷.

Como muchos otros viajeros, Löwenstern, para describir su condición, usa un símil ya conocido por sus lectores europeos: los compara con los lazzaroni de Nápoles³⁸.

Este grupo, numeroso y amenazador, es objeto de los epítetos

³⁷. Lameiras, op. cit., p.182. Löwenstern los describe también en Guadalajara.

³⁸. No sólo los viajeros acuden a esta comparación: Lorenzo de Zavala, en su Ensayo histórico sobre las revoluciones de México, se refiere a "la gritería de 40,000 léperos o lazaronis" que aclaman al flamante emperador Iturbide (cit. en la Historia documental de México, t.2, p. 167).

más negativos por parte de los viajeros: son vagabundos, borrachos, ladrones, llegan al crimen a la menor provocación y sin el menor escrúpulo. Ellos forman las masas irracionales que los jefes de los levantamientos azuzan contra sus enemigos.

Los textos de la época nos explican el origen de estos grupos humanos, arrojados de sus tierras hacia las grandes ciudades por las guerras civiles que asolaron sus parcelas, por la leva que los arrancó de su lugar de origen. Grupos que en muchos casos no disponen de los conocimientos necesarios para convertirse en mano de obra de las pequeñas -y escasas- industrias urbanas, y por lo tanto se ven orillados a vivir del robo o la mendicidad.

Pero también hay que aclarar que la visión poco diferenciadora de los viajeros -visión "desde lejos y desde arriba"- engloba en este sector a individuos que sí tienen un trabajo -aguadores, vendedores de leña, cargadores, etc.- pero que a veces se encuentran desempleados o pueden aparecer como vagos para un ojo desconocedor de la realidad del lugar".

En confirmación de esta hipótesis, podemos confrontar el juicio de Löwenstern y de tantos otros viajeros con la de un contemporáneo suyo, Manuel Payno; pero éste, como mexicano, capaz de percibir, a la vez que los problemas que los afectan, las

" . Dice Lameiras: "La población de léperos era confundida también con grupos humanos productivos, que únicamente compartían con los vagos y criminales la pobreza y la falta de ingresos fijos. Entre éstos se contaban muchos artesanos, vendedores ambulantes, trabajadores eventuales y otros que desempeñaban oficios bien definidos, como el de aguador, el de evangelista y el de sereno" (op. cit., p.184).

cualidades positivas de los hombres del pueblo; entre ellas, su patriotismo. Esos hombres que vistos desde lejos y en masa se presentan como una turba amenazadora, son los que han forjado la independencia de su país y la han defendido contra las incesantes invasiones extranjeras. Dice Payno:

No se crea que en el lépero hay un conjunto predominante de malas cualidades; por el contrario, es vivo, inteligente, posee como nadie el sentido de la imitación; es valiente, generoso y leal con sus amigos, apasionado con furor de su mujer y de su querida, y liberal hasta la prodigalidad.

Más adelante se refiere a

las heroicas defensas que en las revoluciones han hecho de la ciudad, el valor que les es característico y que no necesita más que impulsarse por una causa que los afecte íntimamente[...]. ¡Cuánto bien recibiría México si los cuidados del gobierno se dirigieran a morigerar las costumbres y a educar a esta clase abatida, pero inteligente y bien inclinada de nuestra sociedad!''

Por otra parte, en los juicios lapidarios que los viajeros formulan sobre los léperos se percibe el temor de los que algo poseen frente

'' M. Payno, Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843, pp. 43-45.

a los marginados: se los ve como una amenaza, como seres dispuestos al despojo, hasta al crimen, y por lo tanto, como peligros que una sociedad "sana" debe extirpar de raíz. Para justificar las medidas drásticas que se proponen, se oscurecen las tintas en la descripción⁴¹.

En síntesis, es al describir la población del país donde Löwenstern —nunca favorablemente inclinado a México, como hemos visto— vuelca más radicalmente su crítica. Y, como también hemos visto, no es en este caso una excepción entre los viajeros⁴².

Volviendo al paralelo que hace Lameiras entre las descripciones de la población mexicana durante el siglo XVI y el siglo XIX, observamos que en la primera época el conquistador —tomo como ejemplo a Cortés— no expresa este tipo de juicios lapidarios

⁴¹. Dice por ejemplo Edward B. Tyler, hacia 1856: "El asalto en los caminos, cortar y herir en peleas de borrachos, y el asesinato premeditado, son ofensas que prevalecen entre los mexicanos mestizos". Antes había afirmado: "Cada mexicano[...] tiene dentro de sí a un ladrón y a un asesino, que la menor provocación hará surgir"(cf. B. Lameiras, op. cit., p.182).

⁴². Un compatriota de Löwenstern, Sartorius, expresa con toda claridad el sentir de una clase dominante frente a la fuerza que potencialmente posee la enorme masa de la población, el peligro que puede representar en un momento dado, y las razones que el dominador esgrime para tranquilizarse a sí mismo frente a ese peligro: "Poseen la ventaja de la superioridad numérica —constituyen unos cinco octavos de la población— y podría temerse su despertar a la conciencia de saberse una raza conquistada. Esto, sin embargo, tiene muy pocas posibilidades, pues la historia de sus padres murió con ellos, y sólo aquí o allá existe una endeble tradición[...]. Por lo tanto, no existe razón para temer, y así lo confirman las insurrecciones regionales iniciadas por reclamaciones de tierras y fomentadas por los mestizos, que con ello favorecen su propio partido; dichas insurrecciones jamás tuvieron el carácter de un levantamiento nacional" (México, paisajes y bosquejos populares, pp.67-68).

frente a una población aún más desconocida que para los hombre del XIX. Sólo durante el asedio a Tenochtitlan, después de la Noche Triste, se refiere a los indígenas con términos muy duros ("perros"). Pero antes y después de la caída del imperio, en reiteradas ocasiones alaba su valor, su cortesía, su capacidad de organización.

Es verdad que desde entonces han pasado varios siglos, han cambiado las circunstancias, ha variado la población. Pero a lo que apunto es a la causa de este cambio de visión, al pensamiento que la inspira para cortar tan rotundamente toda posibilidad de acercamiento. Ya no aparece aquí la curiosidad que encontramos en los filósofos iluministas, que se inclinan con interés para tratar de comprender modalidades desconocidas. Ahora —en este sentido Löwenstern es ejemplar— se condena en bloque. Se des-humaniza, como paso previo a la dominación. Volviendo otra vez a los antecedentes de la época de la Conquista, recordamos la polémica entre Sepúlveda y Las Casas para decidir si los indios tenían un alma racional: de ello dependía que se los hiciera o no esclavos".

"En la época que nos ocupa, no faltan quienes propugnen soluciones drásticas para eliminar a estas "clases amenazadoras", más amenazadoras aún debido a su capacidad para reproducirse "sin preocupaciones". Sartorius (que identifica pelados, mestizos y proletarios) señala: "Dos hombres demostraron, durante su excelente administración, que es posible erradicar al proletariado en poco tiempo, convirtiendo a sus miembros en ciudadanos útiles para el Estado. Fueron el conde Revilla Gigedo [...] y el Gral. Tacón, gobernador de Cuba desde hace unos 20 años[...]. ¡Qué gran fortuna sería para México si a la cabeza de su gobierno tuviera un presidente que poseyera la sabiduría de Revilla Gigedo y la firmeza de Tacón!" (op. cit., p. 156).

4. Las costumbres

Tema infaltable en un libro de viajes. Tema central, en la mayoría de los casos. Porque una de las motivaciones de los viajeros — y de sus lectores— es que "nada de lo humano les es ajeno". De ahí que todo lo que tenga que ver con el hombre, sobre todo con el hombre visto como otro, constituye un foco de atención esencial. De acuerdo con los diferentes autores, el tema de las costumbres ocupará un lugar más o menos relevante en su obra, pero nunca estará ausente.

Löwenstern afirma explícitamente que en su texto ocupan el primer lugar: "El objetivo [de mi libro] son las costumbres" , dice en el prefacio. Y de hecho les dedicará dos capítulos completos bajo ese título " , aparte de los numerosos trazos costumbristas esparcidos aquí y allá en la obra. Las razones que justifican este interés por las costumbres son múltiples:

-En primer lugar, como ya señalé, al enfrentarse el yo con el otro lo que va a observar, lo que va a resaltar ante su vista es lo distinto. Lo distinto que puede provocar curiosidad, atracción o rechazo, pero siempre será materia digna de ser enunciada. Uno de los temas centrales de todo libro de viajes es la descripción de los elementos que constituyen al otro como otro, como distinto, como ajeno.

-En segundo lugar, el costumbrismo está muy presente en el marco cultural y literario de la etapa a la que pertenece nuestro viajero. Responde a la inquietud del Romanticismo de recoger el "espíritu del pueblo" en sus manifestaciones más originales.

Resulta diferente, es cierto, la visión del "peregrino en su patria" y la del que peregrina por tierra ajena. Pero en ambos, al trazar el retrato de las costumbres, lo que se marca es lo distinto, lo que sorprende.

Cabe señalar aquí que en muchos casos es la mirada de un extranjero la que llama la atención sobre elementos que a fuerza de ser cotidianos, pasan desapercibidos para la mirada del que convive con ellos. Es una escocesa, Mme. Calderón, la que nos transmite en su obra la más completa y sabrosa lista de los pregones que se oían desde el amanecer hasta el crepúsculo por las calles del México de 1840⁴.

Junto al retrato literario, muchas veces ilustrándolo, encontramos los grabados costumbristas de pintores como Rugendas, Eggerton, Bullock, Mrs. Ward, sin olvidar al precursor Linati, o, en tierras sureñas, al francés Bacle. En muchos casos, su obra creará escuela entre los artistas locales, que también se sentirán inclinados a pintar su propia tierra, dejando de lado temas europeos.

-En tercer lugar, no está ausente, en este interés del viajero por las costumbres, el elemento utilitario. El propio

⁴. Mme. Calderón, op. cit., pp.47-48.

Löwenstern señala:

La descripción del suelo, la enumeración de los productos, no bastan para juzgar un país; es el conocimiento de la nación que lo ocupa, el de sus costumbres y sobre todo de su carácter, los que deben regular las relaciones que se proyecta establecer con ella.

Es decir, que para establecer relaciones -del tipo que sean- con un pueblo poco conocido, lo primero es hacer lo que hoy llamaríamos una encuesta entre sus habitantes, recorriendo las diferentes clases: las clases que tienen el poder, porque con ellas se entablarán tratos; las clases trabajadoras, porque ellas serán la mano de obra que prestará sus servicios.

En el capítulo II ya señalé algunos rubros "de rigor" en un texto con visos costumbristas. Löwenstern los retoma, dándoles su propia pincelada. No falta en él, por supuesto, la descripción del pulque, a cuya fabricación dedica un buen espacio en las primeras páginas de su libro "; en la importancia que asigna al maguey y a los numerosos productos que de él pueden extraerse está presente, una vez más, su espíritu comercial, ya que no su paladar de gourmet: su sabor, dice, es "muy desagradable para el extranjero".

Se explaya también en la descripción de los "trajes típicos" de las diferentes clases sociales. La clase alta va perdiendo interés para el observador porque adopta cada vez más el traje europeo. Pero el mestizo, en particular el rancharo rico, conserva un atavío que Löwenstern, como muchos otros viajeros, se empeña en remontar al traje usado por los españoles en el siglo XVI, cuando no rastrea sus orígenes hasta la Edad Media:

Todavía se encuentran los vestidos y el lujo de la edad media en el atavío caballeresco del mexicano español, y sobre todo en los arneses de sus caballos ".

Dentro del tópico de las diversiones, la descripción de bailes y tertulias ocupa un lugar destacado entre los viajeros. Es allí, dice Löwenstern, donde la gente se muestra tal como es, se manifiesta más libremente. Es por ello un punto privilegiado para observar a la sociedad. Por otra parte, es el momento en que se reúne un grupo humano numeroso y variado, lo que hace más rica esa observación.

En el capítulo XII Löwenstern describe una tertulia. Su descripción está llena de ironía, una de sus armas preferidas para descargar su crítica: se burla de las muchachas que pretenden exhibir las condiciones musicales que, a su juicio, Dios no les dio (en esto discrepa con otros viajeros, como Becher o Mme. Calderón);

de la solemnidad de los saludos, que según él no expresan afecto, sino hipocresía; y critica —como todos los viajeros— la costumbre femenina de fumar, que en Europa sólo se usaba entre ciertas "damas".

También describe, muy someramente por cierto, un baile de disfraces al que asiste en Tepic, con el que se celebra el 16 de septiembre. Nuevamente, lo costumbrista sirve como vehículo para la ironía, cuando no la crítica directa : frente al "mal gusto" de los trajes, al chisme en boca de todos los presentes, y a la "escandalosa" convivencia entre amas y criadas que asisten todas a la misma fiesta.

Lo que sí describe minuciosamente — porque sirve para su fin moralizador— son las fiestas de Pentecostés en San Agustín de las Cuevas, a las que se vuelca toda la población para dedicarse a jugar desenfrenadamente; un tema que tratan todos los viajeros, y que es también objeto de la crítica de los escritores del país.

En el capítulo sobre las razas se dedica a describir las costumbres de los indígenas, en especial los que viven en la capital y sus alrededores. En este caso el distanciamiento desde el cual el viajero formula sus juicios no proviene sólo de su condición de extranjero, como ocurre al tratar sobre las clases dominantes. Ahora se observa "desde arriba". Ningún diálogo es posible con esas gentes. Y si en el caso anterior utiliza con frecuencia la ironía para sancionar modalidades o costumbres que le resultan hostiles o ridículas, aquí se hace aún más frecuente y radical el empleo de ese recurso, que desemboca en una

conclusión en la que se caracteriza al indígena como la suma de las cualidades más negativas del ser humano: ladrón, superficial, esclavo de sus sentidos pero (dato que tranquiliza al viajero y a sus lectores) "de carácter inofensivo" **.

Un ejemplo muy característico de esta actitud irónica lo constituye su descripción de los evangelistas a los que observa en los portales de Guadalajara. Otros viajeros, que tratan también sobre estos personajes tan originales, de función tan esencial en un medio sin acceso a la escritura, lo hacen con una visión llena de simpatía y humor**. Löwenstern, en cambio, es sarcástico al hablar de esas enamoradas analfabetas que confían sus recados amorosos a la pluma más o menos inspirada de los evangelistas. Usa una palabra vulgar ("poulet") para referirse a sus misivas, que en otro nivel de lenguaje —aplicado, claro, a otro nivel social— serían "billets doux". Acota, además, que con frecuencia esas cartas son para sus amantes lejanos...por hallarse en la cárcel debido a un robo o un homicidio. Por lo visto, los que pertenecen a estas clases no son dignos de ser elevados al plano del amor romántico, ni, por lo tanto, de expresarse a través de misivas amorosas.

Es en el análisis de las costumbres donde se marca más claramente el distanciamiento (aquí ya franca oposición) entre el

** M, p. 187.

** En el plano de la plástica, que acompaña e ilumina muchas veces el texto literario, el evangelista es uno de los personajes elegidos por Linati para su serie de litografías sobre las costumbres mexicanas.

ellos y el nosotros: ellos (los mexicanos) y nosotros ("el extranjero", singular colectivo ; la palabra se repite monótona y significativamente, hasta el cansancio, en estos dos capítulos). "El extranjero" es en este caso el que observa, el que juzga, el que sanciona. Desde su puesto marginal, al que, según él, lo orilla la falta de educación de los mexicanos, la carencia de códigos comunes, ejerce la crítica. Nunca desde adentro, o desde una posición que intente ser comprensiva. De alguna manera, sin caer en psicologismos para los que el texto no se presta, creo que se puede entender esta reacción del viajero como una defensa frente a un mundo que no le brinda lo esperado: atención, respeto, simpatía, reconocimiento de sus méritos. Se coloca, entonces, en esta posición "superior": al sentirse marginado, opta por marginarse él mismo.

5. La educación, la ciencia, la cultura

La educación

Donde Löwenstern se refiere más explícitamente a ella es al hablar de la Universidad de Guadalajara, pero hace extensivo su juicio a todas las de México⁷⁰.

⁷⁰. No pudo conocer —en caso de que le hubiera interesado hacerlo— la Real y Pontificia Universidad de México porque había sido clausurada pocos años antes (1833) durante el gobierno de Gómez Farías por tratarse, en palabras de Mora, de una institución "inútil, perniciosa e irreformable"; cf. Historia documental de

Con su peculiar forma de hacer inferencias "lógicas" Löwenstern parte de una crítica a los anticuados uniformes de los estudiantes para extender su opinión a los planes de estudio:

El espíritu que reina en las universidades de México es tan atrasado como este traje, ya que las ciencias son tratadas como se hacía antiguamente en Europa, cuando los clásicos constituían el estudio principal siguiendo métodos excesivamente prolijos.

Los avances científicos

Löwenstern considera al siglo XVIII como una época de grandes avances científicos. Coincide con todos los viajeros que tratan este tema en pintar el patético contraste entre los monumentales edificios creados durante las reformas borbónicas para fomentar las ciencias y las artes (la Escuela de Minería, la Academia) y la desolación que reina en ellos: colecciones abandonadas, escasísimos alumnos, grandes sabios, como don Andrés del Río¹¹, detenidos en

México, , t. 2, p. 198. Pero Löwenstern no parece estar enterado de ello, ya que hace una asociación entre la Universidad de México y la de Guadalajara (p.354).

¹¹. Löwenstern lo llama, equivocadamente, Antonio del Río (p.115); pero el error tiene su fundamento: el capitán Antonio del Río dirigió la expedición que en 1786 descubrió Palenque. Su informe, archivado en Guatemala, fue descubierto por un inglés que lo tradujo y lo envió a Londres, donde se publicó en 1828, con el título Description of the ruins of an ancient city discovered near Palenque in the Kingdom of Guatemala in Spanish America; los grabados corrieron por cuenta de Waldeck, que aún no conocía América. La obra se reeditó, al parecer, en 1832. ¿Conocería Löwenstern el texto, o la obra de Stephens, Travels in Yucatan, que informa sobre él? (Cf. Ortega y Medina, "Monroísmo

su labor de investigación por el escaso o nulo apoyo que reciben del gobierno. Atribuye esta decadencia a la perniciosa democracia que avanza gracias a la ignorancia de la población. Otros viajeros, como ya señalamos, la atribuyen a los 10 años de guerras de Independencia y a otros tantos de guerras civiles".

Las bellas artes

a) las artes plásticas: Löwenstern parece bastante inmune a la emoción estética, y este tema está muy lejos de ocupar un lugar importante entre sus preocupaciones.

Cuando describe las iglesias de Puebla — a las que dedica mayor espacio en todo el libro— señala sus "defectos": gusto "mediocre", interiores recargados, polifonía de colores que chocan a su gusto clásico. En esto, hay que decirlo, comparte el patrón estético de su época, que veía al barroco como una aberración, y en nombre del "buen gusto" despojó a la mayor parte de las

arqueológico", pp. 179-130).

"2. Señala Ignacio Osorio, en su Historia de las bibliotecas novohispanas, que durante la guerra de independencia la Universidad de México fue "cedida para cuartel"; la vida académica se desarrolló en "colegios ajenos y pequeños locales de la propia Universidad"; en la sesión del 16 de julio de 1816 el Claustro se dirigió al virrey para advertirle del "grave daño que a la instrucción traía el que [la Universidad] estuviera cerrada y casi fuera de servicio". Y agregan: "No es fácil [que] haya quien quiera frecuentarla en la actual situación por ser el nido de las ciencias tan ajeno al estrépito de las armas, y no pudiendo abrigarse en un mismo seno los clientes de Minerva y los de Marte" (pp.240-241).

iglesias coloniales de sus maravillosos retablos para reemplazarlos por los fríos templetos neoclásicos que hoy nos parecen de un gusto lamentable.

b) el teatro: como ya señalé; la mayor parte de los viajeros coincide en afirmar que es una de las distracciones predilectas de la sociedad mexicana. Löwenstern disiente de la opinión general, y afirma, rotundamente, que el teatro no goza de gran favor, cosa que sí ocurre con diversiones más "salvajes", como las corridas y las peleas de gallos⁷³.

c) la literatura: Löwenstern es muy vago al escribir sobre este tema. Habla de obras conocidas en Europa ("han salido de las manos de autores mexicanos obras históricas que, por su importancia, han atraído la atención de Europa"), pero no da ningún dato preciso, lo cual me hace sospechar que sólo habla de oídas. De hecho, los únicos autores contemporáneos que menciona son un historiador, Carlos María de Bustamante (a quien, lo mismo que al presidente don Anastasio, se empeña en apellidar "Bustamente"), y un personaje que sólo ocasionalmente se dedica a escribir, como Almonte, autor de un Catecismo de geografía del que Löwenstern extrae algunos datos estadísticos.

El extremo opuesto lo constituye un compatriota de Löwenstern, Sartorius, que en su obra, publicada en 1855, hace una lista bastante completa y con juicios inteligentes sobre los escritores mexicanos posteriores a la Independencia: "El licenciado Zárate

⁷³. M, pp. 139-140.

[sic, por Lizardi] que con sus escritos ayudó notablemente a sus conciudadanos en la lucha contra los españoles", autor de dos novelas "de gran interés por su exacta descripción de las condiciones sociales del país: Perico Sarmiento [sic] y La Pepita"⁷⁴. Más adelante menciona los avances de la literatura en todos los géneros: en la lírica, con Pesado, Heredia, Sánchez Tagle; en el teatro, con Gorostiza y Calderón; en historia, con Zavala y Alamán; en la sátira política, con el Gallo Pitagórico"⁷⁵. Es verdad que Sartorius, como ya mencioné, no es realmente un viajero, sino alguien que se afinca en Méico, y se interioriza en todas las esferas de la vida del país. De cualquier modo, vale la pena destacar este interés por una literatura en formación, que no he encontrado en otros viajeros del XIX.

Donde sí coinciden Löwenstern y Sartorius es al mencionar la abundancia de librerías que existen en la ciudad de México. En el caso de Löwenstern, se muestra sorprendido ante este interés por los libros: indirectamente, revela otra vez sus prejuicios. Más adelante, al hablar sobre la repercusión que su libro tuvo en México, veremos cómo, por el contrario, los lectores mexicanos se encontraban ampliamente actualizados en materia bibliográfica.

⁷⁴. Sic, por La Quijotita y su prima.

⁷⁵. Sartorius, México, paisajes y bosquejos populares, pp. 128-130.

EL FUTURO DE MEXICO

Dotado de la mirada sagaz que se arroga todo viajero sobre el mundo que se abre ante sus ojos, por el hecho de no estar comprometido con esa realidad, Löwenstern ofrece en su obra un diagnóstico y un pronóstico para México. Rasgo que comparte con otros viajeros, especialmente los diplomáticos (Poinsett, Mayer, Ward). Este pronóstico se realiza en base a los intereses de quien escribe y se desprende del "análisis" de la realidad que ha hecho a lo largo de la obra.

Löwenstern es absolutamente claro y tajante en sus aseveraciones, uno de los motivos por los que despertó tanta animosidad entre sus lectores mexicanos.

Para hacer su pronóstico recurre a un método dual: pinta un futuro oscurísimo, si no se cumple lo que él considera lo ideal para México; y un futuro lleno de promesas, en caso de que el país se aparte de los errados caminos por los que al presente transita.

El futuro oscurísimo que acecha a la nación vendrá infaliblemente si se continúa por el mismo rumbo: con un gobierno débil, sujeto a los embates de los enemigos internos y a la presión de potencias que se presentan como amigas para encubrir sus intenciones de dominio (los Estados Unidos). De seguir por este camino, México se dirige a la anarquía total, que tendrá, entre otras consecuencias, la de convertirlo en "paria" de su vecino del Norte.

Pero México no merece ese destino. De ahí la "fe" de

Löwenstern en que elegirá el segundo camino: volver al principio monárquico para el que su propia historia lo determina; abandonar los principios republicanos y volver los ojos hacia Europa. La misma Europa que lo colonizara y le produjera numerosos males —el viajero no deja de reconocerlo— está llamada a redimir al país de esos mismos males.

El remedio puede llegar por vías un tanto duras: Löwenstern no desapueba las intervenciones armadas; es más, justifica totalmente la de Francia en 1838. Pero no se necesita buscar demasiado lejos: en la propia historia de México se encuentra la solución. Aquellos a quienes "interesa la felicidad de esta región" deben acudir a los primeros artículos del Plan de Iguala para trazar los futuros destinos del país; es decir, imponer un gobierno monárquico, con un candidato procedente de una dinastía europea.

En el terreno económico, Löwenstern augura un futuro negativo para el país si tanto éste como los inversores extranjeros esperan toda la riqueza de la explotación de los recursos minerales. En cambio, el cultivo del suelo, que ha demostrado ya su infinita riqueza, traerá mil beneficios duraderos a México⁷⁶.

⁷⁶. Esta idea, que responde al pensamiento de los fisiócratas, ya había sido enunciada por Humboldt; si bien, en su caso, resultaron mucho más convincentes para los inversores europeos sus estadísticas sobre la riqueza de las minas de la Nueva España que su incitación a buscar los bienes más seguros e imperecederos que proporciona la agricultura (*Ensayo*, p. 237). La misma idea es expresada, pero ahora desde la perspectiva de un criollo ilustrado, por Fernández de Lizardi. Dice el coronel a quien sirve Periquillo: "Tengo por una imprudencia el empeño con que buscamos las riquezas de entre las entrañas de la tierra, desdefiándonos de recogerlas de su superficie con que tan liberal nos brinda.[...]"

Löwenstern tiene confianza en la capacidad de "regeneración" de los mexicanos -si siguen el camino por él trazado. Es interesante observar que a lo largo de la obra, salvo casos excepcionales, no señaló en el carácter del mexicano rasgos que llevaran al lector a compartir esta confianza, que manifiesta un tanto extemporáneamente. Pero su libro tiene que concluir con una nota de optimismo. Y para cerrar el círculo de sus ideas sobre el futuro promisorio, toma como "síntoma" lo que vaya a ocurrir con la Iglesia: si es atacada, despojada de sus bienes y privilegios, será ése el signo más cabal del derrumbe del país. Si se mantiene en el lugar que ocupa dentro de la sociedad, es decir, si no pierde un ápice de su poder, cabe esperar "un porvenir más dichoso para esta región, basado en la moral y la religión, precursoras del orden público" "

La minuciosa tarea de seguir los rastros de Löwenstern en bibliotecas y archivos me condujo a un resultado que puedo considerar muy satisfactorio, teniendo en cuenta que por mucho tiempo pensé que no lograría encontrar ningún dato sobre él. Tras

Poseer estos hermosos metales sin más trabajo que sacarlos de los peñascos que los cubren, es en mi entender una de las peores plagas que puede padecer un reino; porque esta riqueza, que para el común de los habitantes es una ilusión agradable, despierta la codicia de los extranjeros y enerva la industria y laborio de los naturales" (El Periquillo Sarniento, p. 337).

" M, p. 129.

esta indagación, es posible al menos recrear en parte su figura, que deja sin embargo muchos interrogantes.

Cabe señalar que esta falta de información no es exclusiva de Löwenstern. En su prólogo a la obra de Bullock Ortega y Medina señala que después del viaje a México del inglés y su posterior estancia en Estados Unidos, se pierden sus rastros⁷⁸. Tampoco disponemos de una información detallada sobre Becher, de regreso a su tierra, o de Mme. Calderón y sus últimos años en España, por citar algunos casos.

Fuera de Humboldt, que se destaca por méritos propios antes y después de su viaje a América, podemos afirmar que esta oscuridad en torno a la figura de nuestros viajeros es una constante. Por lo general, al regresar a su tierra, y después de producir el texto en el que refieren sus aventuras, vuelven al anonimato. Casi ninguno repite su incursión por el terreno de la literatura.

Este hecho vuelve a plantear el interrogante acerca de cuál es el interés que los llevó a escribir. Retomo una idea que expuse en el comienzo de este trabajo: aun en el siglo XIX, en que viajar ya no es algo tan excepcional como en tiempos más remotos, el viaje sigue constituyendo un elemento creador, dinamizador. Porque estos viajeros no se limitan a un escueto informe estadístico, o a cartas familiares sin otro objeto que el de intercambiar vivencias absolutamente individuales. Sus obras son, como las de los cronistas, un recuento de nuevos mundos, la expresión de un yo

⁷⁸. Juan A. Ortega y Medina, "Estudio preliminar" a W. Bullock, Seis meses de residencia y viajes en México..., p.16.

único que se enfrenta a lo desconocido, el desarrollo de un pensamiento a través del cual la realidad se filtra y se recrea.

La obra de Löwenstern se inserta dentro de este corpus y comparte sus características. Una vez realizado su análisis, es posible llegar a algunas conclusiones.

Podemos considerar a Löwenstern como un personaje que, gracias a su nivel económico, sale a recorrer mundo llevado por la convicción de que los viajes son un elemento necesario para completar la educación de un hombre de su clase. Los americanos van a Europa a aprender, a recibir los conocimientos que el pobre nivel de las instituciones educativas de su tierra no les permite adquirir. El europeo, en cambio, viaja, no para adquirir un saber determinado, encerrado estrictamente en ciertas disciplinas, sino para alcanzar una ciencia más universal: la que se logra confrontando sistemas de vida, formas de pensamiento, costumbres distintas. Esta, que es una motivación que viene desde el Renacimiento", es la que guía a nuestro viajero.

Sin embargo, el resultado no es el que se busca. Y aquí se produce un fenómeno que marca todo el texto: la confrontación entre lo deseado y la realidad. Confrontación en que la realidad nunca estará a la altura del deseo. Y en consecuencia, será objeto de denigración constante, y en todos los planos.

Como Löwenstern mismo señala en Les Etats-Unis..., el objetivo central de su viaje es México: país adornado por la

". Cf. A. Doiron, "L'art de voyager...", passim.

fantasía con los colores que le presta la evocación de un pasado heroico y misterioso:

Ardía en deseos de llegar a México[...]. Aficionado a las antigüedades, anhelaba el momento de recorrer esa parte de América tan señalada por los hechos de los españoles, por los pueblos indígenas que allí encontraron, y cuyo origen desconocido ofrece un campo tan vasto a las investigaciones, o mejor dicho, a las hipótesis del viajero⁸⁸.

País donde es posible admirar una naturaleza que la mano del hombre no ha domesticado todavía; donde se pueden encontrar las riquezas sin cuento anunciadas por otros viajeros.

Pero desde que pone pie en tierra (literal y metafóricamente) el viajero se enfrenta con una realidad que nada tiene que ver con lo soñado. Y del mismo paisaje, apenas percibido, extrae la materia para plasmar en un símbolo ese contraste:

Este primer aspecto de la costa puede servir de emblema al país. Esos glaciares, esos volcanes majestuosos eran el símbolo del ideal que me había formado de ese país histórico, tal como lo había visto en mis sueños. Y estos desiertos, esta playa chata y desolada, eran el de la triste realidad que

⁸⁸. EU, p.38.

debía encontrar en esta comarca en total decadencia".

Este choque inicial determina toda la visión posterior. De ahí que la obra presente los diversos temas que son de rigor en los viajeros de esta época, bajo el ángulo más oscuro, al punto de que su obra será considerada por sus lectores como el ejemplo más extremo de la visión negativa sobre México.

CAPITULO V. EL VIAJERO COMO NARRADOR

VIAJE Y AUTOBIOGRAFIA

Toda autobiografía es, en cierto sentido, un viaje en el tiempo y en el espacio: fundamentalmente, el espacio interior que se recorre con la memoria .

Pero, cabe preguntarse, ¿ocurre lo mismo a la inversa? Es decir, ¿todo viaje es también una autobiografía? ¿En qué medida se "contaminan" ambas formas?

Las dos comparten un punto de partida: es el yo el que habla, el que constituye el sujeto de la enunciación. Pero en el caso de la autobiografía ese yo es a la vez el sujeto y el objeto de la observación, la materia de lo narrado. Lo que ocurra a su alrededor, por trascendente que sea en el plano histórico, siempre estará mediatizado por ese yo que lo percibe y lo refracta, lo devuelve transformado a través de la propia vivencia. Víctor Hugo asiste al entierro de los restos de Napoleón en los Inválidos; la crónica del acontecimiento está relatada a la luz de su admiración por la figura del "genio", en la que tiene buena parte el elemento afectivo: el poeta es hijo de un general del Imperio¹.

En el caso del libro de viajes, en cambio, este yo es el sujeto que observa, analiza, juzga; pero su objeto es exterior a sí mismo: es la región o las regiones visitadas. De ahí que en la

¹. Victor Hugo, Choses vues, 1830-1846, pp.178-199.

mayor parte de los casos el autor del libro se despoje —en la medida de lo posible— de su subjetividad, y las referencias a su propia persona pasen a segundo plano.

Los viajeros de la primera mitad del XIX podrían clasificarse de acuerdo con la mayor o menor incidencia de lo autobiográfico en su relato. Recordemos que es la etapa en que se da el Romanticismo, cuando la efusión del yo ocupa un lugar destacado en toda manifestación literaria. Por lo tanto, aunque las reglas del género no lo exijan —más bien lo veten— en muchos autores hay un juego pendular entre la "objetividad" intrínseca al género de viajes y la "subjetividad" que intenta abrirse paso.

En todos los casos en que se habla de un yo se produce un desdoblamiento: el yo que ha vivido una experiencia es y no es el yo que la está narrando. Puede observarse, puede escamotear(se) datos de esa experiencia tanto frente a sí mismo como frente a su público.

En el caso del yo del relato de viajes, además de ese inicial desdoblamiento, se produce otro fenómeno. El yo se recorta, por así decirlo, asume sólo una parte, un aspecto del yo total. Es decir, se reviste exclusivamente de su función de viajero. Lo demás desaparece. De ahí esta aparente paradoja: a lo largo de las 400 y tantas páginas de un libro en el que constantemente escuchamos la voz de un yo, sabemos muy poco del emisor de esa voz.

Este personaje tiene, por supuesto, un pasado. Pero, tal como se nos presenta, es un pasado muy cercano, encerrado en los límites del viaje. Cuando Löwenstern hace referencia a algún recuerdo, se trata de un recuerdo de Oriente o de Estados Unidos, lugares

recorridos un año o dos antes del presente de su historia. No hay ninguna mención a su familia; y si en algún caso se refiere a su tierra natal es por asociación con una persona encontrada a lo largo de su viaje: el posadero hamburgués, en Veracruz; el joven Bahre, que se encarga de despachar sus colecciones a Europa.

Tampoco habla de sus expectativas para el futuro más allá de las fronteras fijadas por su viaje. Las referencias al "mañana" se limitan a los pasos subsiguientes en su trayectoria: cruzar el Pacífico, llegar a las Sandwich y posteriormente a China. Allí se cierra toda visión del futuro. Ninguna mención al "regreso a Itaca". Es como si el viajero dejara de existir (aun como persona) al perder su condición de tal.

Dentro de este mismo espacio autosuficiente y hermético que constituye la vivencia del viaje, cabe apuntar otro rasgo característico. Como en todos los viajeros, frente a la realidad desconocida se busca un parámetro ya conocido para clasificarla, ubicarla por contraste o por semejanza, y así poder asimilarla. En el caso de Löwenstern, cuando compara lo hace casi indefectiblemente con otra realidad conocida durante su viaje: Oriente, en la mayoría de los casos¹; Estados Unidos, en algunas ocasiones². Excepcionalmente el término de comparación es la

¹. Por ejemplo al hablar de las viviendas (pp. 61, 377); de los monumentos prehispánicos (pp. 48, 279); del paisaje (p.345); de la fisonomía de los habitantes (p.146).

². Al comparar virtudes y defectos de mexicanos y norteamericanos (Prefacio), o los bosques de ambos países (p.395).

realidad europea'.

Así pues, este yo del viajero es un yo que se crea a sí mismo siguiendo parámetros estrictos. Todo lo que se salga del objetivo y del marco buscados queda eliminado a priori.

Sin embargo, aunque como lectores echemos de menos la creación de un yo más complejo, más total, no por eso puede decirse que el personaje creado por el narrador — el yo viajero— no sea bastante rico.

Para empezar, tiene conciencia de que está encarnándose en un molde ya prefijado, en un esquema preexistente. Y puede llegar a ironizar sobre ese cliché: algo excepcional en Löwenstern, en quien la ironía o la burla se descargan normalmente sobre el objeto de su observación, pero que alguna vez elige como blanco la avidez de descubrimientos que late en todo viajero. Cuando, en un pueblo cerca de Mazatlán, "viendo la atención que prestaba a los objetos de historia natural" ³ le llevan un animalito desconocido, se siente lleno de felicidad: "¡Había hecho un descubrimiento!", y se pone a buscar afanosamente nombres griegos o latinos para eternizarlo en la taxonomía animal. Decepción: del hocico del animal salen unos sonidos demasiado conocidos, que le hacen clasificarlo en la categoría de porcorum genus: era un pequeño jabalí.

³. Cuando habla de la prostitución, más "discreta" en México que en Europa (p.151); frente al paisaje de Xalapa (p. 26) o de Plan de Barrancas (p. 377), que le recuerdan el de los Alpes .

⁴. M, p. 404.

Pero esta actitud es excepcional. El personaje que crea el narrador se caracteriza por ser profundamente serio, responsable, valiente, hasta heroico.

Al final del cap. XXI, al narrar su frustrado intento de entrar en Querétaro por la noche, se cataloga a sí mismo como viajero turista ⁶, por oposición con el viajero comerciante, más diestro en sobornar a los "cancerberos" de la aduana. Se erige así en observador desinteresado, un hombre que dispone de los medios para "flanear", como diría Sarmiento, en este caso alrededor del globo.

Pero no hay pasividad en esta "flânerie". Por un lado, es el viajero atento a los detalles prácticos, que ejerce una función docente sobre futuros visitantes de la región: desde el señalamiento de los arrecifes peligrosos en el puerto de Veracruz, hasta la minuciosa y muy pedestre enumeración de precios y calidades de artículos locales e importados.

Por otro lado - y aquí empieza a transformarse en personaje novelesco- el viajero enumera cuantas veces puede los peligros que debe arrostrar en su peregrinación. Es infaltable la referencia a los bandidos -amenaza real, por cierto, en esa época y aun en décadas posteriores, pero que por otra parte no puede estar ausente

⁶. M, p. 310. La palabra apenas estaba haciendo su entrada en el vocabulario general. Según el Petit Robert, el término aparece en francés en 1816, procedente del inglés tourist (1800). En un texto bastante posterior (Una excursión a los indios ranqueles, de Lucio V. Mansilla, 1870) el término se utiliza todavía en inglés ("las opiniones de los tourists..."). Desconozco cuándo tomó carta de ciudadanía en español.

de un relato de este tipo, para no defraudar a los lectores'. A los bandidos "anónimos", siempre al acecho sobre el camino real, se suman los "peligrosos" criados y arrieros, de cuya lealtad nadie puede estar seguro: son una amenaza aun cuando se les trate bien; pero si se les regaña, son absolutamente temibles. En una interesante gradación se enumeran sus (posibles) fechorías: al amo lo engañan, lo roban, lo asesinan (si pueden): hay de ello "muchos ejemplos". Löwenstern no da ninguno en todo el libro, pero no es necesario: sus lectores ya conocen bastantes casos ilustrativos como para poder evocarlos por su cuenta.

También la naturaleza representa un peligro. Reaparece aquí el tópico de la salvaje naturaleza americana: ríos desbordados y torrentosos, hondos precipicios, barrancas a pique, tormentas desatadas, noches lóbregas, animales salvajes, fiebres tropicales que en un dos por tres acaban con el viajero.

De la descripción de estos peligros (que se acumulan sobre todo durante el trayecto de Guadalajara a Mazatlán) surge una figura intrépida, valerosa, incansable. Se adelanta a las malas intenciones de sus criados y los desarma con su astucia; soporta estoicamente leguas y leguas a caballo por montañas escarpadas; cruza sin pestañear, en frágiles embarcaciones, los ríos más peligrosos. En un doble juego, el viajero exalta su figura, y a la vez se autocompadece: tras enumerar las penalidades sufridas en el trayecto a Mazatlán, señala que todavía le faltaba lo peor: "Yo

⁷ . Además de estar presente, obsesivamente, en la fantasía del narrador: en la p. 218, por ejemplo, utiliza tres veces el término en cuatro breves párrafos.

debía beber el cáliz hasta las heces" *. Su personaje no es sólo el de un hombre entregado a la aventura, sino que se desliza hasta asociarse con la figura del Cristo sufriente.

Löwenstern va todavía más lejos en la creación de su yo narrativo. Asume un modelo del pasado "ilustre" y se crea una estatura de héroe. En este caso, el modelo es Cortés, un personaje evocado en todos los relatos de viajes sobre México, pero quizás nunca en forma tan reiterada como en la obra del austriaco.

Es casi inevitable - otro cliché- recordar al conquistador: a) cuando el viajero pisa las costas de Veracruz; b) cuando, llegando de Puebla, contempla a sus pies la ciudad de México; c) al recorrer la calle de Tacuba. Pero en Löwenstern, además de éstas, obligatorias, aparecen muchas otras referencias a Cortés. Cita sus Cartas de relación¹; su recorrido por la ciudad de México tiene, entre otros hitos, uno muy destacado: la búsqueda de las huellas del "héroe" (como lo denomina casi siempre). En la descripción de la ciudad aparece en primer término la referencia al famoso Puente de Alvarado. En su visita al Museo Nacional, los objetos ante los que se detiene largamente son el estandarte de Cortés y su retrato junto a Carlos V. Allí mismo aprovecha la ocasión para echar una ojeada al proceso que se le siguió al conquistador por orden de la Corona.

Junto al dato escueto, Löwenstern puede alcanzar logrados momentos narrativos: así, cuando visita los alrededores de Cholula,

*. M. p. 418.

*. M. p. 108.

e imagina la escena ocurrida tres siglos atrás, en esos mismos campos recorridos por los valerosos soldados de Cortés, cuyos nombres, acota, quedaron grabados en la obra de Bernal; o cuando evoca la victoria de Cortés en Otumba, en la cual el héroe —en una escena que nos hace pensar en la Edad Media vista por los ojos del Romanticismo— arrebató la bandera al enemigo y con ella alcanza la victoria; o la patética descripción de la huida de Cortés en la Noche Triste, durante la cual por un momento encuentra alivio al pie del famoso árbol, sostenido por su propio valor, pero acompañado también —otra vez el prototipo romántico— por la amistad —Alvarado— y el amor —doña Marina.

La apología de Cortés surge del relato de sus hechos —siempre presentados favorablemente¹⁰—, y de la adjetivación que infaliblemente acentúa esa exaltación: tanto Cortés como sus hombres son "conquistadores intrépidos" o "ilustres". Pero Cortés se levanta por encima de ellos hasta cobrar la estatura de un "héroe homérico" ¹¹. En él se unen la intrepidez y la habilidad política, todo lo cual lo convierte en un hombre extraordinario¹². Al punto de que Löwenstern puede rematar su juicio en una frase que redondea todos los elementos antes enunciados: es "el carácter más

¹⁰. Con una sola excepción: al recorrer las despobladas planicies cercanas a Xochicalco, no deja de señalar lo fundamentado de "la condena que recae sobre [los conquistadores] y sobre sus sucesores, por haber trocado en desiertos lugares habitados por el hombre" (p.213). Pero, como vemos, en este caso la crítica no apunta exclusivamente a la persona de Cortés, sino a la acción de los conquistadores en general.

¹¹. M, p.120.

¹². M, pp.107, 119.

noble de la historia de la conquista del Nuevo Mundo" ¹³.

¿Por qué este interés tan patente en la figura de Cortés? Creo que aquí pueden presentarse varias respuestas.

Por un lado, pienso que cada uno de nosotros tiene, a lo largo de su vida, una serie de figuras paradigmáticas con las que se identifica por diversas razones —que a veces van cambiando según las diferentes etapas, si es que mantenemos la fidelidad a ese paradigma. Esa identificación implica, con frecuencia, de parte nuestra, toda una recreación; lo recreamos, a veces, en base a un par de rasgos que sentimos que establecen un lazo entre el personaje y nosotros. Pensemos, por ejemplo, en la recreación que hace M. Yourcenar de la figura de Adriano¹⁴. Está allí presente una investigación cuidadosa y sumamente documentada; pero está, sobre todo —y es lo que le da vida al personaje— la transferencia de vivencias entre el personaje y el autor.

Por otro lado, esta recreación del personaje de Cortés se da a la luz del momento histórico que vive Löwenstern. Cortés cobra así la estatura de un héroe romántico: es el hombre que, de "pobre aventurero de Medellín" se convierte en el conquistador de un imperio jamás imaginado por los monarcas europeos; por ello digno de ser retratado "vestido como un príncipe" al lado de su señor, Carlos V. Junto al triunfo militar, la fama, la riqueza, otro premio más, para acentuar la imagen romántica: el amor de una mujer

¹³. M, p. 121.

¹⁴. En Les yeux ouverts M. Yourcenar cuenta la historia de la elaboración de su libro sobre el emperador romano, y la manera como lo fue "viendo" de distintas formas a medida que transcurría su propia vida.

excepcional, también ella rodeada de un aura novelesca: doña Marina. Es como un Julián Sorel al revés: un Julián que ve cumplidos todos sus sueños de ambición y de pasión amorosa.

Por otra parte, Löwenstern, como muchos otros viajeros, se siente él mismo reencarnando a Cortés al pisar las playas de este "Nuevo Mundo". La referencia es explícita en numerosas ocasiones: al desembarcar en Veracruz, al recorrer Cholula, al contemplar a sus pies la ciudad de México; pero está además siempre latente en el discurso del viajero: viajar equivale a descubrir. Y el viajero se encarga de crear su propia figura de héroe con el relato minucioso de las penurias y fatigas por las que debe atravesar en su itinerario por estas terrae ignotae. Incluso refuerza ese paralelismo señalando en algún caso que el mal trato que recibe como extranjero tiene las mismas raíces, y las mismas manifestaciones, que el que recibieron Cortés y sus hombres¹⁵.

De este modo, el viajero no es sólo un hombre dotado de una lente de observación y de una pluma para atestiguar lo que ve; es un hombre que se sitúa dentro de una tradición de descubrimiento; es a la vez descubridor, conquistador y cronista.

Ciertamente, está consciente del tiempo transcurrido y de que sus circunstancias son, por lo general, absolutamente diferentes de las que vivió Cortés. No deja de marcar una y otra vez el contraste entre aquel pasado "glorioso" y este presente decepcionante, poblado por hombres de estatura casi enana, al lado de la de aquellos héroes. Pero la fuerza de la ilusión es muy

¹⁵. Episodio de Cholula, pp. 45 ss.

grande. Y aunque —excepcionalmente— el viajero se burle un poco de sí mismo al comparar la entrada triunfal de Cortés en la ciudad de Moctezuma, montado en su brioso caballo andaluz, con su propia entrada, en una diligencia muy prosaica y difícilmente convertible en materia épica, de todos modos el momento cobra para él una dimensión muy particular, y así lo transmite en su relato.

En esta línea de identificaciones es muy significativo el espacio que otorga a la descripción del cuadro con la figura de Cortés anciano, que se encontraba en el Hospital de Jesús. Con pocas páginas de diferencia presenta dos retratos : el de Cortés triunfante, al lado del emperador, y este otro, en que aparece solo, vestido como soldado, pero vencido ya por los años. Hay toda una meditación por parte del narrador en torno a esta figura que se le presenta patéticamente roída por el tiempo y el desengaño. El lector podría asociarlo con alguno de los caballeros del Greco — una figura barroca, que llevara como emblema la frase del Eclesiastés: "Entonces miré todo cuanto habían hecho mis manos, y todos los afanes que al hacerlo tuve, y vi que todo era vanidad y apacentarse de viento" ¹⁴.

Parece ser un rasgo del carácter del autor esta búsqueda de héroes a los cuales enaltecer; ya mencioné su visión de Iturbide, en cuyo caso el juicio es más complejo, contradictorio incluso: ¿héroe o soldado inescrupuloso?

Hay otra figura heroica que pasa fugazmente por el texto de Löwenstern, sin ser llamada por su nombre —no hacía falta— sino

¹⁴. Ecl. 2, 11.

presentada a través de la alusión: la figura de Napoleón. Aparece como trasfondo del retrato de Iturbide que, según Löwenstern, "quiso seguir el ejemplo del hombre de los siglos, a quien su genio inmenso elevara sin mácula, pero al que un solo crimen, tan inútil como cruel, volviera odioso"¹⁷.

Napoleón había muerto dos décadas antes. Sin embargo, en la etapa final de su viaje de regreso, Löwenstern hace una escala especial en Santa Elena para contemplar la tumba de este héroe que también, pudo pensar, había visto como Cortés de qué leve sustancia estaban hechas las glorias humanas¹⁸.

Es significativa la exaltación que hace Löwenstern de estos tres personajes:

Cortés: un modesto hidalgo español que llega a proporcionar a Carlos V un nuevo imperio, más grande y más rico que el que ya posee en Europa.

Napoleón: el hijo mayor de una pobre familia corsa, que domina casi toda la Europa y hace tomar un nuevo rumbo a la historia del mundo.

Iturbide: un criollo que, después de combatir ferozmente a sus compatriotas, declara la independencia de su país y se convierte en su primero y efímero emperador.

¹⁷. M, p.295. Entiendo que se refiere aquí a la ejecución, por razones políticas no muy justificadas, del duque de Enghien.

¹⁸. En la carta enviada al Bulletin de la Société Géographique de Paris a que ya hice mención, Löwenstern refiere que fue "uno de los últimos en visitar esa isla [Santa Elena] antes de que fuera privada del imán que atraía sobre ella los ojos del universo". Efectivamente, en 1842 los restos de Napoleón fueron trasladados solemnemente a los Inválidos.

¿Qué es lo que une a estos tres personajes? ¿Por qué aparecen juntos como objeto de la admiración de Löwenstern?

Dos elementos comunes destacan en estas figuras. En primer lugar, los tres son hombres que se han "hecho a sí mismos", vienen "desde abajo". Ninguno procede de una familia encumbrada, por su nobleza o por sus bienes. En los tres, por lo tanto, el motor que los ha hecho sobresalir es su propio carácter, su férrea voluntad, su ambición. Los tres tienen mucho de qué ser acusados. Pero para Löwenstern esto pasa a un segundo plano frente a la fuerza que emana de su personalidad.

En segundo lugar, los tres tienen un final marcado por el desengaño y el fracaso. Cortés muere en España sin lograr recobrar el favor del rey. Napoleón concluye sus días preso y desterrado. Iturbide es fusilado como traidor a la patria.

De la cúspide de la gloria a la sima de la desdicha: está aquí presente el tópico clásico de la rueda de la fortuna, con su sentido de ejemplaridad. De ahí que estas tres figuras despierten en Löwenstern una especial atracción, patentizada en el relato.

LA PERSPECTIVA TEMPORAL

En todo relato de un hecho vivido, la perspectiva temporal desde la cual se enuncia deja sus huellas en el texto. En el caso de Löwenstern, transcurren cinco años entre su viaje y la publicación de su obra. Hay, pues, un presente de la escritura y un presente de la historia vivida por el viajero. En diversas ocasiones éste hace

referencia al tiempo transcurrido:

a) Menciona el momento en que está escribiendo su "obrita" (26 de mayo de 1842)¹⁹.

b) Cuando trata sobre las instituciones políticas en México²⁰, hace constar que va a limitarse a poner "bajo los ojos del lector el cuadro del gobierno mexicano en 1838", ya que los acontecimientos recientes, en favor del partido de Santa Anna "[le] hacen suponer que [el sistema centralista] ha sucumbido ya" y que por lo tanto sólo se le puede considerar "bajo el punto de vista histórico" ²¹.

c) Al referirse a las diversiones de los mexicanos, alude al gusto por las peleas de gallos, por las cuales "el héroe de México, Santa Anna, a quien el favor público[...] ha designado nuevamente para la presidencia de la república" se apasiona "a un grado poco común"²².

d) En el cap. XX ²³, refiriéndose a su amigo, el general Luis Cortazar, acota que, después de su partida, le habían llegado rumores sobre su muerte; pero que se sintió feliz "al ver desmentida esa noticia en un artículo periodístico" ²⁴.

¹⁹. M, p. 10.

²⁰. Cap. VI, "Gobierno".

²¹. M, pp. 79-80.

²². M, p. 142.

²³. Que lleva como título "Hombres de Estado y militares célebres".

²⁴. M, p. 289. De hecho la noticia era cierta: véase la referencia de Tornel sobre "[su] difunto amigo el Sr. General D. Luis Cortazar", art. cit., p.252.

Estos datos nos permiten observar el sostenido interés de Löwenstern por el país visitado, sobre el cual sigue reuniendo información después de su partida.

e) En el comienzo del cap. XXVIII²³ recapitula, a la luz del tiempo transcurrido, los acontecimientos de su viaje: los peligros a que se ha visto expuesto, a la vez que la riqueza de la experiencia vivida. Partiendo del yo llega a una reflexión más general: tanto el viajero como el marino olvidan pronto los malos momentos , y sólo permanece el recuerdo de los más gratos, y el afán de aventura que los lleva a buscar nuevos itinerarios.

En estas páginas Löwenstern se muestra bastante contradictorio con sus propias opiniones vertidas anteriormente. Si bien reafirma lo que ha dicho en numerosas ocasiones -lo peor del viaje no son las dificultades naturales sino "la depravación de los habitantes" y su odio al extranjero- se extasía ahora ante la naturaleza tropical , "tan bella en su desorden", aunque antes la tachó de monótona, "triste" y "despojada de los encantos de la variedad"²⁴. Al mismo tiempo, traza una pintura poco menos que idílica de esos indios "en estado natural", casi desnudos, columpiándose todo el día en sus hamacas...mientras su mujer trabaja "junto al simple techo que les sirve de morada" ²⁵.

²³. "Mazatlán. Pronunciamento".

²⁴. M, p. 223.

²⁵. M, p. 421. No hay la menor ironía en Löwenstern al presentar este contraste, que seguramente no veía como tal. Pocas páginas antes había trazado un cuadro sombrío de esa misma forma de vivir: las chozas miserables, el aspecto desagradable de sus habitantes y la "indolencia" sin igual de los hombres...que no se levantan de sus hamacas(p.396).

¿Por qué este cambio de perspectiva? Creo que responde a dos motivos, que podrían explicar esta "contradicción" del texto:

En primer lugar, como señala el propio autor, la historia, teñida por los matices de la evocación, pierde sus aristas más ásperas; el recuerdo opera una transformación sobre lo vivido. A. Niderst explica la causa de esta transformación :

El recuerdo metamorfosea lo real, o más bien presenta su verdad. Del viaje sólo quedan algunas horas de infinita profundidad.[...] Es decir, que toda literatura es una "búsqueda del tiempo perdido", que sólo se lo recobra transfigurado. [...] El relato de viajes no es, pues, la descripción pintoresca de un Allá excitante y colorido; es simplemente un esfuerzo por suprimir el tiempo, y, como toda literatura, debe mentir primero para decir la verdad²⁴.

Según la idea de Niderst, pues, no hay contradicción en Löwenstern: hay sólo una metamorfosis operada por el recuerdo. Evidentemente, lo que el austriaco expresa en estas páginas, que cierran su itinerario con la llegada a Mazatlán, está pensado a la luz del tiempo transcurrido. Podrían, de hecho, constituir el capítulo final del libro. Pero dada su intención ideológica, la Conclusión estará construida en base a su pronóstico sobre el futuro de México.

²⁴. A. Niderst, "Les récits de voyage", p. 52.

Un segundo motivo, que no se contrapone con el anterior, sino que va entrelazado: estas páginas me parecen corresponder nuevamente a los clichés de los libros de viajes, a que ya he hecho mención. El lector europeo espera ver reafirmada una vez más sus ideas sobre este "paraíso salvaje" que es América. Una visión absolutamente negativa, como la que hasta aquí, salvo raras excepciones, ha dado Löwenstern, los defraudaría. Estas páginas, por lo tanto, tienen también mucho de concesión a ese lector. De ahí que resulten un tanto postizas las exclamaciones de admiración ante el "deslumbrante plumaje" de los pájaros tropicales, ante los "insectos relucientes", "las abundantes mariposas de vivísimos colores" y "las praderas esmaltadas de flores tan variadas como desconocidas para el europeo" ²².

En todo el relato, al referirse al paisaje, no ha manifestado esa admiración, excepto, como ya señalé, cuando el lugar le evoca parajes conocidos, como los Alpes.

Llevado quizás por esta asociación pinta en tono exaltado las sorprendentes bellezas de la región de Plan de Barrancas, "tan sublime como salvaje", poblada por desconocidos insectos multicolores y plantas nunca vistas. Pero se trata de un pasaje excepcional en el texto donde predominan las apreciaciones sobre una naturaleza monótona y carente de encantos (que, está dicho tácitamente, adornan en cambio el paisaje europeo).

²². M., p. 421.

LOWENSTERN COMO NARRADOR

Un libro de viajes es, esencialmente, un libro descriptivo: se trata de fijar en la imaginación y en la memoria del lector una serie de elementos que hasta entonces le son ajenos. Para ello se recurre a la descripción, a la acumulación de rasgos caracterizadores que través de la semejanza o de la oposición van conformando una imagen captable y asimilable por la mente del lector. Así, en los libros de viajes se repiten las descripciones de paisajes, ciudades, edificios, fisonomía y vestimenta de los habitantes de los diversos grupos sociales, cultivos, minas, etc.

Sin embargo, aparecen también, necesariamente, pasajes narrativos. En algunos casos, porque así lo exige la estructura de la obra, basada en un itinerario geográfico y cronológico a la vez: hay que dar cuenta de esos desplazamientos. En otros casos, la descripción deja paso a una escena costumbrista : desde una tertulia o una función de ópera hasta la doméstica tarea de fabricar tortillas son "espectáculos" diferentes, y por ello materia para la crónica del viajero.

Löwenstern comparte estos rasgos, y en su texto no pueden dejar de aparecer los obligados cuadros de una corrida, una procesión, un paseo por la Alameda, la fabricación del pulque...

Nuestro viajero no es, desde luego, un escritor "profesional". Sin embargo, hay que reconocerle bastante talento narrativo, que asoma en ciertos pasajes donde se deja llevar por el interés o el patetismo de la escena contada. Me limito a un ejemplo: el Cordonazo que provoca efectos devastadores en el puerto de

Mazatlán, en los últimos días de octubre de 1838. Abandonando el tono general de la obra, descriptivo e informativo, aquí crea un verdadero micro-relato, donde se manejan diversos recursos literarios: descripción del paisaje; trazado de personajes (incluso con una breve referencia a su historia anterior, como en el caso del capitán Little); manejo de la antítesis (día claro y sereno/ noche tormentosa); uso de la ironía trágica (el capitán promete al narrador llevarlo un día a visitar el Crestón, la roca donde habrá de estrellarse su barco); presagios funestos (los sueños del narrador);, muerte heroica del capitán, que, en la mejor tradición de los marinos, se hunde con su nave; y hasta un remate truculento: nunca se encontró su cuerpo, porque "los tiburones fueron su tumba".

Dentro de esta veta de narrador, quiero destacar otro recurso frecuente en Löwenstern: el uso de la anécdota con función ejemplarizadora. Es una constante más de los libros de viajes: la encontramos ya, por ejemplo, en la obra de Gage, donde sirve para demostrar lo corrompido de la sociedad novohispana bajo el yugo de la corona española³⁰.

Por lo general, la anécdota ejemplar pretende ilustrar al lector sobre una característica del pueblo al que se está

³⁰. Es inolvidable el episodio protagonizado por el pobre obispo de Chiapas durante la visita de Gage a esa región. Las damas de la alta sociedad, en venganza porque el obispo les había prohibido hacerse servir en la iglesia, en plena misa, toda clase de refrigerios, le dieron a beber una taza de chocolate...envenenado. Cf. Gage, Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales, cap. XVI.

"retratando" , a fin de ponerlo en guardia por si alguna vez se le ocurre visitar la región; o hacerlo regodearse en su buena conciencia, de manera que pueda decirse con íntima satisfacción: "En cambio nosotros no somos así"²¹.

La anécdota cumple también una función estilística: el escritor crea pequeños núcleos narrativos en una obra que tiene fundamentalmente un carácter descriptivo. La larga enumeración de poblaciones, caminos, tipos de vegetación, sistemas de gobierno, etc., que constituyen la temática obligada de estas obras, se interrumpe de pronto para dar paso a la narración. Esta puede ocupar unas pocas líneas o varias páginas. Pero siempre contribuye a aligerar el texto, a hacerlo más ameno, al poner en acción a los personajes en lugar de limitarse a describirlos. En ocasiones se introduce el diálogo. Y a través de diversos recursos —que analizaré más adelante, al referirme a una anécdota en particular— se hace explícita una voluntad de "hacer literatura" que no siempre está presente en el resto de la obra.

Otra constante de este tipo de anécdotas radica en el hecho de que en su gran mayoría han sido protagonizadas por el narrador, o por alguien muy cercano a él: "Yo vi...", "Fui testigo...", "A un amigo le ocurrió que..." son las formas más frecuentes para

²¹. Un ejemplo entre muchos: Becher señala que en México, para protegerse de los bandidos, sólo se puede viajar "en caravanas suficientemente fuertes. Tout comme chez nous!, es lo que podría exclamar un italiano o un español. ¡Una expresión que nosotros los alemanes no conocemos!" (Cartas sobre México, p.66).

introducir la anécdota en el relato²². Esta insistencia me parece responder más bien a un recurso retórico que a una auténtica "veracidad" en la atribución de los protagonistas. Siempre es más convincente relatar lo que a uno mismo le ha sucedido que lo que le ha llegado de oídas, a través de fuentes de segunda o tercera mano, y por lo tanto más sospechosas. En este sentido, este recurso podría relacionarse con el tipo de narración "enmarcada", tan frecuente en la novela tradicional, en que el narrador finge haber encontrado un manuscrito o recibido la confesión de un amigo²³. Ambos recursos apuntan al mismo efecto: corroborar la "veracidad" de lo relatado, dándole así mayor poder de convencimiento, al situarlo más cerca de la "realidad".

Sin embargo, con frecuencia esas anécdotas "verídicas" remiten a otras ocurridas en lugares y tiempos muy distantes, lo cual más bien nos inclina a pensar en formas pertenecientes al imaginario colectivo que en sucesos reales. Un ejemplo: Löwenstern refiere un episodio supuestamente protagonizado por Iturbide durante la guerra de Independencia. El que era por entonces uno de los principales jefes realistas toma prisionero a un cura insurgente, amigo suyo. Cenar juntos, evocan recuerdos de juventud...y al día siguiente el cura es pasado por las armas. Una anécdota muy similar —con las variantes del caso— es relatada por Ricardo Palma en la tradición

²². Solamente dos de las anécdotas que aparecen en la obra de Löwenstern tienen como protagonistas a personas ajenas al narrador: la anécdota sobre Iturbide (p. 293) y la que le ocurre a un viajero inglés (pp.191-192).

²³. Pensemos en María, de Isaacs, o en Clemencia, de Altamirano, por dar sólo dos ejemplos del romanticismo en Hispanoamérica.

"Comida acabada, amistad terminada", donde el conquistador Carvajal, después de agasajar en su mesa a su amigo Hurtado, manda darle garrote".

En la obra de Löwenstern aparecen once episodios que pueden clasificarse dentro de esta categoría que llamo "anécdota ejemplar". Como señala el propio autor, cada una podría llevar un título: una forma más de destacar la autonomía que llegan a adquirir dentro del texto, al que están al mismo tiempo íntimamente ligadas, puesto que contribuyen a reafirmar las tesis ya expuestas en forma teórica.

Estas anécdotas varían en extensión: desde las más breves, que ocupan de ocho a diez líneas³⁶, hasta la más extensa, que abarca ocho páginas en el original³⁷.

A veces se insertan dentro del capítulo; por ejemplo, en medio de una descripción de costumbres. Pero las más extensas —y las más logradas literariamente— aparecen como remate de un capítulo, que se cierra así de manera novelesca³⁷.

¿En qué se ha basado Löwenstern para hacer la selección del abundante material anecdótico recogido durante su viaje, y que reduce a unos pocos ejemplos? Evidentemente, en la finalidad que

³⁶. Ricardo Palma, Tradiciones peruanas, pp.25-26.

³⁵. La de rigor sobre los bandidos, p. 23; la riña entre un cochero y un cargador, p. 188.

³⁶. La lucha entre el toro y el tigre, al final del cap. XII.

³⁷. Anécdota del jugador que pierde toda su fortuna, pp. 155-157; robo del equipaje de Löwenstern a manos de sus criados, 363-366; el inglés y el ladrón, 191-192; el toro y el tigre, final del cap. XII.

persigue en toda su obra: el señalamiento —y enjuiciamiento— de los defectos que encuentra en esta sociedad. El viajero se erige en moralista: "Los errores de un hombre o sus vicios, mucho más frecuentes que sus virtudes, ofrecen un campo muy vasto, pero muy triste de recorrer" ²⁸. Y a riesgo de "ser condenado por develar la verdad" se dedica a mostrar con dedo acusador esos vicios y esos errores. Así, a través de la serie de anécdotas que presenta, se va perfilando su retrato del mexicano: cobarde, fanfarrón, inculto, rebelde a las leyes, poco sincero, despreocupado, jugador, ingrato, ladrón... Cada una de las anécdotas apunta a un blanco bien definido. Y para redondear la enseñanza que se propone dar, no olvida presentarla también en términos teóricos, al comienzo o al final del episodio narrado. En tal sentido, el episodio de la lucha entre "el toro mexicano y el tigre francés" merece ser destacado como una de las anécdotas más representativas, a la vez que la más rica a nivel narrativo.

El propio viajero señala por qué le dedica tanta atención: porque el episodio "cobró un matiz político tan original y tan adecuado para dar una cabal idea del carácter mexicano que [se cree obligado] a relatarlo con todo detalle"²⁹.

En páginas anteriores ha expuesto el momento histórico que vive el país. A fines de 1837 Francia, en plena expansión imperialista, presenta una serie de reclamos al gobierno mexicano por daños sufridos por sus súbditos durante las guerras civiles.

²⁸. M, p. 145.

²⁹. M, p. 167.

Tales reclamos desembocan en el envío de una flota que sitia los puertos del Golfo, y en la presentación de un ultimátum por el ministro Deffaudis, el 21 de marzo de 1838, en respuesta al cual el gobierno mexicano declara la guerra a Francia.

Se suceden una serie de peripecias diplomáticas y bélicas, como el bombardeo del puerto de Veracruz, donde Santa Anna -cuyas acciones estaban en franca decadencia tras la derrota de Texas- se cubrirá de gloria gracias al cañonazo francés que le llevará una pierna, convirtiéndolo de nuevo en primera figura...y haciéndole acreedor al mote de "Quince Uñas". Finalmente, México terminará pagando gran parte de la elevada indemnización exigida por Luis Felipe.

Löwenstern es abiertamente favorable a las pretensiones de Francia. Ya lo ha declarado varias veces en páginas anteriores. Ahora la anécdota servirá para reforzar ese parti pris.

En otros casos, el procedimiento que sigue es exponer la anécdota y luego la moraleja. En éste, utiliza el procedimiento contrario: la tesis que plantea (la presunción del mexicano, que comete el imperdonable pecado de creerse "el igual de las grandes potencias", y su despreocupación -se vuelca a los espectáculos cuando su país se ve seriamente amenazado) está expuesta al comienzo del relato.

El hecho de presentar una narración inusualmente extensa le da la posibilidad de desarrollarla mediante una variada serie de recursos. Comienza con una descripción costumbrista: la multitud que se amontona en la plaza de Toros, el pueblo, representado por los léperos, y en el extremo opuesto de la escala social, el presidente Bustamante y las damas de sociedad. Pero incluso en esta

breve descripción costumbrista el narrador afila los dardos de su crítica: no pierde la oportunidad de reiterar que las señoras mexicanas confunden elegancia con exhibición de riqueza, y que en este sistema pretendidamente igualitario, no se trata a las autoridades con el respeto que merecen.

El narrador no comparte en absoluto los sentimientos del público. Se ubica en una postura omnisciente, lo cual le permite ejercer esta crítica acerba. En todo caso, se pone a la altura de su lector europeo, con quien sí comparte una serie de códigos.

Después de dar una visión panorámica del recinto, su atención se fija en un punto, en el cual están clavados los ojos de todos los concurrentes: la jaula, en el centro del ruedo, donde se desarrolla la lucha entre las fieras. Es interesante destacar los términos que utiliza para designar a ambos oponentes. Desde una postura opuesta a la del público, se asocia, sin embargo, paradójicamente, a su visión, y describe la lucha como si fuera un "juicio de Dios", al estilo medieval. Por ello, los animales se encuentran personificados: son el héroe, el campeón, el feroz enemigo, el guerrero consumado, el actor modesto. En estos apelativos campea la ironía, evidentemente, pero no deja de resaltar el hecho de que, a pesar suyo, de alguna forma se ha dejado penetrar por el sentir general.

Otro recurso retórico, para acentuar irónicamente el contraste entre una simple lucha de fieras y la connotación de augurio patriótico que el público le da, lo constituye la cita en latín: el idioma que se utiliza para los actos elevados, solemnes, el que evoca todo un pasado clásico al que son totalmente ajenos, en

opinión del narrador, quienes presencian el espectáculo, pero no los lectores de la obra, que saborearán el humor de esa cita.

El final del relato es un acierto, tanto a nivel literario como a nivel del mensaje ideológico del narrador. Hay un vuelco de fortuna, que puede conocer el narrador omnisciente, por ello capaz de adelantarse en el tiempo.

El desenlace inmediato, el que está a la vista de todos -el triunfo del toro- augura la victoria para la nación mexicana; el desenlace posterior y definitivo -el toro sucumbe a sus heridas, el tigre sobrevive debido a su fuerte naturaleza- es el que tiene que verse como el augurio más certero, que resume, en la penúltima frase del capítulo, con pocas y tajantes palabras el narrador: "Cuatro meses más tarde fue tomado San Juan de Ulúa y aceptado el ultimátum". Cabe acotar que, en aras de una frase feliz, el narrador falsea el dato histórico: el fuerte de Ulúa cayó en poder de los franceses en noviembre de 1838, es decir, siete meses, y no cuatro, después del episodio relatado. No creo que Löwenstern desconociera esa fecha; pero para su objetivo es más adecuado abreviar los plazos entre la euforia nacional y la derrota.

La frase final redondea el relato. No hace falta aquí volver a explicitar la moraleja. Hay una especie de guiño de sobreentendimiento del narrador a su lector europeo. Los hechos hablan mejor que las palabras ".

"En un periódico de la época, El Cosmopolita, publicado en la ciudad de México, aparece en el número del 5 de mayo de 1838 un editorial dedicado a reflexionar sobre el mismo episodio relatado por Löwenstern. Lo hace, evidentemente, desde una óptica muy distinta. Pero también saca conclusiones. En este caso, por tratarse de un periódico opositor, el editorialista, aunque aprueba que "sea considerado como feliz presagio el triunfo que consiguiera

LAS LECTURAS DEL VIAJERO

Ya señalé anteriormente que los viajeros llegan provistos de un bagaje de conocimientos previos procedentes de más o menos numerosas lecturas, tanto de historiadores antiguos como de viajeros contemporáneos. Ninguno deja de mencionar esas fuentes, ya sea para reverenciarlas (Ward frente a Humboldt), ya para completarlas o corregirlas.

Löwenstern no es una excepción. Sin embargo, también en este punto encontramos en él algunos aspectos que lo diferencian del resto de los viajeros. Uno, sobre todo: no menciona a Humboldt en ninguna ocasión, lo cual sorprende más por tratarse de un autor con quien comparte todo un mundo de referencias culturales, empezando por el idioma.

Sin embargo, no me parece aventurado afirmar que sí lo leyó, o al menos tenía un conocimiento indirecto de su obra, dado que:

- 1) En muchos casos sigue muy de cerca sus teorías.
- 2) Otras veces, al confrontar su opinión con la de informantes anónimos ("se dice...") de hecho se está oponiendo a juicios de Humboldt.

el toro mexicano sobre el tigre de Bengala", crítica acerbamente el que el gobierno autorice "esos espectáculos sanguinarios y horriblos que estremecen a la Naturaleza misma", "odiosa herencia de los españoles", pero que no es de extrañar que se permitan, y se aplaudan, "en la época luctuosa del imperio de los oligarcas antropófagos (sic), patronos descarados de la retrogradación más ignominiosa del despotismo y de la tiranía". Cito este texto como ejemplo de la pluralidad de conclusiones que pueden extraerse de un mismo hecho, de acuerdo con la perspectiva y los objetivos de quien escribe.

Veamos algunos ejemplos de ambas actitudes.

1) Al hablar de los indios, Löwenstern repite al pie de la letra los conceptos que Humboldt formulara en su Ensayo: carecen de toda imaginación, pero tienen grandes dotes para la imitación; su apariencia apática y estúpida encubre en realidad una personalidad astuta⁴¹; lo que les atrae de la religión católica son las formas exteriores, pero no llegan a comprender en lo más mínimo el dogma cristiano⁴².

2) Otras veces, en cambio, Löwenstern se opone a las afirmaciones de Humboldt. Pero nunca directamente. Es más, como ya señalé, nunca lo cita por su nombre. Veamos algunos ejemplos:

a) Humboldt dice en su Ensayo que lo que distingue a los indígenas es "su falta de alegría natural"⁴³. Löwenstern afirma en cambio: "Los indígenas están muy lejos de ser melancólicos, y su aire tímido y dulzón es lo único que pudo inducir a error a quienes así los pintan"⁴⁴.

b) Al hablar de la ciudad de México, Humboldt destaca su arquitectura, la regularidad de sus calles, la sobriedad de las fachadas, de resultas de lo cual considera a la ciudad "una de las más hermosas que los europeos han fundado en ambos hemisferios"⁴⁵.

⁴¹. Ensayo, p. 64.

⁴². Ensayo, p. 63; cf. con lo que dice Löwenstern en el cap. IX, "Hospitales. ceremonias religiosas".

⁴³. Ensayo, p. 65.

⁴⁴. M., p. 177; el subrayado es mío.

⁴⁵. Ensayo, p. 118.

Cuando habla de sus monumentos, tiene palabras elogiosas para el Caballito de Tolsá: "obra que [...] excede en primor y pureza de estilo a cuanto nos ha quedado de este género en Europa"⁶⁶. Löwenstern, por su parte, afirma:

[La ciudad] no merece los calificativos de magnífica, de la más hermosa de las ciudades, que muchos viajeros le han otorgado imitando el estilo exagerado de los españoles"⁶⁷.

Y sobre el Caballito dice:

La perfección artística de esta estatua ha sido alabada exageradamente; las formas que presenta son, por el contrario, lo más pesado que pueda encontrarse en este género"⁶⁸.

Resulta curioso este juego de ocultamiento que encierra a la vez un desafío y un homenaje al viajero alemán. ¿Por qué no enfrentarse con él directamente, en caso de discrepar con sus afirmaciones en forma tan radical, como en el caso de la estatua de Tolsá?

Es arriesgado aventurar aquí una respuesta. Planteo, pues, más bien una hipótesis: Löwenstern, al escribir su obra, es un neófito en el terreno científico, donde en cambio Humboldt desde

⁶⁶. Ensayo, p. 80.

⁶⁷. M, p. 58; el subrayado es mío.

⁶⁸. M, p. 110.

hace mucho tiempo es una figura universalmente reconocida. De ahí que no pueda —ni quiera— enfrentarse abiertamente con él. Pero, provisto de la autoridad que le da su propia experiencia, y la férrea convicción de que su juicio nunca yerra, no deja de expresar sus desacuerdos, aunque vele el nombre de su antagonista.

El hecho de que no nombre a Humboldt, aunque cobra particular significado en el texto por las razones que acabo de señalar, no es una excepción en su obra. Son pocas las fuentes, literarias o históricas, a las que menciona explícitamente.

Ocupan el lugar más destacado las crónicas de Cortés y Bernal Díaz, a las que se refiere en varias ocasiones y que llega a citar textualmente ¹⁹.

El único viajero al que menciona explícitamente es "M. Jomard"²⁰. En el capítulo dedicado a exponer sus teorías sobre el origen de las pirámides mexicanas, dice apoyarse en las afirmaciones de este "sabio ilustre" y "celoso protector de los descubrimientos geográficos" para emitir un juicio sobre los monumentos prehispánicos de la costa del Atlántico, que Löwenstern no recorrió personalmente.

¹⁹. Cita la Segunda Carta de Cortés (M., p. 108), y el cap. 83 de la Historia verdadera (M., p. 46).

²⁰. Edmond François Jomard (1777-1862), geógrafo y arqueólogo francés, integró el grupo de científicos que acompañaron a Napoleón a Egipto, y escribió numerosos trabajos sobre el tema. Fue presidente de la Academia de Ciencias hacia 1840, y un asiduo corresponsal de Humboldt, a quien consulta sobre temas americanos (cf. Humboldt, Cartas americanas, passim).

Entre los autores mexicanos, cita a Juan N. Almonte, que acababa de publicar su Catecismo de geografía¹¹.

Menciona también la obra de Carlos M. Bustamante, Cuadro histórico de la Revolución de la América Mexicana, de la cual extrae una de sus anécdotas sobre Iturbide. No expresa su propia opinión sobre el texto, por lo cual, en éste, como en muchos otros casos, me cabe la duda de si lo leyó personalmente; pero expone la opinión de numerosos lectores que reprochan a Bustamante haber hecho un retrato demasiado negro del personaje, y en general ofrecer una visión demasiado partidista de los hechos ¹².

Cita también el Calendario de Galván ¹³, obra que "se esfuerza por introducir conocimientos útiles y populares".

Fuera de estas menciones, cuando se refiere a la literatura mexicana lo hace de manera muy vaga y con un desconocimiento total del tema; sin embargo, una vez más, éste le sirve para reafirmar su juicio sobre el "atraso" en que se encuentran las ciencias y las

¹¹. M, p. 93. En El Cosmopolita del 17 de enero de 1838 se hace una elogiosa reseña del Catecismo de geografía universal del coronel Juan N. Almonte, redactado en forma de preguntas y respuestas y con un precio muy accesible al público, ya que al autor sólo lo guía el interés de "ser útil a una nueva generación".

¹². M, p. 292.

¹³. M, p. 115.

letras en el país⁵⁴.

En algún caso llega a hacer afirmaciones equivocadas, como cuando considera al Diccionario de la lengua mexicana y española de Alonso de Molina (1571) el primer libro impreso en América⁵⁵.

En cuanto a la literatura de ficción, Löwenstern es aún más parco. La única referencia directa apela al Gil Blas de Santillana, la famosa novela picaresca de Le Sage⁵⁶.

Otras menciones (al Quijote, cuando asocia las posadas mexicanas con las que existían en España "en tiempos del célebre caballero de la Mancha", y a las Mil y una noches, cuando considera igualmente fantásticos los sueños de los que invirtieron en las minas mexicanas) pueden considerarse más bien como referencias culturales, que forman parte del patrimonio occidental y están en

⁵⁴. En el capítulo VIII ("Establecimientos científicos") hay una referencia muy general a la "literatura mexicana" que, dice, dado que los conocimientos se encontraban básicamente concentrados en manos del clero, adolecía de esa "predilección por las discusiones teológicas" que también había proliferado en Europa a partir de las guerras de Reforma, pero había sido ampliamente superada desde un siglo y medio atrás (pp.103-104).

⁵⁵. El título de la obra es en realidad Vocabulario en lengua castellana y mexicana (Löwenstern lo moderniza al llamarlo "Diccionario"). La imprenta se estableció en México en 1539, y durante el siglo XVI se imprimieron más de 180 obras sobre diversos temas (numerosas Doctrinas, como la de Zumárraga -1543- o la de fray Pedro de Córdoba -1544-, la Recopilación de Leyes del virrey Mendoza -1548-, etc.). Así pues, hubo otros textos anteriores a la obra de Molina. Cf. A. Pompa y Pompa, 450 años de la imprenta tipográfica en México.

⁵⁶. Löwenstern se siente estafado como el inocente - y presuntuoso- Gil Blas en su primera salida al mundo, cuando un compañero de mesa acepta la invitación que él le formula...esperando precisamente que la rechace (p.76; la anécdota a la que alude aparece en el cap. 2 del libro I del Gil Blas).

la mente de todos, que como una lectura directa.

Ya señalé la influencia de la ópera como proveedora de prototipos. Löwenstern, al hablar del traje de los toreros, se ahorra su descripción señalando que es el que Figaro "nos ha hecho familiar". La alusión es clara para sus lectores, con quienes comparte los mismos códigos culturales, y por lo tanto conocen también la ópera de Rossini.

En su libro sobre los Estados Unidos ¹⁷ había comparado burlescamente los estirados y pretensiosos modales de los pasajeros norteamericanos del Wellington —el barco que lo conduce a Nueva York— con la pétrea figura del Comendador en el Don Juan de Mozart (otra ópera de enorme éxito, y cuyos prototipos estaban en la mente de todos¹⁸).

Para concluir, podríamos afirmar que a menudo la cantidad y la calidad de las lecturas de cada viajero son uno de los signos que permiten detectar, por un lado, su grado de educación y el medio en que se desenvuelve, y por otro, su curiosidad y su grado de apertura hacia el nuevo mundo que va a conocer. En el caso de Löwenstern su bagaje de lecturas es bastante limitado. Creo que no es arbitrario, por ello, revertir sobre él el juicio que hace sobre la mayoría de los mexicanos de clase alta con los que se encuentra en las tertulias. Los acusa de dedicarse a una "lectura a menudo

¹⁷. EU, p. 18.

¹⁸. Como se recordará, Martínez de Castro se burla de Waldeck, entre otras cosas, porque —quizás en un momento de apuro económico, o guiado por una oculta vocación por las tablas— había desempeñado el poco comprometido papel de estatua durante una representación del Don Juan.

frívola", que procede por lo general solamente de panfletos", y de que, provistos de unos pocos conocimientos prendidos con alfileres, se dedican a pontificar sobre todos los temas -de los que "sólo poseen nociones muy generales e incompletas"- sin aceptar la menor objeción.

¿No es el propio Löwenstern el que se está aquí describiendo a sí mismo?

CAPITULO VI. LOWENSTERN FRENTE A SUS LECTORES

Todo escritor tiene presente, al crear su obra, un lector virtual, a la vez que un lector ideal¹. Se escribe, en buena medida, en función de un destinatario.

Al analizar la más extensa — y "aleccionadora"— de las anécdotas ejemplares que aparecen en el texto de Löwenstern, ya hice mención a esa complicidad entre autor y lector, a esos códigos compartidos por ambos.

En otras ocasiones Löwenstern apela directamente a sus lectores: así en el "Prefacio", donde les concede libertad para juzgar sobre la mayor o menor justeza de sus observaciones, tanto sobre Estados Unidos como sobre México; o al mencionar la falta de información que reina en Europa sobre los hombres "de real mérito" de estas tierras americanas (sólo se conocen los jefes de guerrillas²), para dedicarse él a la tarea de esclarecer a sus lectores sobre este punto³.

Hay, pues, una afinidad, un lenguaje común, en buena medida hecho de sobreentendidos, de relaciones que se dan tanto en la mente del autor como del lector, aunque no se expliciten en las páginas de la obra.

¹. Cf. R. Bourneuf y R. Ouellet, L'univers du roman.

². En español en el original.

³. M., p. 283.

Estos lectores tienen ya determinadas expectativas frente al texto de viaje, que por lo tanto necesita cubrir una serie de requisitos que lo conforman como género: de ahí la reiteración obligada de ciertos temas que en determinados casos llegan a convertirse en clichés. De ahí, también, que la actitud del viajero del XIX, la posición que adopta de "hombre civilizado" frente a un mundo más o menos salvaje (siempre, en todo caso, distinto...y por lo tanto inferior) no produzca sorpresa ni rechazo entre sus lectores europeos: simplemente ven reforzada la conciencia que tienen de su superioridad sobre esos hombres y países "exóticos", adjetivo que en su fuero interno probablemente conviertan en sinónimo de "bárbaros".

Pero ¿cuál es la repercusión de este tipo de obras entre los lectores del país que se afirma reflejar "fiel y objetivamente"?

La reacción del lector que cumple a la vez el papel de protagonista -como miembro del grupo humano "retratado" en el libro de viajes, cuando no como personaje mencionado con nombre y apellido- se manifiesta de diversas maneras.

La sátira. Frente a la crítica, está la posibilidad de contestar con la burla, con la parodia. Enfrentar con sus propias armas al escritor -convertido en adversario- y mostrarle cómo a su vez se puede "retratar" a su país, al grupo humano a que él pertenece.

Uno de los grandes costumbristas españoles, Mesonero Romanos, elige este recurso al narrar su viaje por Francia y Bélgica. Se

burla donosamente de los viajeros transpirenaicos que, poseídos por la fiebre de los viajes, toman un buen día la diligencia para Madrid, con la cabeza llena de poéticas fantasías que pretenden confirmar con la realidad. Cada castillo les evoca al Cid, cada posada, la venta de don Quijote, y están a la pesca de dueñas adoloridas que a la menor provocación los convertirán en sus paladines. Por supuesto, todo árbol del camino debe encubrir una partida de bandoleros, y si no los encuentran, se sentirán profundamente defraudados ante esta falta imperdonable de "color local". Dice Mesonero:

Por este estilo siguen nuestros gálicos viajeros daguerreotipando con igual exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos; y después de permanecer en España un mes y veinte días, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del reino, la Mancha, las Andalucías, Valencia, Aragón y Cataluña; apreciando como es de suponer con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera a decir buenos días en español, regresan a su país con la cabeza llena de ideas y el cartapacio de anotaciones; y al presentárseles sus editores responden a cada uno con su ración correspondiente de España[...]. Ahora bien, si es tan fácil a nuestros vecinos pillarnos al vuelo la fisonomía [...] ¿será cosa de callarnos nosotros siempre, sin volverles las tornas, y regresar de su

país aventurado sin permitirnos siquiera un rasguño de pincel? ⁴

Entre los escritores hispanoamericanos no he encontrado hasta el momento quien apele al recurso de la sátira para pagar con la misma moneda a los viajeros que en "un mes y veinte días" pretenden conocer a fondo el país⁵. La respuesta elige otros caminos:

-El análisis crítico de la obra en cuestión.

-La justificación de los vicios o errores en ella presentados, aportando nuevos elementos, por lo general extraídos de la historia del país, que el viajero no ha podido o querido conocer.

-La crítica al propio viajero: no sólo a su obra, sino a su persona.

El libro de Löwenstern, que cayó en el olvido a fines del siglo XIX, aparece citado en años anteriores en varias ocasiones como el prototipo de la crítica negativa e incomprensiva sobre México. Elegiré solamente algunos comentarios sobre el texto: primero, los que surgieron al aparecer la obra, y que se caracterizan por el tono indignado y polémico; y luego, el juicio posterior de Altamirano, caracterizado por un tono más reflexivo

⁴. R. Mesonero Romanos, Recuerdos de un viaje por Francia y Bélgica en 1840-1841, p. 245.

⁵. Hay, sí, una parodia escrita con un humor desopilante, sobre el latinoamericano deslumbrado porque viaja a París: las "Impresiones de viaje por el Sr. Ministro de Relaciones", de Vicente Riva Palacio, atribuidas por él a Lafragua, del que se burla de la manera más ingeniosa y chispeante. Pero seguramente el gobierno no compartía su sentido del humor, porque confinó al escritor en San Juan del Río, interrumpiendo así sus colaboraciones en El Ahuizote, donde aparecía esta supuesta crónica en episodios (1874). Cf. Vicente Riva Palacio, Antología, pp.42-71.

y por extraer, de esa crítica negativa, toda una propuesta positiva para la literatura nacional.

Los críticos de Löwenstern resaltan sobre todo dos aspectos del texto: su espíritu intervencionista y la mala fe con que describe una realidad que no pudo conocer en unos pocos meses, pero sobre la cual se considera con todo el derecho a pontificar, sancionar, ironizar y aconsejar.

Respecto al primer punto, recordemos la frase clave con que cierra su "Prefacio":

Es la Europa sola la que puede, la que debe intervenir para hacer cesar un estado deplorable, contrario al espíritu de una época ilustrada, en que la felicidad del mundo es el deseo de los soberanos y de los pueblos.

Respecto al segundo, como ya hemos visto, en todo momento el viajero se muestra como un ser descontentadizo y atrabiliario, añorando siempre el pasado colonial y aventurando los más sombríos pronósticos para el sistema democrático.

La crítica de José María Tornel

En El Museo Mexicano aparece un extenso artículo del general José María Tornel, fechado el 11 de septiembre de 1843. Si recordamos que el libro se publicó en París ese mismo año, podemos observar que en México se estaba bastante al día con respecto a las

novedades bibliográficas, sobre todo, como es lógico, en lo que hace a las obras que tenían particular interés para los lectores de este lado del océano.

El artículo de Tornel aparece en la sección Bibliografía bajo el título "México, o las Memorias de un viajero: por Isidoro Löwenstern, autor de «Los Estados Unidos y La Habana». Un tomo en 4º en francés, impreso en París por Arturo Bertrand".

Tornel -a quien sus actividades como ministro de guerra no impedían el ejercicio de la pluma, rasgo que comparte con tantos hombres públicos del XIX- traduce extensos párrafos del libro de Löwenstern, y va realizando un análisis severo de sus principales apreciaciones.

El artículo se inicia con estas palabras:

Parece que el genio del mal es el que inspira a algunos viajeros de Europa y de los Estados-Unidos, [a] visitar nuestro país con una malevolencia y con una decisión por la caricatura y el sarcasmo, que desmienten los estudios filosóficos a que se suponen entregados.

Luego critica en general a los viajeros que olvidan que sabio es quien indaga lo peculiar de cada país, en lugar de lamentar que no sea idéntico al suyo; y se pregunta:

¿No era mejor que estos hombres ligeros escribieran novelas, en las que pudiera dejarse correr a la imaginación sin las trabas y embarazos de la crítica, que no puede dejar de ser

circunspecta, justa y verdadera? Tal conducta ha inspirado una general desconfianza sobre los escritos de viajes, y cuando la imaginación se dirige con ahinco y con anhelo a esta clase de investigaciones, se encuentra burlada y también ofendida.

Después de esta introducción, va al meollo de su crítica:

Con el título de "Memorias de un viajero" ha publicado el Sr. Isidoro Löwenstern una infame sátira cuyo blanco ha sido nuestra patria, y felizmente desde el prólogo de su obra, descubre sus intenciones y su fin político, que es el de inclinar a las potencias de Europa a que intervengan en los negocios de América, trastornando sus gobiernos y transformándolos en monárquicos.

A lo largo de su artículo, Tornel va desmenuzando las críticas de Löwenstern, y contraponiéndole realidades que el viajero no ha podido o no ha querido ver. "Yo no busco excusas, sino señalo causas", afirma Tornel, sintetizando en una frase lo que constituye la base de su análisis. Así, por ejemplo, frente al sombrío panorama que traza el viajero del carácter y la situación del indígena, Tornel afirma:

La condición de los indígenas en nuestra patria no ha podido mejorar en los pocos años que han transcurrido desde que se conquistó la independencia, porque los efectos de una degradación sistemática de tres siglos no se destruyen tan

fácilmente. Mas se han hecho grandes esfuerzos para aliviar y mejorar su suerte[...].

También echa mano de otro recurso: confronta la crítica del viajero con su propia visión, pero no como individuo sino como representante de una nación. Frente a la suma de defectos con que el viajero abrumba al indígena, Tornel hace resaltar sus cualidades:

Solamente un escritor tan despreocupado como nuestro antagonista⁴ ha podido no notar las relevantes cualidades que poseen nuestros indígenas, sus virtudes espartanas, y los servicios que prestan sin interés alguno a su patria.

Entre los escasísimos hombres públicos que Löwenstern menciona con elogio figura el general Luis Cortazar, a quien el viajero considera "para lo futuro como el apoyo más firme de un gobierno sabio e ilustrado, y de un trono que descansa sobre fundamentos sólidos, como lo necesita México".

El general Cortazar ya había muerto cuando se publica el libro, pero Tornel sale a la palestra en nombre de su amigo para desmentir enérgicamente las tendencias monárquicas que Löwenstern le atribuye. Se siente autorizado a hacerlo por haber sido "poseedor de todos sus secretos políticos, no conociendo límites su confianza en este punto". Cortazar era, sí, un hombre moderado, pero eso no implicaba que fuera partidario del "establecimiento

⁴. El subrayado es mío.

exótico de un trono en México".

El texto de Tornel insiste en lo que constituye, como vimos, el eje de la obra de Löwenstern: la invitación a las potencias europeas para que vengan a establecer el orden en este país incapaz de gobernarse a sí mismo. Y sobre este tema abunda en opiniones fundamentadas, donde la severidad de los juicios no incide en el tono equilibrado y reflexivo del artículo. Sin embargo, no puede resistir la tentación de utilizar alguna vez la ironía. Löwenstern relata que en una ocasión tuvo que atravesar un río y lo hizo por un pasaje, según él, sumamente peligroso, bajo la mirada burlona de unos campesinos que, desde la otra orilla, "estaban esperando que el maldito extranjero, o al menos alguna de sus mulas, se ahogara". Aquí acota maliciosamente Tornel:

No dejarían de tener razón los tales malévolos, si aconteciera que otra vez pasara el río el escritor alemán, después de formada y conocida su obra, de desear que él y ella se perdieran en un abismo. ¡Cuántos ahogados habrá habido en el mundo más inocentes que el furibundo escritor!

Finalmente, expresa su sospecha de que tal vez el monárquico Löwenstern haya sido pagado "por algún soberano del norte de Europa" para la redacción de esta obra que confirma las tesis de los sectores más reaccionarios del Viejo Mundo. Y concluye aconsejándole que "guarde al género humano los respetos de que es merecedor, y que sea más imparcial y justo con un pueblo libre y digno de serlo".

La crítica de Martínez de Castro

Un año después, en 1844, apareció en El Liceo Mexicano un artículo firmado con el seudónimo de "Mala Espina y Bien Pica", que era el que utilizaba Luis Martínez de Castro. Este escritor elige para su crítica un tono iracundo y apasionado, en que la ironía que esgrime no logra todo el efecto que podría alcanzar, porque se ve dominada por la indignación.

Confiesa que no ha leído el libro, pero que le basta con los extensos pasajes traducidos por Tornel, en cuyo artículo se apoya para su propio comentario. Además, si bien no leyó la obra, sí conoció personalmente al autor, y, según su curiosa argumentación, de aquí puede sacar elementos "de fondo" para su juicio.

Efectivamente, los argumentos de Martínez de Castro se dirigen básicamente contra la persona del autor, y sólo en segunda instancia recaen sobre la obra. Utiliza el procedimiento opuesto al de Tornel, muy mesurado en los alfilerazos que no deja de arrojar sobre el viajero.

Tras un truculento epígrafe en alemán -con su correspondiente traducción al español: "Miente el esclavo"- de un tal Coxemauns, comienza diciendo que considera una profanación reunir bajo el mismo nombre de viajeros a una Mme. de Staël o una Lady Montague ⁷

⁷. Lady Montague (o Montagu), célebre viajera y escritora inglesa del siglo XVIII, acompañó a su esposo en diversas misiones diplomáticas por Europa, Asia y África, y escribió sus impresiones en forma de cartas. Sus obras tuvieron gran difusión: prueba de ello es que todavía en 1853 (a casi 100 años de su muerte) se reeditan en París sus Lettres choisies.

con una Mme. Calderón ¹, y más aún, a un Humboldt con un Löwenstern. Luego se dedica a trazar un retrato burlesco del "espantadizo frisón" (uno de los tantos apelativos con que salpica su texto) a quien "casi nadie conoció en México, a pesar de que por su elevada estatura [...] debía haber llamado la atención".

Sus principales argumentos para invalidar la obra son:

1. El viajero no conoció realmente los lugares que presenta porque, apenas llegado a la ciudad de México, se encerró en su cuarto de la posada "sita en la calle de Vergara" ² y allí se dedicó a emborronar cuartillas sobre lo que brotaba de su imaginación.

2. No pudo asomarse a la sociedad que describe con tanto sarcasmo porque no conocía el español (esto es evidente en el texto, donde la mayor parte de las palabras o frases que aparecen en ese idioma están escritas incorrectamente).

3. Un argumento más serio: el "carnívoro tudesco" (el epíteto resulta sorprendente e inexplicable) "no ha escrito él mismo la obra que bajo su nombre ha visto la luz" porque manejaba muy imperfectamente el francés. Por lo tanto, habrá reunido sus

¹. Como ya señalé, el libro de Mme. Calderón tuvo una acogida bastante desfavorable entre sus lectores mexicanos. Y aun en su tierra natal no faltó quien la tildara de "falta de sensibilidad", de "poco femenina" y de que "su manera de ver las cosas estaba muy reñida con las normas inglesas" (!) (reseña de Elizabeth Rigby en el Quarterly Review, Londres, 1845; citada por F. Teixidor en su prólogo a La vida en México, p.lxvi). Pero según Prescott, su gran amigo y consejero literario, la futura marquesa "era demasiado inteligente para temerles [a los 'revisteros'] y mientras el público [estuviera] de su parte, podía reírse de los críticos" (ibid., p.xxvii).

². El Hotel Diligencias, que según Löwenstern era "el único aceptable".

recuerdos y se los habrá platicado, allá en París, a algún individuo que sabía menos aún que él sobre México¹⁰.

4. Otro argumento negativo: el origen del viajero. "Los poquísimos extranjeros" que fueron los únicos en conocerlo -ya que, según M. de Castro no pisó los salones de la sociedad mexicana- afirmaban que su fisonomía denotaba claramente que era "de extracción hebrea"; otros pretendían que era "bastardo de un barón alemán". El crítico se toma la libertad de afirmar que "unos y otros pueden tener razón".

5. Löwenstern es un escritor mercenario, pagado por un monarca despótico, y recibirá la debida gratificación por "el rabioso empeño que manifiesta en que la Europa nos haga una visita". M. de Castro retoma aquí, amplificándola, una idea insinuada por Tornel.

En síntesis, hasta ahora, para denostar la obra del viajero austriaco el crítico se ha valido sólo de argumentos de tipo personal, y que revelan a la vez sus propios prejuicios: Löwenstern es físicamente un verdadero espantajo; es judío; es hijo ilegítimo; es un escritor a sueldo.

Sin embargo, una vez descargada su indignación sobre la persona del viajero, M. de Castro abandona el tono irónico y recurre a argumentos de más peso para demoler su obra. En la segunda parte de su artículo utiliza tres clases de argumentos:

1. Buscar la causa que está en el origen de todas las opiniones del viajero: la encuentra en su nacionalidad, en su

¹⁰. Considero esta acusación totalmente infundada: el texto de Löwenstern no ofrece primores de estilo, lo cual se comprende porque no escribe en su lengua materna, pero está redactado correctamente.

condición de súbdito de un imperio -el austriaco- tan despótico como el ruso. "Los esclavos -dice Martínez de Castro- se regocijan de ver caer a sus semejantes en las redes de la servidumbre". Esto explica, según él, por qué pretende Löwenstern imponer a toda costa un sistema de gobierno similar al que él padece.

2. Defenderse atacando: Löwenstern habla de la depravación de las costumbres mexicanas. Otros viajeros -y nuevamente invoca a Lady Montague- han trazado a su vez el retrato de la "espantosa relajación" de las costumbres en Viena, "que ha escandalizado a la Europa toda". ¿De qué se asusta, pues, el austriaco?

3. A la crítica negativa le enfrenta un texto similar en cuanto al tema pero marcado por el signo de lo positivo: una obra que, por proceder no de un ciudadano mexicano, sino de un extranjero, cobra mayor autoridad. Martínez de Castro cita aquí las opiniones del alemán Becher, cuya obra, México en los memorables años de 1832 y 1833, era por entonces "enteramente desconocida entre nosotros, acaso por el idioma en que está"¹¹. No se trata, aclara, de una apología de México: el viajero -que recorrió estas tierras tan sólo cinco años antes que Löwenstern- también señala defectos. Pero en él predomina la actitud positiva, la fe en el progreso del país, porque está libre del "odio a esta nación [y] a sus instituciones democráticas, que ha guiado la maligna pluma de algunos menguados escritores".

¹¹. La obra apareció en español, en traducción de don Juan A. Ortega y Medina, en 1959.

La visión de Altamirano

Altamirano se ocupa, hasta donde he podido investigar, en dos ocasiones sobre el libro de Löwenstern. En ambas, coincide en señalarlo como un ejemplo -entre otros- de literatura negativa e incomprensiva sobre México. Pero la distancia que da el tiempo transcurrido desde su publicación, y sobre todo, la capacidad del escritor para trascender la referencia en sí y ubicarla en un contexto más amplio (la preocupación por el surgimiento de una literatura nacional) hace que sus opiniones tengan una hondura que supera con mucho la de los críticos antes considerados.

En su obra Revistas literarias de México, de 1868, señala que la guerra de Intervención ha atraído sobre México "las miradas del mundo civilizado". Se desea conocer a ese "pueblo singular" que no ha podido ser "domado por las fuerzas europeas". Se pretende escrutar su historia, sus costumbres, sus virtudes y sus vicios. Y por eso "se devora todo cuanto extranjeros ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones de viaje".

Así, se lee a un Gage o a un Humboldt, obras que, destaca Altamirano, ofrecen retratos valederos, pero pertenecientes a una época ya superada: la de la dominación colonial.

Después de [ellos] casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Lovenstern y la Sra. Calderón, hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndola sus sátiras menipeas contra

nosotros.

Muchos años más tarde, en 1883 (es decir, 40 años después de la publicación del libro de Löwenstern), en su "Introducción" al Viaje a Oriente, de Luis Malanco, reitera este juicio con palabras muy similares:

Después de Humboldt hay mil viajeros y aun viajeras que han escrito libros acerca de México, unos apasionados o burlones, como el de Lovenstern y el de Madama Calderón, otros justos como el de Stephens, Bullock, Ward, Vignaux...¹²

Los mexicanos son poco dados a los viajes, dice Altamirano, y los que viajan, cuando lo hacen por su propio país, tienen a menos escribir sus impresiones sobre él:

Figúrasenos que hablar de nuestras poblaciones, de nuestras montañas, de nuestros ríos, de nuestros desiertos, de nuestros mares, de nuestras costumbres y de nuestro carácter, es asunto baladí, y que al ver escrito en una página de viaje un nombre indio, todo el mundo aquí ha de hacer un gesto de desdén¹³.

¹². "Introducción" a L. Malanco, Viaje a Oriente, pp. xxiii-xxiv.

¹³. Ibid., p.xxiv.

Ese es el motivo de que la literatura de viajes sea la rama menos cultivada por los escritores mexicanos. Con frecuencia, señala Altamirano, para conocer el país hay que echar mano de los libros extranjeros, con la consiguiente deformación que presenta a menudo una perspectiva ajena a la realidad que se pinta.

La literatura nacional, dice Altamirano, tiene, entre otras altas misiones, la de ser "un arma de defensa". No es posible que quienes no nos conocen tomen por válido el retrato que de nosotros hacen plumas mal intencionadas o superficiales. Y así como en repetidas ocasiones ha invitado a los jóvenes escritores a cultivar el género de la novela por ser el más popular, el que puede, con más eficacia, imbuir en las masas el espíritu patrio, compenetrarlas con los valores nacionales (lo cual constituye la meta que el propio Altamirano se propone en la creación de sus novelas), invita ahora a no dejar abandonado el fecundo campo de la literatura de viajes. A través de ella los habitantes de la nación se conocerán unos a otros, aunque pertenezcan a regiones muy alejadas entre sí; podrán conocer y valorar costumbres, hábitos, distintos en la superficie, pero unidos en lo esencial: el amor a la patria común.

Y, por otra parte, se mostrará al "mundo civilizado" que en esto, como en otros ámbitos, México ha llegado a la mayoría de edad. Y así como no necesita de potencias extranjeras que lo gobiernen, tampoco necesita de pinceles extranjeros que tracen su retrato.

Así pues, el género de viajes se constituye, a la par de la novela, en un "espejo a lo largo del camino", en el que se

observan, se reconocen o se rechazan los valores que van conformando la identidad de un país.

Este es el pensamiento de tres contemporáneos del viajero austríaco. Tres opiniones que ofrecen un enorme interés por las distintas posturas que representan. La de Tornel es la opinión "oficial": recordemos que era una figura pública en el momento de comentar la obra de Löwenstern. Martínez de Castro expone su indignada opinión personal, pero a través de sus palabras podemos recoger el eco despertado por la obra entre muchos de sus lectores mexicanos. Los textos de Altamirano nos permiten corroborar que el libro fue muy conocido en su momento, al punto de que se lo coloca a la par —aunque en posturas antagónicas— de textos que hoy en día siguen siendo fuente de estudio para el México del siglo XIX, como los de Humboldt o Madame Calderón.

¿Qué nos dice a nosotros, un siglo y medio después, el libro de Löwenstern?

Por un lado, podemos analizarlo como un documento que pretende reflejar una realidad. En este sentido, la obra proporciona informaciones que, unidas a las de otros textos de viajes, ayudan a recrear el panorama que presentaba México a mediados del siglo XIX.

Pero ¿hasta qué punto el panorama que estas obras, y en particular la de Löwenstern, nos ofrecen, es fiel a esa realidad?

Ya hemos visto los factores que inciden en la visión del

viajero austriaco, y en qué medida sus prejuicios se interponen entre su mirada y la realidad.

Viajar, decía un contemporáneo de Löwenstern, es "aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a convertirse en alguien mejor". Es decir, es lograr que la nueva realidad conocida, la realidad exterior, se incorpore a la interioridad de quien la aprehende hasta llegar a modificarla. En este proceso, a la dinámica del viaje exterior corresponde un movimiento en el interior del viajero. Parecería imposible que después de las leguas recorridas, después de que las vidas de tantos y tan diversos seres se han cruzado en algún momento con la del viajero, éste permanezca radicalmente igual a como era al comienzo de su itinerario.

Y sin embargo, ésa es la conclusión que se desprende para nosotros, lectores del siglo XX, del texto de Löwenstern. Ha dado la vuelta al mundo. Ha contemplado otros cielos. Ha observado costumbres muy diferentes de las suyas. Pero en nada se ha alterado su visión del mundo. Nuestro viajero confirma las palabras del poeta latino que recordábamos al comienzo: "Cambian los cielos, pero no las almas de los que surcan los mares".

Podríamos decir entonces que se trata de un viajero inmóvil. Es la realidad la que se desplaza. Es el mundo exterior el que sigue la dinámica de la Historia. El viajero tiene los ojos y el pensamiento fijos en el mundo ya conocido, en el seguro refugio de las verdades aprendidas.

CONCLUSIONES

Lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad= realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes.

Antonio Machado

Las palabras con que Machado traduce el pensamiento de uno de sus alter ego, Abel Martín¹, plantean un problema filosófico y antropológico a la vez: el encuentro/ desencuentro con el otro. Problema que se instala en todas las esferas de la vida, de las relaciones entre los hombres, al punto de que podría constituir un hilo conductor fundamental para una interpretación de la Historia.

El viaje es una de las circunstancias vitales en que el encuentro con el otro cobra un significado especial. Más aún, ese encuentro constituye precisamente la esencia y el objetivo del viaje.

¹. Y que Paz utiliza como epígrafe de El laberinto de la soledad.

¿Cómo se da, entre los viajeros que llegan a nuestra América, ese encuentro con el otro? ¿Cómo transmiten su visión del otro?

A lo largo de este trabajo he tratado de exponer algunas reflexiones sobre el tema. La obra de Löwenstern, como ya señalé, no es, ni mucho menos, una "cumbre" del género. Me interesó precisamente —entre otros motivos— porque en su medianía¹ representa la concreción de un pensamiento compartido por muchos de sus contemporáneos europeos, que coinciden en una visión eurocentrista, y conciben a nuestra América como un continente incivilizado, anárquico, a destiempo con la Historia que se hace en el centro del mundo. Un continente que debe recibir al menos el resplandor de las luces de esa civilización que ellos poseen plenamente.

Tal postura tiene en Löwestern un convencido vocero, lo cual no resulta sorprendente dados sus presupuestos ideológicos. En cambio, encontrarla expresada por dos pensadores revolucionarios, como Marx y Engels, parece inconcebible. Y sin embargo, en nombre de los progresos de la civilización, encarnada por los "enérgicos yanquis", Engels se regocijará de que "la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían qué hacer con ella"². Y Marx aplicará a los mexicanos calificativos que nada tienen que envidiar a los de Löwenstern: "[Tienen] todos los

¹. No quiero hablar de "mediocridad" porque el término es muy peyorativo, y a lo largo de años de convivencia intelectual con este personaje, uno termina estableciendo vínculos casi afectivos con él.

². Marx y Engels, Materiales para la historia de América Latina, p.189.

vicios, la fanfarronería, bravuconería y donquijotismo de los españoles a la tercera potencia, pero de ninguna manera lo sólido que éstos poseen"⁴.

Más allá de la postura ideológica con que enfrentan los problemas de Europa, conservadores y "revolucionarios" coinciden en su visión de América como un continente incivilizado, un lastre para el progreso universal. Sólo se salvan los Estados Unidos que, para el pensamiento economicista de Marx y Engels, están llamados a imprimir, por tercera vez en la historia, "una nueva orientación al comercio mundial" ⁵, y en nombre de ese principio se tolera que vulnere valores como la justicia y la integridad territorial.

En nombre de una pretendida civilización se justifican así guerras e invasiones que tienen un objetivo mucho menos "filosófico": la conquista de nuevos mercados.

Textos como el de Löwenstern ofrecen descarnadamente el pensamiento que mueve esas empresas. Lo que no siempre dicen los filósofos o los políticos, lo expresa el viajero al describir su encuentro con el otro: el país exótico, las costumbres siempre sorprendentes y a veces ridículas, el "nativo" apático u hostil.

Sin embargo, como he señalado en páginas anteriores, al viajero, más allá de los intereses económicos, políticos o científicos que lo mueven, lo impulsa una actitud esencial: el afán de abrirse a nuevas realidades. Que lo lleve o no a la práctica depende de cada uno de ellos. Y lo que concluimos después de la

⁴. Ibid., pp. 203-204.

⁵. Ibid., p. 190.

lectura de numerosos libros de viajeros europeos es que son contadísimos, más bien excepcionales, los que modifican los prejuicios que traen al Nuevo Mundo.

Todos llegan con una idea preconcebida, nacida quizás de remotas lecturas infantiles, como en el caso del inglés Ward:

[Al recorrer los llanos de Otumba] no pudo menos de venírseme a la mente la descripción dada por Solís de esos llanos —descripción con la que me deleitaba de niño, mucho antes de que pudiera siquiera soñar con la suerte de visitar el lugar...⁴

Pero la realidad no es la que soñaron. En consecuencia, se dedican a satanizarla: otra forma de situarla a distancia. Siempre somos superiores a lo que condenamos.

En las páginas anteriores he presentado las formas que adopta este desencanto del viajero, que se traduce inevitablemente en esa perspectiva negra que tanto exacerbó a los lectores mexicanos de Löwenstern. No voy a explayarme, pues, en ello, sino a esbozar una primera conclusión, que parte, como he dicho, de su texto, pero que apunta a una actitud de todos los tiempos: la relación con el otro, con el que es distinto a mí, a mi cultura, a mi forma de ser, a mis expectativas sobre lo que "se debe ser".

⁴. Ward, México en 1827, p. 439.

Frente al otro , a lo otro, caben distintas actitudes: la que ni siquiera se plantea que pueda existir algo diferente, y por lo tanto es inmune a toda curiosidad ; la que se inclina con inicial interés sobre lo distinto, pero no resiste la confrontación —siempre inquietante— y, bajo la apariencia de respeto y comprensión, lo que intenta en realidad es asimilarlo a lo propio; ya sea a través del recurso a la comparación que busca puntos de contacto con lo conocido —terreno sólido donde pisar, donde sentirse seguro— para poder "atrapar" lo desconocido, o buscando recrear lo que se dejó en las propias tierras invistiendo con sus características a las nuevas; ya, en un plano que trasciende lo individual —pero que nace, en buena medida, de esta misma actitud— emprendiendo una tarea de conquista, de civilización (los términos varían según las épocas, lo que subyace en el fondo, no) para que esas realidades ajenas se vuelvan propias...en el más absoluto sentido de la palabra: propias, es decir, poseídas, sometidas, dominadas.

Y cabe una tercera actitud: el verdadero respeto al otro, a lo otro. Reconocer la diferencia, pero no como algo que debe ser cambiado, "mejorado", incorporado a los cánones que marca una cultura que se pretende superior.

En el comienzo de este trabajo señalaba cómo para los griegos el viajar era una de las connotaciones asociadas a la idea de humanidad. Habría que agregar que para nosotros, herederos en buena medida del pensamiento de la Ilustración, ese sentido de humanidad sólo se da cabalmente cuando el viaje, entendido como apertura hacia lo otro, implica el reconocimiento y el respeto por eso otro.

Ese "salir a ver mundo", esa concreción de una actitud que se traduce en el viaje, produce una literatura. Si buscamos un modelo, un hito original, hablaremos de la Odisea. Pero de hecho son infinitos los relatos de viaje, desde la época clásica hasta nuestros días —con mayor o menor fortuna, según las épocas. Y es que el cronotopo del camino, para decirlo con términos de Bajtín, recorre toda la literatura, porque es uno de los más ricos, de los más "productivos": el camino es el lugar de los encuentros, de los cambios de fortuna, lugar privilegiado de observación a la vez que espacio abierto a todas las vías de la imaginación; el lugar donde se cruzan y conviven, al menos fugazmente, todas las clases, todos los grupos, todos los seres que conforman el vasto y cambiante mundo de una época.

Esta presencia constante del género en la literatura (¿qué son en buena medida la novela picaresca, el propio Quijote, sino "novelas de viaje"?) cristaliza en el Romanticismo dotándolo de una serie de formas que a partir de entonces lo definen y lo caracterizan: un género que comparte muchos elementos con su hermano, el género autobiográfico; que participa de la historia (en su afán de veracidad) y de la novela (en el recurso a lo narrativo, a la anécdota, a lo costumbrista); que roza también las fronteras del ensayo moral o político, en su propósito de reflexionar sobre lo visto en tierras ajenas y proponer metas ejemplares.

La obra de Löwenstern, como ya señalé, es cabalmente representativa de las líneas que definen al género a partir del Romanticismo.

Una última conclusión, que es la vez una hipótesis abierta a futuras reflexiones, a futuros trabajos. La difusión y la repercusión del libro de Löwenstern entre sus lectores mexicanos me ha servido para analizar un hecho que se extiende a otros libros de viaje y a otros lectores. Este tipo de obras, que se pretenden objetivas y dueñas de la verdad, tienen una recepción muy especial. Se leen con apasionamiento y despiertan encendidos reclamos⁷. Como hemos visto, ninguno de sus lectores mexicanos encuentra una sombra de verdad en el retrato que traza del país (el único elogio laudatorio procede de otro europeo, Chevalier). Sin embargo, es un libro muy leído —entre la clase con acceso a este tipo de lecturas, es decir, la clase dominante. Y lo mismo ocurre con obras similares. Podríamos afirmar que nuestros jóvenes países, en busca de su identidad, se abren a todo lo que pueda darles luz sobre ese ser nacional que se está formando, confusa y dolorosamente, a lo largo de toda América. De ahí la avidez con que se miran en todos los espejos que se les presentan, y el rechazo frente a lo que perciben, ya no sólo como una imagen deformada, sino absolutamente falsa.

Ha pasado un siglo y medio desde la publicación de la obra de Löwenstern, hoy olvidada en las bibliotecas. Pero un texto mucho más reciente despertó reacciones que me hicieron recordar en buena medida las polémicas suscitadas por nuestro viajero. En este caso, el viajero adopta una forma más moderna: la de periodista. Me

⁷. ¿Le habrá llegado a Löwenstern el eco de esas protestas?

refiero a la obra de Alan Riding, Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos⁴, publicada en México en 1985 con tal éxito que en cuatro meses agotó cuatro reimpresiones. Un sociólogo mexicano comentó, entre quejoso y sarcástico, que los análisis que sobre la realidad del país publicaban él y sus pares quedaban reducidos a un minúsculo grupo de lectores, y sus libros dormían durante años en los anaqueles de librerías y bibliotecas especializadas.

¿Nos seguimos buscando, pues, en espejos ajenos?

⁴. El subtítulo es elocuente, y tiene un eco de nuestros viajeros decimonónicos.

OBRAS CONSULTADAS

- Altamirano, Ignacio M. "Introducción" a Luis Malanco, Viaje a Oriente, México, Iberia, 1883.
- Revistas literarias, México, La Iberia, 1868.
- Apostolidès, Jean-Marie. "Les méthodologies du voyage", en Voyages, récits et imaginaire. Actes de Montréal, ed. Bernard Beugnot, Paris-Seattle-Tubingen, 1984, pp.33-40.
- Bazant, Jan. Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras políticas, 1811-1869, México, El Colegio de México, 1985.
- Benveniste, Emile. "Civilización. Contribución al estudio de la palabra", en Problemas de lingüística general, 7ª ed., México, Siglo XXI, 1978, t. 1, pp. 209-218.
- Bitterli, Urs. Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y ultramar, México, FCE, 1982.
- Bourneuf, Roland et Réal Ouellet. L'univers du roman, Paris, Presses Universitaires, 1975.
- Bustamante, Carlos María de. Mañanas de la alameda de México (1835-1836), México, INERHM-INBA-SEP, 1986, 2 ts.
- Carletti, Francesco. Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo (1594-1606), México, UNAM, 1983.
- Clavijero, Francisco Javier. Historia antigua de México, México, Porrúa, 1954, 4 ts.
- Correa Calderón, Eduardo. "Introducción al estudio del costumbrismo español", en Costumbristas españoles (antología), Madrid, Aguilar, 1950, 2 ts.

- Christen Florencia, María. Rosas de Oquendo en América, México, UAM-I, 1987 (Ensayos, 29).
- Delgado López, Angel. "El viaje como medio de conocimiento: el Viaje a Turquía", Actas del VIII Congreso Internacional de Hispanistas (1983), Madrid, 1986, pp. 483-490.
- Díaz del Castillo, Bernal. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, 2º ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- Doiron, Norman. "L'art de voyager. Pour une définition du récit de voyage à l'époque classique", Poétique, núm. 73, 1988, 83-108.
- "De l'épreuve de l'espace au lieu du texte. Le récit de voyage comme genre", en Voyages, récits et imaginaire, pp. 15-31.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. "La Paya y la Mexicana", Alacena de frioleras(1815). En Obras. IV. Periódicos, México, UNAM, 1970.
- Correo Semanario de México, en Obras. VI. Periódicos, México, UNAM, 1975.
- El Periquillo Sarniento, 15ª ed., México, Porrúa, 1976 (Sepan cuantos...)
- Gage, Thomas. Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales (1648), México, SEP-FCE, 1982 (Sep-80).
- Gandía, Enrique de. Historia crítica de los mitos de la Conquista americana, Madrid, Sociedad General Española de Librería [1929].
- Gemelli Carreri, Giovanni. Viaje a la Nueva España; México a fines del siglo XVII, México, Jorge Porrúa, 1983.

- Gerbi, Antonello. La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900, 2ª ed., México, FCE, 1982.
- Gómez de la Serna, Gaspar. Los viajeros de la Ilustración, Madrid, Alianza, 1974.
- González Obregón, Luis. "Los restos de Hernán Cortés. Disertación histórica y documentada", en México viejo y anecdótico, 2ª ed., Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, 1946 (Austral, 494).
- Humboldt, Alejandro de. Cartas americanas, comp., prólogo y notas de Charles Minguet, Caracas, Biblioteca Ayacucho [1980].
- Iglesia, Ramón. "El hombre Colón" en El hombre Colón y otros ensayos, México, FCE, 1986.
- Iñigo Madrigal, Luis (ed.) Historia de la literatura hispanoamericana.T. I. Epoca colonial, Madrid, Cátedra, 1982.
- Historia de la literatura hispanoamericana.T.II. Del neoclasicismo al modernismo, Madrid, Cátedra, 1987.
- La Condamine, Carlos María de. Viaje a la América meridional (1745), 4ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1962 (Austral, 268).
- Lameiras, Brigitte B. de. Indios de México y viajeros extranjeros. Siglo XIX, México, SEP, 1984 (Sep-Setentas, 74).
- Leonard, Irving A. Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII, México, FCE, 1984.
- León-Portilla, Miguel et al. Historia documental de México, 2ª ed., México, UNAM, 1984.
- Le Sage, Alain René. Historia de Gil Blas de Santillana, trad. del

- P. Isla, Madrid, 1922, 3 ts.
- Lira, Andrés (comp.) Espejo de discordias: la sociedad mexicana vista por Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán, México, SEP Cultura, 1984.
- "Mala Espina y Bien Pica" (Luis Martínez de Castro). "Isidoro Löwenstern y sus memorias sobre México", El Liceo Mexicano, 1844, t.1, pp. 18-21.
- Matute, Alvaro (comp.) México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas, México, UNAM, 1981.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, Materiales para el estudio de América Latina, 6ª ed., México, Siglo XXI, 1987.
- Mentz, Brígida M. von. México en el siglo XIX visto por los alemanes, México, 1980.
- et al. Los pioneros del imperialismo alemán en México, México, 1982.
- México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual, , bajo la dirección de Vicente Riva Palacio, México, Ed. Cumbre, 1984. 16 ts.
- Mignolo, Walter. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista" en Luis Iñigo Madrigal (coord.), Historia de la literatura hispanoamericana. T.1. Época colonial, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 57-116.
- Montesinos, José. Costumbrismo y novela; ensayo sobre el

redescubrimiento de la realidad española, Madrid, Castalia, 1960.

Morales, Ma. Dolores. "Viajeros extranjeros y descripciones de la ciudad de México, 1800-1920", Historias (INAH), núm. 14, 1986, 105-143.

Niderst, Alain. "Les récits de voyage", en Récits, voyages et imaginaire, pp. 45-52.

Novo, Salvador. La vida en la ciudad de México en 1824, México, Departamento del Distrito Federal, 1987.

Ortega y Medina, Juan A. Ensayos, tareas y estudios históricos, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962.

-----México en la conciencia anglosajona, México, Antigua Librería Robredo, 1955, 2 ts.

----- "México en 1830. Prólogo a Cartas a la patria de C.G. Koppe" en Ensayos, tareas y estudios históricos.

----- "Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente", Cuadernos Americanos, v. 71, sept-oct. 1953, pp. 168-189; v. 72, nov.-dic. 1953, pp. 158-187.

Osorio, Ignacio. Historia de las bibliotecas novohispanas, México, SEP, 1987.

Oss, Adrian C. van. "La América decimonónica" en L. Iñigo Madrigal (ed.), Historia de la literatura hispanoamericana. T.II. Del neoclasicismo al modernismo, pp. 11-53.

Palm, Edwin E. "España ante la realidad americana", Cuadernos

- Americanos, v. 38, núm. 2, 1948, pp. 135-167.
- Palma, Ricardo. Tradiciones peruanas, México, Porrúa, 5ª ed., 1980
(Sepan cuantos...)
- Pompa y Pompa, Antonio. 450 años de la imprenta tipográfica en México, México, Asociación Nacional de Libreros, 1988.
- Picón Salas, Mariano. De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana, México, FCE, 1944 (Colección popular).
- Prescott, William H. Historia de la Conquista de México con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernando Cortés (1843), anotada por Lucas Alamán, pról. y notas de Juan A. Ortega y Medina, 2ª ed., México, Porrúa, 1976 (Sepan cuantos...).
- Reyes, Alfonso. "Notas sobre la inteligencia americana", Sur, septiembre de 1936; recopilado por L. Zea en Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo, México, SEP, 1979 (Sep Setentas).
- Reyes de la Maza, Luis. Circo, maroma y teatro (1810-1910), México, UNAM, 1985.
- Riva Palacio, Vicente. Antología, ed. Clementina Díaz y de Ovando, México, UNAM, 1976.
- Salado Alvarez, Victoriano. Episodios nacionales, México, Ed. Málaga, 1945.
- Tornel, José María. "México, o las Memorias de un viajero: por Isidoro Lowenstern, autor de 'Los Estados Unidos y La Habana'. Un tomo en 4º, en francés, impreso en París por Arturo

- Bertrand", en El museo mexicano, t.2, 1843, pp. 241-255, sección Bibliografía.
- Vázquez, Josefina. "Los primeros tropiezos", en Historia general de México, El Colegio de México, 2a ed., 1977, t. 3, pp. 3-84.
- Voyages, récits et imaginaire. Actes de Montréal, ed. Bernard Beugnot, Paris-Seattle-Tubingen, 1984.
- Weckmann, Luis. La herencia medieval de México, El Colegio de México, 1984, 2 ts.
- Zamora Flowes, Leopoldo. Quince Uñas y Casanova, aventureros, México, Ed. Botas, 1945, 2 ts.
- Zavala, Silvio. "Lecturas mexicanas en la Biblioteca Nacional de París", Historia Mexicana, t. 8, 1959, pp. 325-351.

VIAJEROS DEL SIGLO XIX

- Becher. C.C. Cartas sobre México: la República Mexicana durante los años decisivos de 1832 y 1833, México, UNAM, 1959.
- Berlandier, Jean-Louis. Journey to Mexico during the years 1826 to 1834, trad. al inglés Sh. Ohlendorf, Univ. of Texas at Austin, 1980, 2 ts.
- Brasseur de Bourbourg, Charles. Voyages sur l'Isthme de

Tehuantepec, dans l'Etat de Chiapas et la Republique de Guatemala, executé dans les années 1859 et 1860, Paris,

A. Bertrand, 1861.

Bullock, William. Seis meses de residencia y viajes en México, con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España, sus producciones naturales, condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc., (1825), estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983 .

Calderón de la Barca, Mme. La vida en México durante una residencia de dos años en ese país (1843), pról. Felipe Teixidor, 5ª ed., México, Porrúa (Sepan cuantos...).

Chevalier, Michel. México antiguo y moderno (1863), México, SEP-FCE, 1980 (Sep-80).

Domenech, Emmanuel. Le Mexique tel qu'il est. La vérité sur son climat, ses habitants et son gouvernement, Paris, E. Dentu, 1867.

Douville, Jean-Baptiste. Viajes a Buenos Aires 1826 y 1831, Buenos Aires, Emecé, 1984. (Es una selección de los textos que tratan sobre Argentina, tomados de la 1ª ed. de 1833, que lleva el título 30 mois de ma vie, quinze mois avant et quinze mois après mon voyage au Congo).

Fossey, Mathieu de. Le Mexique, Paris, Plon, 1867.

Glantz, Margo (comp.). Viajes en México. Crónicas extranjeras, México, SEP, 1982, 2 ts. (Sep-80).

Hall, Basil. Voyage au Chili, au Pérou et au Mexique, pendant les

- années 1820, 1821 et 1822, Paris, Arthus Bertrand, 1825.
- Heller, Carl Bartholomaeus, Viajes por México en los años 1845-1848 (1853), México, Banco de México, 1987.
- Humboldt, Alejandro de. Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, estudio preliminar, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1966 (Sepan cuantos...).
- Kolonitz, Paula. Un viaje a México en 1864, México, SEP-FCE, 1984.
- Koppe, Carlos Guillermo. Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830(1835), trad. y pról. de Juan A. Ortega y Medina, México, UNAM, 1955.
- Latrobe, Charles J. The Rambler in Mexico: 1834, Londres, Seeley and Bunside, 1836.
- Lyon, George F. Residencia en México, 1826. Diario de una gira con estancia en la República de México, México, FCE, 1984.
- Löwenstern, Isidore. Les Etats-Unis et La Havane. Souvenirs d'un voyageur, Paris-Leipsick, A. Bertrand, 1842.
- Malanco, Luis. Viaje a Oriente, México, La Iberia, 1883, 2 ts.
- Marmier, Xavier. Les voyageurs nouveaux, Paris, A. Bertrand, s.f. [pero posterior a 1850], 3 ts.
- Mayer, Brantz. México, lo que fue y lo que es (1842), México, FCE, 1953.
- Mesonero Romanos, Ramón de. Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840-1841, en Obras, BAE, t. CCIII, Madrid, 1967.
- Montémont, Albert de. Voyages nouveaux par mer' et par terre effectués ou publiés de 1837 à 1847 dans les diverses parties du monde, Paris, A. René, 1847, 5 ts.

- Payno, Manuel. Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843, Xalapa, Univ. Veracruzana [1984].
- Poinsett, Joel R. Notas sobre México (1822), pról. y notas de Eduardo E. Ríos, México, Jus, 2ª ed., 1973.
- Sartorius, Carl Christian. México, paisajes y bosquejos populares, trad. de la ed. inglesa de 1859; México y los mexicanos, con ilustraciones de M. Rugendas, México, Condumex, 1988.
- Sarmiento, Domingo F. Viajes, Buenos Aires, Hachette, 3 ts., 1955, 1957, 1958.
- Stephens, John. Viaje a Yucatán 1841-1842, México, 1937
- Tavera Alfaro, Xavier. Viajes en México. Crónicas mexicanas, México, SEP, 1980 (Sep-80).
- Ternaux, Henri (ed.). Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la Découverte de l'Amérique, publiés pour la première fois en français, Paris, A. Bertrand, 1837-1841, 20 ts.
- Tristan, Flora. Les pérégrinations d'une paria 1833-1834, Paris, Maspéro, 1984.
- Vignaux, Ernest de. Viaje a México, México, SEP, 1982(Sep-80).
- Waldeck, Jean-Frédéric von. Voyage pittoresque et archéologique dans la province de Yucatan (Amérique centrale) pendant les années 1834 et 1836, Paris, Bellizard, Dufour et Cie, 1838.
- Ward, Henry G. México en 1827(1828), México, FCE, 1981.

PERIODICOS CONSULTADOS

El Cosmopolita, México, 1837-1839.

La Hesperia, México, 1840-1842.

El Instructor o Repertorio de Historia, Bellas Letras y Artes,
Londres, 1838.

El Iris. Periódico crítico y literario, México, 1826.

El Liceo Mexicano, México, 1844.

El Mexicano, México, 1838.

Minerva, periódico literario, Toluca, 1834.

El Mosaico Mexicano, México, 1836-1837; 1840.

El Mosquito Mexicano, 1834-1837.

El Recreo de las Familias, México, 1838.

La Reforma. Periódico científico-político, México, 1839.

El Restaurador Mexicano, México, 1838.

Revista Mexicana, México, 1835.

El Siglo XIX, México, 1841-1845.

El Termómetro, México, 1838.

El Zurriago Literario, México, 1839-1851.

APENDICE I. ITINERARIO DE LOWENSTERN EN MEXICO

Febrero

6: divisa el pico de Orizaba
8: desembarca en Veracruz
13: parte hacia Jalapa
22: parte hacia México
23: Perote
24: Puebla, Cholula
26: llega a la ciudad de México.

Marzo

En la ciudad de México.

Abril

11-19: Excursión a Cuernavaca, Temixco, Xochicalco, Cacahuamilpa.

Mayo

En la ciudad de México.

Junio

Excursión de 9 días a Real del Monte, San Miguel Regla, Teotihuacan, Texcoco.

Julio

En la ciudad de México. Visita Tacubaya, Chapultepec, la Villa de Guadalupe, los Remedios, Tacuba, Tlalpan.

24: sale de México
25: sale de Cuautitlán
26: sale de Tula
28: sale de S. Juan del Río
29: en Querétaro
31: sale de Celaya. Pasa por Salamanca.

Agosto

1. Guanajuato
2: visita la mina de Rayas
3: sale de Guanajuato. Pasa por Silao y León
4. Lagos
5: sale de Lagos. Pasa por Tepatitlán
7-22: Guadalajara
22: Amatitlan, Tequila
23: sale de Tequila. Pasa por Plan de Barrancas
24: Ixtlán
26: Llega a Tepic.

Septiembre

26: parte de Tepic. Pasa por Acaponeta.

Octubre

1. Buena Vista, Bayona
- 3: sale de Bayona
- 4: Escuinapa
- 5: Rosario
- 6: Potrerillo
- 7: Mazatlán.

Noviembre

En Mazatlán.

Diciembre

23: se embarca rumbo a las islas Sandwich.

APENDICE II. DOCUMENTOS

ARCHIVO HISTORICO
DE LA
SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES

SERIE _____

LEGAJO _____

EXPEDIENTE 5-1-7648

AÑO 1838

ASUNTO:

OFICIO DEL MINISTRO DE LA GUERRA SOBRE LA ESCOLTA QUE SE HA FACILITADO EN GUANAJUATO, AL SR. CONDE ISIDRO LOWENSTERN.

RMM/cgc

Nº 30.

Ministerio de

16.

Relaciones exteriores.

de 1838.

Indiferente.

Extranjeros en México.

El Ministerio de la guerra sobre la evolta que se ha facilitado en Guanaquato al Sr. Conde Luis Lorenzini.



ante 10/39.

[Handwritten signature or initials]

Sr. E. J. Comandante General a Guayaquato en
 oficio de E. J. del actual mes diez y seis copio.
 Sr. E. J. = Sea en mi nombre el oficio de E. J.
 Jefe de del actual en q.º a nombre del E. J. Presidente,
 se desea por el presente grande facilidad una custodia
 q.º se comparta hasta Guayaquato al señor conde
 Licenc. J. J. en esta Indico a E. J. a unirse
 a Manana, y como tal noticia de que este in-
 dividuo ha sido ya a el fin, deseo q.º se
 obsequie cumplidamente las recomendaciones
 de la S.ª de la S.ª, de q.º se recomienda
 marcharse a El Oyo un punto de tiempo con
 la orden que dirige al Jefe de la S.ª de la
 S.ª de la S.ª, para que se cumpla al
 cuidado de la S.ª de la S.ª de la S.ª de la S.ª
 y para que se cumpla al cuidado de la S.ª de la S.ª
 la cual debe componerse a un cabo y un
 dragon de la S.ª de la S.ª de la S.ª de la S.ª
 de la S.ª, con recomendacion de que fueren
 escogidos por su honrad. y buen gusto militar
 = de que tengo el honor de comunicar a
 E. J. en recibas o en su oficio, y para
 conocimiento del Excmo. Gobierno, recomen-
 dote a v.º con particular consideracion
 y aprecio.
 Tengo el honor de saludarle

o' V. C. a. n. m. al C. S. P. n. d. n. e.
para su inteligencia.

San J. de los Rios, sup. 10 julio de 1808.

Moran
②

C. S. Ministro de Marina
Excmo. Sr. D. J. J.

C. Fr.

Por la orden de S. M. C. de 20 del pto.,
quida impreso en Minis. de las
prensas de la Real Comandancia
gral. de Guayaquil para facilitar
a los de S. M. C. de S. Pedro de Lora,
de conformidad con las ordenes expedidas
por S. M. C. Lo q. suplico al honor de
V. S. de V. S. de V. S.

D. J. de S. M. C. de S. Pedro de Lora

C. Fr. Minis. de las Prensas.



(Cap. de la Santa.)

Relacion de los extranjeros admitidos a voto. Pasa en la Cong. General
 de España para admitir a la Dotoracion qualquiera extranjero familiarizado con el Cap.
 de Pocos con arreglo a lo prevenido en los arts. 1.º 2.º y 3.º del Reglamento
 Preconcebido.

Nombre.	Edad.	Estado.	Patria.	Medicina.	Destino.	Oficio que se sigue.	Recomend.	Expiracion.
José Cosca	20	soltero	Español	Latino	México	Al Com.	idem hered.	Al Com.
Manuel Cosca	19	ib.	ib.	ib.	ib.	ib.	J. C. de la Cruz	ib.
José Bermejo	19	ib.	ib.	ib.	ib.	ib.	ib.	ib.
Manuel de la Cruz	22	ib.	ib.	ib.	Guatemala	Al Com.	Recomend.	Com.
Dr. Juan de Villavicencio con sus hermanos	ib.	ib.	Mexicano	ib.	ib.	—	—	—
Diego Hernandez en Esposa suya y sus hijos	42	casado	Portug.	ib.	Salapa	negocio	Recomend.	Com.
Esteban Hernandez	24	soltero	Alaman	ib.	Guatemala	al Com.	Sufruto	Com.
Juan Pedro Pellicer	20	ib.	Francés	ib.	ib.	acepor	Al Com.	Com.
Juan Lindero	21	ib.	Belga	ib.	ib.	ib.	Al Gov.	Com.
Sebastián Guebara con sus hijos	197	ib.	ib.	ib.	ib.	ib.	ib.	ib.
Nicolas French	22	soltero	ib.	ib.	México	atualista	al Gov.	Com.
Ed. Juan de la Cruz con sus hijos	34	ib.	ib.	ib.	ib.	J. L. de	ib.	Com.

Almond Street

*Interprete ad S.
J. W. M. M.*

Almond Street